

Claudio Urbano
Jose Yuni

PSICOLOGÍA Y CULTURA DE LOS ADOLESCENTES



 Editorial Brujas

Claudio Urbano
José Yuni

Psicología y Cultura de los Adolescentes



ENCUENTRO
Grupo Editor

Título: *Psicología y cultura de los adolescentes.*
Autores: *Claudio A. Urbano ; José Alberto Yuni*

Urbano, Claudio A.

Psicología y cultura de los adolescentes / Claudio A. Urbano ; José Alberto Yuni. -
1a ed. - Córdoba : Encuentro Grupo Editor, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4078-02-5

1. Psicología. I. Yuni, José Alberto II. Título
CDD 150

© 2016 Claudio A. Urbano; José Alberto Yuni

©2016Encuentro GrupoEditor

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN: 978-987-4078-02-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización previa.



www.editorialbruja.com.ar publicaciones@editorialbruja.com.ar

Tel/fax: (0351) 4606044 / 4691616- Pasaje España 1485 Córdoba-Argentina.

Índice

Prefacio	7
Capítulo I	
Las edades sociales de la vida	11
Capítulo II	
La adolescencia en el curso vital.....	19
Capítulo III	
Nombrar la adolescencia.....	35
Capítulo IV	
Cambios corporales en la adolescencia.....	45
Capítulo V	
Adolescencia e identidad	59
Capítulo VI	
Sexualidad y adolescencia	81
Capítulo VII	
Cambios cognitivos en la adolescencia.....	93
Capítulo VIII	
Los procesos cognitivos en la dinámica psicológica de la adolescencia	105
Capítulo IX	
El grupo en la adolescencia.....	111

Capítulo X	
Adolescencia y familia	121
Capítulo XI	
Los adolescentes en la sociedad y la cultura.....	139
Capítulo XII	
Patologías de la época y adolescencia	159
Glosario de términos	183
Bibliografía.....	189

Prefacio

Las edades sociales son una construcción histórica y contextual por lo que el establecimiento de las formas de nombrar y de significar cada edad, así como el establecimiento de los límites que demarcan su momento de inicio y finalización son motivo de lucha, de disputa y de conflicto. En los últimos años se ha producido un intenso debate en torno a cómo nombrar la experiencia de quienes ya no son niños y aún no pertenecen al mundo adulto, aunque muchas veces sus prácticas sociales o los roles que desempeñan, claramente muestran que no se corresponden con las clasificaciones que utilizan la edad cronológica como criterio de demarcación entre una edad y otra.

El conflicto por la forma de nombrar este momento del curso vital se observa en los distintos discursos sociales. Así la Convención Internacional de los Derechos de los Niños, establecía su garantía de protección hasta los 18 años, edad que claramente rebasa lo que entendemos culturalmente por niñez. Para la Demografía y los Censos, no existe la categoría adolescente, sino que el período que va de los 15 a los 29 años es denominado genéricamente juventud. Dentro de esta extensa y variable franja etaria los estudios demográficos, los organismos de crédito y de políticas sociales, entre otros, suelen distinguir tres subgrupos: 15-19 a los

que se denomina genéricamente adolescentes y a aquellos incluidos en los grupos de 20-24 y 25-29 años se los denomina *jóvenes*. Por su parte, la Ley Nacional 26.061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes (sancionada en el año 2005) restituye a los adolescentes su condición de sujetos de derecho con cierta singularidad y extiende su cobertura hasta los 18 años. Por su parte, para la tradicional Psicología Evolutiva, la adolescencia era considerada una etapa del desarrollo, posterior a la niñez y anterior a la adultez.

Todas estas conflictivas en torno a las formas de nombrar y de asignar a cada grupo etario un criterio de clasificación, muestran el carácter dinámico e inestable de las edades sociales. No obstante, desde una perspectiva comprensiva podemos mantener la diferencia entre la adolescencia y la juventud, utilizando una perspectiva psico-social. Es decir, que en términos de la Psicología del Desarrollo es posible identificar ciertos procesos psíquicos típicos que caracterizan los diferentes momentos reconocibles en el proceso adolescente (diferentes a los de la niñez y de la adultez). Mientras tanto, desde los Estudios Sociales y Culturales, la noción de juventudes permite identificar diferentes formas y experiencias de lo juvenil, algunas de ellas vinculadas a las diferencias entre ser un joven adolescente y un joven.

En definitiva, en la última década adolescencia y juventud se han convertido en nociones opacas. Ya no son términos transparentes ni precisos, tanto en términos académicos como sociales. Lo que queda claro es que ambos términos designan algo más que un grupo generacional o un estado psicosocial. Estos términos remiten a un fenómeno sociocultural que establece cierta correspondencia entre un conjunto de actitudes y patrones de comportamiento aceptados para sujetos de una determinada edad, en relación a la posición particular que ocupan en la estructura social; ello a partir de ciertas representaciones, valores y actitudes socio-culturales propias de cada momento histórico.

Por ello, pensamos que sería provechoso como actitud lectora de este texto renunciar a una mirada homogénea que nos conduzca a pensar en una adolescencia o sobre el adolescente, la juventud y/o los jóvenes en general. Por el contrario, necesitamos recurrir a la pluralización de ambos términos para encontrarnos con las variadas formas de ser adolescentes y jóvenes e identificar la multiplicidad de adolescencias y juventudes que se presentan actualmente en nuestro contexto social y en los territorios de la práctica. No obstante, pensamos que es necesario que desde el campo psicológico se sostenga la especificidad de la adolescencia como un momento del desarrollo en el Curso de la Vida y puedan describirse y comprenderse los procesos psíquicos que la caracterizan.

Capítulo I

LAS EDADES SOCIALES DE LA VIDA

En tanto seres vivos los seres humanos estamos sujetos al tiempo, por lo que la comprensión de la temporalidad es una constante a través de la historia y de las diferentes culturas. No obstante, en diferentes momentos históricos, cada sociedad ha significado el tiempo individual y social a partir de los propios marcos culturales (su cosmovisión, valores, creencias, etc.). Cada sociedad segmenta o divide simbólicamente el curso de la vida humana, a través de la “fabricación” de las edades sociales a las que se les atribuye responsabilidades y oportunidades. Sobre esas edades sociales se depositan ciertas expectativas y valoraciones y se le plantean exigencias y responsabilidades.

En todas las sociedades han existido y existen formas de clasificar a las personas y a los grupos según la etapa de la vida que atraviesan. A través de diferentes rituales, clasificaciones institucionales y legales, las sociedades otorgan a sus miembros diferentes roles según su estatus de edad. Tanto las clases de edades que cada sociedad inventa históricamente, como los significados que se le atribuyen a cada una dependen de aspectos culturales, sociales, políticos y del tipo de relaciones económicas dominantes. El sociólogo francés Pierre Bourdieu afirmó que las clasificaciones

sociales de la edad, son parte de la disputa que los distintos grupos etarios mantienen al interior de la sociedad para conservar o incrementar su poder. Por lo tanto, la forma en que se definen las diferentes edades lejos de estar determinadas por la cuestión biológica es una construcción social (y por lo tanto de naturaleza histórica y con connotaciones políticas).

Actualmente, las llamadas Ciencias del Desarrollo (Lerner y Stenberg, 2006) han desarrollado un marco interdisciplinario que permite superar aquellas descripciones y explicaciones de la vida humana, fuertemente influenciadas por una perspectiva biologicista. Entre los enfoques teóricos emergentes en las últimas décadas, especialmente a partir de los noventa, contamos con el **Paradigma del Curso de la Vida** como herramienta conceptual que nos permite abordar las diferentes y múltiples dimensiones del desarrollo humano, desde una perspectiva dialéctica.

Según este paradigma cada sociedad establece un marco normativo que define las edades sociales (p.e. infancia, niñez, adolescencia, juventud, adultez, vejez) de acuerdo a sus pautas culturales y a las características de su proceso socio-histórico. De este modo, se relativiza el peso que la psicología evolutiva tradicional (influenciada por una concepción biologicista) otorgaba a la edad cronológica como variable explicativa (ahistórica y universal) del desarrollo humano. El paradigma del Curso de la vida entiende que en la temporalidad humana confluyen y se integra un sistema concurrente de “edades” múltiples, que aportan planos de análisis diferenciados sobre los procesos de desarrollo.

Entre las ideas centrales de este enfoque teórico se establece que toda sociedad y/o grupo social posee una organización y estructuración de roles basada en la edad. Asimismo, postula que la cultura juega un papel fundamental en la producción y asignación de significados referidos a cada categoría etaria y a los sujetos singulares que se ubican en algunas de esas clases. La interacción entre los significados culturales asignados a las edades y los roles sociales considerados propios de ellas según ese marco de significación, configuran los contextos ecológicos del desarrollo. En

ellos se precipitan demandas, oportunidades, sentidos, sensibilidades y recursos cognitivos a través de los cuales los sujetos se sitúan en el vector temporal y se afilian a un tiempo social que los envuelve y sujeta con sus propios condicionantes.

En otras palabras, la dialéctica entre los términos de la tríada sociedad-cultura-biología contextualiza y dinamiza el desarrollo humano. La sociedad a través del sistema de reglas, normas, roles y organizaciones se estructura en base a un sistema de edades sociales. La cultura genera un conjunto de representaciones, discursos y significados que se atribuyen a cada grupo de edad y permiten asignar sentido individual y colectivo a las transformaciones biológicas y psico-sociales producidas por el atravesamiento del tiempo. La dimensión biológica que nos sujeta a nuestra condición de seres vivos, configura procesos madurativos que permiten el desarrollo de diferentes capacidades adaptativas a lo largo del curso de la vida. El surgimiento de la vida psíquica y el desarrollo de las capacidades cognitivas completan el despliegue de lo humano, que seguirá diferentes destinos a lo largo del curso de la vida.

Para comprender los alcances de las afirmaciones anteriores, a continuación explicitamos algunas cuestiones vinculadas a la construcción socio-cultural de las edades. Según Lalive D'Epina (2011) la noción de edades sociales posee tres significados:

- 1) Como indicador de pertenencia a un grupo de edad, lo que le permite a un sujeto singular formar parte de ciertas prácticas, valores, lenguajes considerados propios de ese grupo en tanto subcultura reconocida por los otros grupos de edad (así hablamos de la cultura adolescente o de la niñez como categoría social).
- 2) Como indicador de pertenencia a un tiempo histórico que provee distintas experiencias sociales a sujetos nacidos y socializados en un período de tiempo en el que las pautas de crianza, valores, prácticas culturales, etc. varían de una generación a otra. En este sentido, el concepto de edad refiere al de generación.
- 3) Como indicador del paso del tiempo individual, sujeto a la métrica de la edad cronológica. Así, podemos decir ten-

go X años, lo que nos liga a la temporalidad de lo vivido y es utilizada socialmente para incluirnos o excluirnos de ciertas obligaciones, derechos y oportunidades.

Las Ciencias del Desarrollo proceden mediante el análisis conjunto e interdependiente de las diferentes edades sociales. Por ejemplo, la referencia a la edad cronológica llevaría a la consideración de aspectos madurativos de base neurobiológica que cumple una función clave en diferentes procesos psicológicos, así como en el acceso a determinados roles sociales normatizados a través de la ley o de la institucionalización. No obstante, cada tiempo histórico ofrece también un conjunto de recursos, oportunidades y limitaciones que performan las capacidades, lenguajes y formas de representación de cada grupo generacional. La experiencia socio-cultural que actúa sobre cada generación, modela de un modo singular el desarrollo de sus capacidades y recursos adaptativos. Así, las prácticas que los niños y adolescentes contemporáneos realizan en los entornos digitales con las nuevas tecnologías, difieren a la que han experimentado generaciones anteriores, vinculadas al aprendizaje en entornos y con instrumentos semióticos analógicos. Esas prácticas incidirían diferencialmente en el desarrollo de procesos cognitivos, la construcción de sociabilidades y el desarrollo de ciertas habilidades perceptivo-conceptuales.

Afirmar que las edades sociales poseen una función estructurante de la vida social requiere reconocer que estas categorías poseen una función clasificatoria y regulatoria de las instituciones. Siguiendo los aportes de los teóricos del Curso de la Vida, podemos afirmar que en la segunda mitad del siglo XX y hasta la actualidad se observa una clara tendencia a la **institucionalización de todas las edades sociales**. Como se dijo, la institucionalización connota el carácter de invención o fabricación social de las edades, como momentos diferenciados de la vida humana. Refiere también al proceso social a través del cual se segmenta el curso de la vida en edades sociales (p.e. infancia, adolescencia, juventud, adultez, vejez, ancianidad) a cada una de las cuales se

le asignan representaciones, valores, prácticas, ideologías, recursos y oportunidades vinculadas a un conjunto de roles y expectativas que regulan los intercambios entre las diferentes generaciones.

Otro sentido que posee la noción de institucionalización del curso de la vida refiere a la dinámica social contemporánea mediante la cual se crean determinadas instituciones que regulan y modelan la experiencia de cada edad social de acuerdo a las ideologías e imaginarios hegemónicos. Por ejemplo, en el contexto de la posguerra las sociedades capitalistas industriales extendieron la jubilación como mecanismo de rotación de la fuerza de trabajo inserta en el mercado laboral, a la vez que se “inventó” una ideología que construye a la vejez como un tiempo de retiro, de ocio y disfrute.

Como veremos en el capítulo siguiente la segunda mitad del siglo XX fue testigo de una transformación cualitativa de la sociedad y la cultura, lo que potenció la creación de nuevas instituciones dirigidas a “capturar” la experiencia de las nuevas manifestaciones de edad social, caracterizadas por la diversidad y la heterogeneidad. La enorme variabilidad interindividual en el proceso de desarrollo psico-social, así como la emergencia de diferentes estándares de cada edad social, puso de relieve la necesidad de comprenderlas como un proceso signado por la diversidad, la segmentación y también la desigualdad en las posibilidades, condiciones y recursos que configuran el desarrollo humano. Ese marco de diversidad, diferencia y heterogeneidad condujo a la búsqueda de un modelo comprensivo del desarrollo psico-social de las edades de la vida, conocido como modelo contextual-dialéctico.

El modelo contextual dialéctico (Riegel, 1975; 1976) propone un análisis contextualizado del cambio en el que el desarrollo es producto del entrecruzamiento de un sistema de normas que lo regulan, con las mediaciones que el propio sujeto introduce como parte de un grupo social y con las herramientas que su cultura le provee. Se denomina modelo contextual porque postula la interdependencia entre el sujeto y su entorno (entendido en su

naturaleza socio-cultural), no como dos instancias separadas sino como dos entidades íntimamente relacionadas en una espiral dialéctica en la que mutuamente se forman y transforman.

Este modelo propone una concepción del cambio y la transformación psico-social, que considera a la realidad socio-cultural y a los sistemas vivos como elementos consustanciales. De esa manera, lo distintivo del desarrollo humano en todos los estadios del curso vital sería su tendencia al cambio antes que su orientación a la estabilidad. Lo que experimenta modificaciones a lo largo del curso vital es el tipo de condicionante de los procesos de cambio y la capacidad de autorregulación por parte de los propios sujetos; ambos en una constante interacción recíproca.

El modelo contextual-dialéctico ha sido el marco desde el que se han formulado las teorías del desarrollo de las últimas décadas. En ese modelo confluyen los aportes y supuestos de diferentes disciplinas que a lo largo del siglo XX dieron un espectacular vuelco en los modos de interpretar la naturaleza, la biología, el lenguaje, la información, la física, etc. Esos aportes pusieron en cuestión la concepción homeostática del sujeto (que trata de mantener el equilibrio interno en sus procesos de interacción social y de transformación intrapsíquica) y de la sociedad y sus instituciones (cuyo estado natural sería el equilibrio y toda alteración o crisis es considerada una disfunción). Además, este modelo postula que el desarrollo de las funciones biológicas y psicológicas -lejos de expresar un plan inscripto en lo genético o en el potencial biológico- es el producto de la interacción e interdependencia con el medio (que siempre sigue unos patrones específicos propios de cada sistema de mediación socio-cultural). En esa interacción se configura una estructura particular que luego va a condicionar el propio desarrollo de las funciones psico-biológicas, así como sus modos de uso.

Las hipótesis explicativas del cambio desde esta perspectiva conceptual, son resumidas por Sinnott (1994:98) en un conjunto de proposiciones, de las que tomamos las más relevantes:

1) *El cambio puede ocurrir solamente si existe potencial y éste se basa en la presencia de cierto grado de desorden o desestructuración en el sistema.* El potencial no es interpretado como lo que queda por desarrollar o desplegar de una capacidad o función psicológica que conserva cierta latencia, sino como un elemento nuevo (no por ello de naturaleza positiva o incremental) que básicamente tiende a modificar la estructura del sistema. De allí que, por ejemplo el mismo concepto de crisis no pueda ser pensado solamente como una alteración del equilibrio alcanzado, sino como una situación estructural de inestabilidad que puede dar lugar a una nueva configuración, no siempre logrando un nuevo equilibrio o una re-estructuración de mayor complejidad.

2) *El sujeto en tanto sistema se construye a sí mismo y construye su realidad en la interacción con el mundo circundante.* El sujeto es un sistema abierto, que interactúa con otros sistemas de mayor o menor alcance o de diferente naturaleza. Así los seres humanos somos un sistema humano que integramos diferentes subsistemas tales como el biológico, el psico-social y el cultural. El desarrollo del sistema humano en tanto sistema abierto se basa en la relación de interdependencia e intercambio con el medio y entre los subsistemas que lo conforman siendo la información (genética, lingüística, códigos convencionales, etc.) el contenido básico del intercambio.

3) *La persona, en tanto entidad, no es definida por un límite sino por un conjunto consistente de relaciones con los demás.* Ello implica dejar de lado el modo tradicional de representar al sujeto como un círculo concéntrico que se nutre de otros círculos más amplios (la familia, las instituciones, la sociedad) para lograr su desarrollo. Por el contrario, el sujeto se define por el límite de su mismidad, límite abierto y permeable que marca su diferenciación respecto del afuera/los otros y que preserva su unidad biográfica y existencial. El establecimiento de ese límite identitario es posible por el doble trabajo permanente (a lo largo de todo el curso vital) de diferenciación/construcción de su Yo.

4) *Los sistemas constitutivos del sujeto son sinérgicos.* Es decir que el sujeto al actuar en interrelación con los otros y su entorno y al utilizar en forma interactiva y compleja sus subsistemas, aumenta sus posibilidades de generar un mayor desarrollo. De este modo, el desarrollo no se puede explicar por un solo subsistema, sino que requiere captar las interacciones y las influencias recíprocas entre ellos.

5) El sujeto en tanto ser vivo es autopoietico, es decir que tiende a su propia autoorganización. Esta capacidad de autopoiesis se sustenta en el intercambio, razón por la que la permeabilidad y la flexibilidad son condiciones para asegurar los procesos de interacción. El sujeto que posee límites porosos puede admitir nueva información, reestructurar la que posee y desechar la que no tiene más significado. Por su parte, la flexibilidad es una condición para el desarrollo ya que es desde allí que puede instalarse el cambio.

Capítulo II

LA ADOLESCENCIA EN EL CURSO VITAL

En nuestra sociedad contemporánea compartimos la creencia de que la adolescencia es un estadio del curso vital. En las sociedades occidentales contemporáneas, la institucionalización del curso de la vida reconoce a la adolescencia como una de las edades sociales. En la segmentación imaginaria del curso de la vida, la adolescencia se recorta como un momento del desarrollo que se define en relación al ejercicio de ciertos roles sociales, así como a procesos psíquicos que poseen cierta especificidad y diferenciación respecto de otros. Si el desarrollo evolutivo del sujeto remite al despliegue de las potencialidades emocionales, afectivas, cognitivas y sociales que reconocen como punto de origen la concepción y como punto de cierre la muerte biológica, la adolescencia constituye uno de los segmentos temporales de ese continuum.

El despliegue de esas potencialidades -posible por la integración que genera la actividad mental del sujeto- requiere de la ***interacción dialéctica*** entre el potencial biológico, los recursos psicológicos, cognitivos, emocionales y afectivos del sujeto y la concurrencia de los recursos socio-culturales. El desarrollo evolutivo entendido como despliegue de las potencialidades se realiza a través de un vector temporal. Se realiza en un plano temporal en

el que los seres humanos experimentan múltiples cambios y diversas transformaciones en las distintas esferas constitutivas de su existencia. Así, la base material (biológica) ligada a la corporeidad experimenta cambios desde el mismo momento de la concepción hasta su desaparición. En la esfera social, el paso del tiempo supone el aprendizaje del ejercicio de diferentes roles y la realización de múltiples procesos de construcción y reconfiguración de la identidad como sujeto social. En el plano psicológico el paso del tiempo genera cambios en las diferentes dimensiones del psiquismo: las emociones, la personalidad, la cognición y la afectividad. Por su parte, la dimensión psíquica es de fundamental importancia puesto que es la que posee la capacidad para interpretar los cambios en todas las dimensiones y, a la vez, otorga un sentido de unicidad personal más allá de las transformaciones que acontecen a lo largo de la vida.

Estos presupuestos constituyen la base de la psicología del desarrollo, perspectiva desde la que abordamos la adolescencia. Desde esta disciplina entendemos la adolescencia como un estadio o como un ciclo singular dentro del desarrollo evolutivo. Esto es, un momento del desarrollo con características propias, como un proceso de cambio individual que acontece en contextos sociales particulares y en cuyo curso de evolución influyen los patrones y códigos culturales que modelan a ambos.

La psicología del desarrollo como campo de estudio del cambio evolutivo

Durante el siglo pasado la psicología evolutiva ha sido la disciplina científica que ha realizado un constante trabajo de producción teórica para tratar de establecer las características de los procesos psicológicos en los diferentes estadios de la vida. Durante la primera mitad del siglo predominaron los estudios sobre los primeros años de vida, especialmente aquellos correspondientes a la primera infancia y dieron comienzo las investigaciones sobre la pubertad y la adolescencia.

La tónica de esas investigaciones se caracterizó por su pretensión de establecer un conjunto de etapas sucesivas y necesarias que se iniciaban en la niñez y culminaban en la vejez, vinculando cada una de estas etapas a un esquema rígido de conductas, ligadas a secuencias de edad cronológica. Las teorías de ese momento planteaban que las etapas evolutivas eran normativas y universales. En otras palabras, suponían que todos aquellos sujetos cuyo desarrollo entraba dentro de los parámetros de *normalidad*, debían presentar ciertas características psicológicas acordes con su edad cronológica. Además las características propias de cada etapa se tendrían que presentar en todos los sujetos, independientemente del contexto socio-cultural.

Luego de la posguerra se produjo un cambio importante en la forma de plantear el estudio científico del desarrollo humano. La psicología evolutiva estableció que a medida que los sujetos avanzaban en edad, completan procesos madurativos vinculados al crecimiento orgánico, logrando mayor autonomía en la satisfacción de sus necesidades biológicas primarias. Si bien el concurso de la cultura y la influencia del medio social eran reconocidos como procesos influyentes en las características psicológicas y sus procesos de cambio, el vector biológico era considerado el principal factor explicativo. Los métodos de investigación utilizados hasta ese momento fueron cuestionados radicalmente. El estudio de casos (clínicos en su mayoría) y la comparación de casos y de grupos de sujetos pertenecientes a diferentes edades (conocido técnicamente como estudios transversales) constituían las formas clásicas de estudiar las características de cada etapa evolutiva. Cuando estos métodos comenzaron a ser utilizados para el estudio de etapas posteriores del desarrollo tales como la adultez y la vejez, se pudieron ver las dificultades y distorsiones que tales métodos provocaban y obligaron al desarrollo de otros diseños de investigación.

Si la pretensión de la naciente psicología del desarrollo era describir los fenómenos y los procesos de cambio psicológico en diferentes etapas de la vida, debía encontrarse un método

de estudio válido para tal fin. Los investigadores de la posguerra concluyeron que la mejor manera de observar estos procesos era observando, evaluando y testeando al mismo grupo de sujetos durante períodos extensos (generalmente varias décadas) de tiempo. Se instaló así la necesidad de utilizar métodos longitudinales para poder dar cuenta de un modo más preciso del proceso de desarrollo humano y, consecuentemente, se consolidó la idea de que ese proceso debía estudiarse considerando los factores ambientales, sociales y culturales. Ello ha llevado a que en las últimas décadas se abandonasen progresivamente las explicaciones de cada estadio evolutivo como una unidad aislada de los demás y se plantee su estudio atendiendo a la totalidad del Curso Vital.

Como señaláramos con anterioridad, este texto se apoya en los principios del enfoque del Curso de la Vida como campo interdisciplinario, que permite comprender la producción o fabricación social de las edades. Como se mencionó en el primer capítulo esta perspectiva teórica nos permite dar cuenta del carácter socio-histórico de las edades sociales mediante el análisis de los procesos estructurales de la sociedad y la cultura. También permite comprender el papel de los dispositivos socio-culturales como artefactos a través de los cuales se concretizan los ideales culturales que una sociedad, en un momento histórico dado, deposita en sus miembros de diferentes edades. Esta perspectiva contribuye a la comprensión de la dinámica a través de la cual los procesos de la estructura social se internalizan y se convierten en discursos y prácticas sociales, en formas subjetivas de reconocerse, definirse y proyectarse en la vida de relaciones. En otras palabras, los procesos de cambio individual no serían más que el resultado de las interacciones sociales producidas en y mediante los dispositivos socio-culturales.

En el próximo apartado se sintetizan las principales premisas que plantea la Psicología del Desarrollo desde la perspectiva del Curso Vital.

El Enfoque del Curso Vital: un marco para el análisis del desarrollo

En la historia de la psicología evolutiva han aparecido distintas teorías que han intentado dar cuenta de las características de la adolescencia. No es nuestro interés en esta obra reseñar las teorías de la adolescencia, sino plantear un marco de análisis integrador de las más relevantes. Para ello esbozaremos los principales lineamientos del modelo predominante en los estudios del desarrollo humano: el enfoque del Curso Vital. Hablamos de enfoque pues se trata de un conjunto de principios que, fundamentado en diferentes teorías (psicológicas, sociológicas, antropológicas, biológicas) ofrece algunas claves para el estudio del desarrollo. El Enfoque del Curso de la vida no es una teoría en sí misma, sino una perspectiva epistémica que interpela los modos tradicionales de abordar el desarrollo humano. El valor de este enfoque radica en su capacidad para responder cuatro temas que la psicología evolutiva tradicional no podía resolver satisfactoriamente. Ellos son:

- Permite explicar la naturaleza dinámica, contextual y procesual del desarrollo evolutivo.
- Ofrece un modelo que da cuenta de las transiciones relacionadas con la edad y las trayectorias vitales en el que se relativiza la influencia de la edad cronológica y se revalorizan los aspectos biográficos del sujeto como moduladores de los procesos de cambio.
- Describe cómo las diferentes fases del curso vital son moldeadas y condicionadas por los contextos sociales, por los significados culturales atribuidos a cada fase y por la posición que ocupan los sujetos en la estructura social.
- Explica cómo el tiempo histórico y la pertenencia a distintas cohortes modelan el proceso de desarrollo, influyendo tanto en los individuos, como en los grupos sociales.

El Enfoque del Curso Vital es un conjunto de premisas surgidas de la investigación científica que orientan la descripción, la interpretación y el análisis de los procesos de desarrollo evolutivo a lo largo de toda la vida. Por lo tanto, se constituye en un recurso valioso para comprender la adolescencia en sus aspectos generalizables (sin por esto desconocer su condición heterogénea, diversa y plural) como un ciclo dentro del proceso de desarrollo.

El enfoque del Curso Vital rechaza de plano las interpretaciones antinómicas que explican las fases del desarrollo humano apelando sólo a factores intrínsecos del sujeto o a factores del entorno como agentes causales o desencadenantes de los procesos de cambio evolutivo. En un extremo se hallan las teorías innato-maduracionistas centradas en el sujeto y que explican su desarrollo en función de un plan madurativo intrínseco y consustancial a un plan genético de base biológica, que contiene y pre-determina las posibilidades evolutivas. Un ejemplo de este tipo de pensamiento podemos encontrarlo en las teorías que pretenden explicar todas las conductas humanas y las características de personalidad (tanto una habilidad creativa, la violencia, o las sensaciones de placer) a partir de la genética y/o de combinaciones neuro-bio-químicas. Los autores del Curso Vital se oponen al determinismo implícito en esa descripción del proceso de desarrollo, según la cual los sujetos están condicionados causal y necesariamente por procesos que están fuera de su alcance, generalmente inscriptos en su carga biológica y en experiencias pasadas.

En el otro extremo encontramos las teorías ambientalistas del desarrollo para las cuales el responsable de proveer los estímulos necesarios para generar los procesos de cambio es el medio o entorno del sujeto. Los procesos de cambio se producirían por la presión de las variables ambientales, que ejercen un efecto de modelado del sujeto. De algún modo, en esa perspectiva el individuo tiene un rol pasivo y receptivo de la influencia ambiental, explicándose las diferencias a partir de las variaciones en el tipo e intensidad de los estímulos provistos por el medio ambiente. Por ejemplo, muchas diferencias individuales a nivel de inteligencia,

de actitudes, de características emocionales, etc. son explicadas a partir del efecto de factores antagónicos tales como déficit/estimulación, deprivación cultural/disponibilidad de múltiples recursos y, entornos nutricios o protectores/entornos deprivados.

Frente a estas posiciones, el enfoque del Curso Vital adopta una perspectiva de interacción moderada. Este se caracteriza por otorgar mayor importancia a los procesos del sujeto (tanto los de orden biológico, como los psicológicos, afectivos, intelectuales y sociales) reconociendo la importancia relativa del medio como agente activo que, junto con el individuo, co-participa en la construcción y autorregulación de su propio desarrollo. El papel relevante del *sujeto* en los procesos de desarrollo se relaciona con su carácter *activo* (no es un mero receptor de los estímulos y demandas ambientales), *constructivo* (reconstruye sus esquemas de percepción de la realidad y de sí mismo y reelabora sucesivamente su identidad) e *integrador de sus experiencias vitales*, incluidas las referidas a los cambios físicos, psicológicos y sociales.

El enfoque del Curso Vital subraya la discontinuidad entre las distintas fases del desarrollo. Es decir que la niñez, la adolescencia, la adultez y la vejez son estadios en los que los sujetos experimentan profundas transformaciones, cualitativamente diferentes unos de otros. A su vez, esos estadios no determinan a los siguientes, ni suponen trayectorias incrementales o decrementales predecibles y de alcance universal. En otras palabras, este enfoque no sólo resalta las diferencias entre los sujetos sino también las variaciones y transformaciones en el curso de la vida de cada sujeto individual.

Los defensores del Curso Vital contraponen a los clásicos estudios de psicología evolutiva una explicación del cambio centrada en las interacciones de los sujetos con su contexto, antes que atribuirlo exclusivamente a rasgos de personalidad inamovibles o a factores ambientales. Se oponen también a cualquier modo de determinismo en la explicación de los procesos de desarrollo; es decir a la idea según la cual los sujetos se encuentran determinados causal y necesariamente por procesos que están fuera de su

capacidad de control y regulación, generalmente inscriptos en su carga biológica (lo genético, lo madurativo) o en las experiencias pasadas (del orden de lo vincular o de las condiciones sociales).

Cabe realizar una aclaración terminológica que denota una diferencia conceptual entre determinismo y condicionamiento. El determinismo establece que dada una causa necesariamente sucederá una consecuencia. El condicionamiento, en cambio, reconoce la posibilidad o probabilidad de que una causa ejerza determinada influencia y que el curso de la acción que sigue no sea predecible en sus efectos ni en su ocurrencia. Desde esta perspectiva, todos los sujetos se encuentran condicionados por distintos factores, lo cual no inhabilita sus potencialidades para introducir factores de oportunidad que promuevan la generación de recursos de cambio personal o social. En definitiva, sobre los procesos de desarrollo psicológico influyen múltiples causas y factores de diferente naturaleza, que operan de diferentes maneras según el momento del ciclo vital que se considere.

El Enfoque del Curso Vital se caracteriza por otorgar mayor importancia a los procesos de adaptación del sujeto. Estos son el promotor del despliegue de múltiples estrategias de afrontamiento, tendientes a propiciar y favorecer el logro de recursos que faciliten la autorregulación de su propio desarrollo. El sujeto es co-partícipe activo en la autogestión e integración de sus experiencias vitales, lo que le permite reelaborar de modo permanente sus esquemas de percepción respecto a sí mismo; respecto a sus capacidades para afrontar aquellos desafíos que le propone el despliegue del acontecer temporal; y respecto a los trabajos de elaboración identitaria que le permiten mantenerse integrado a través de los cambios. Entre los principales aportes del enfoque del Curso Vital pueden mencionarse:

El concepto de desarrollo evolutivo

El desarrollo ontogenético es un proceso que se produce a lo largo de toda la vida, que no concluye en la adultez sino que continúa en la edad avanzada. El desarrollo personal no es un proceso orientado hacia una meta universal (común a toda la especie) y no posee el mismo ritmo de progresión entre sujetos de distintas culturas y aún dentro de una misma. Pese a la heterogeneidad es posible identificar ciertos patrones generales de desarrollo que guardan relación con el contexto socio-histórico y los procesos de significación cultural propios de una cultura.

En el Curso Vital ningún estadio evolutivo mantiene primacía en la regulación del desarrollo. Es decir, ningún ciclo es determinante causal de los cambios que ocurren en los estadios posteriores. En cada ciclo las transformaciones son producidas por la interacción entre los logros adquiridos en procesos y acontecimientos vitales previos y la irrupción de procesos que generan discontinuidad. Estos introducen experiencias innovadoras que desestructuran el curso vital e impulsan al sujeto hacia la búsqueda de un nuevo equilibrio y configuración identitaria.

El interjuego entre ganancias y pérdidas en el proceso de desarrollo

El proceso de desarrollo no es un simple movimiento hacia una mayor eficacia. El concepto de desarrollo no implica necesariamente evolución; a través de la vida, este proceso se produce por la ocurrencia de ganancias (fenómenos de crecimiento, maduración y de conquista de posibilidades y capacidades) y pérdidas (fenómenos de declive, deterioro y desaparición de capacidades y competencias). De esta manera no habría desarrollo sin la interacción entre nuevas adquisiciones o ganancias y la ocurrencia de pérdidas. De hecho, la conquista de la adolescencia, por ejemplo, supone la pérdida de los atributos definitorios de la infancia, no

sólo en lo referente a las características corporales, sino en relación a la autoimagen o al acceso a ciertos beneficios sociales que tienen los niños.

Esa dinámica entre ganancias y pérdidas se registra tanto en relación a los diferentes factores constitutivos del desarrollo (lo biológico, lo social, lo psicológico, lo cultural), como a los diferentes estadios evolutivos. A lo largo de la vida el interjuego de ganancias y pérdidas es permanente y acontece de modo simultáneo y en forma compensatoria. El concepto de compensación es clave para entender el carácter autorregulado del desarrollo, ya que cuando un sistema experimenta una pérdida o declinación, otro sistema tiende a incrementarse para sostener el intercambio adaptativo. No obstante, ese mecanismo de compensación se basa en la optimización selectiva de los recursos, con lo cual la compensación no es un proceso funcional sino una acción estratégica y significativa para el sujeto.

El cambio es siempre un proceso de especialización que no abarca a todos los sistemas del sujeto (un sujeto puede tener un desarrollo normal en su proceso de crecimiento, pero no así en su desarrollo psicosocial), ni implica un avance general en todos ellos (el sujeto puede experimentar una disminución de sus funciones sensoriales y, simultáneamente, un incremento en su sentido de integridad o una mejora de su autoconcepto). Otro caso podría ser el de los niños sobredotados que alcanzan un alto nivel en las habilidades intelectuales y presentan mucha creatividad en los juegos individuales, capacidades con las que compensan los problemas de adaptación social y emocional que experimentan y que les dificultan el trabajo en grupo.

En cada estadio del desarrollo puede esperarse la ocurrencia de pérdidas y ganancias, tanto en relación con eventos normativos (esperables tendencialmente para los que forman parte de ese grupo) o con eventos no normativos (sucesos inesperados tanto a nivel individual, como de las expectativas sociales para cada grupo de edad).

El desarrollo evolutivo es multidireccional

Los cambios ligados al desarrollo evolutivo lejos de ser universales y estar orientados hacia una meta preestablecida, común a todos los sujetos y siguiendo igual secuencia y ritmo de progresión, presentan una considerable diversidad o pluralismo, es decir son multidireccionales. La dirección del cambio evolutivo varía según el tipo de conducta que se analice (social, cognitiva, afectiva, mental) y de las influencias del contexto socio-cultural.

En cada ciclo evolutivo, algunos sistemas de comportamiento muestran un incremento, en tanto otros declinan en su nivel de funcionamiento. Por ejemplo, en el inicio de la adolescencia se produce un cambio repentino en el cuerpo de los púberes, producido por los procesos fisiológicos ligados al crecimiento. Ese proceso que es más o menos general y común a todos los adolescentes, produce efectos diferentes entre los miembros de un mismo grupo de pares, al conjugarse con las disposiciones de personalidad de cada sujeto, las pautas familiares de crianza, el nivel de información que poseen o el género.

Plasticidad y heterogeneidad en el desarrollo

Las experiencias previas y las condiciones sociales que contextualizan la vida de los sujetos, constituyen un poderoso sistema personal que facilita o dificulta los procesos de cambio psico-social. No obstante, en todas las etapas del desarrollo el sujeto puede introducir cambios en su funcionamiento psicológico y actitudinal apelando a la plasticidad como recurso adaptativo básico.

Las experiencias pasadas o el nivel de desarrollo alcanzado de ciertas capacidades y habilidades funcionales no generan estructuras psicológicas rígidas e inmodificables. Si bien esas son condicionantes, no impiden a los individuos afrontar de manera

creativa las demandas que les presenta cada ciclo de la vida o las circunstancias que les toca atravesar. El sujeto no tiene necesidad de insistir en la repetición de respuestas que bajo ciertas circunstancias son útiles, pero que pueden no serlo en otras. Por ello, ensaya formas nuevas de respuesta que llevan al cambio. Actualmente, el concepto de plasticidad se aplica también a la base neurológica y es el fundamento que ofrecen las neurociencias para justificar el concepto de resiliencia.

La plasticidad sería entonces la capacidad adaptativa que facilita la modificabilidad biológica, cognitiva, afectiva y social frente a las demandas que el medio plantea al sujeto y para las cuales el repertorio de recursos personales no es suficiente o pertinente. Esta capacidad de adaptar y modificar los sistemas de pensamiento y de acción produce una amplia variedad de respuestas, lo que explica la heterogeneidad y las diferencias de funcionamiento psíquico entre distintos individuos que atraviesan el mismo ciclo evolutivo o eventos vitales similares.

La influencia de los procesos históricos en el desarrollo

El desarrollo ontogenético sufre la influencia de un conjunto de condiciones socioculturales que ocurren en un momento histórico dado, y que a su vez sufren transformaciones. De ese modo, para comprender los procesos psicológicos propios de cada ciclo evolutivo es necesario analizar las condiciones histórico-culturales actuantes en cada sociedad. Estas marcan las posibilidades de desarrollo de cada grupo generacional. La evolución de los roles sociales y de los significados culturales hacen que cada generación sufra el influjo de diferentes factores y patrones culturales, que modelan el pensamiento y la acción de cada grupo de edad. Por ejemplo, los procesos de socialización a que estaban expuestos los adolescentes a comienzos del siglo XX varían sustancialmente de las condiciones actuales marcadas por la globalización, el consumo, las tecnologías y, en algunos casos, la cultura posmoderna.

Sistemas influyentes en el desarrollo evolutivo

El proceso de desarrollo individual puede ser comprendido como resultado de las interacciones dialécticas entre tres sistemas de influencias cuya conjunción es denominada contextualismo. Esos sistemas son:

- *las influencias normativas asociadas a la edad cronológica y a procesos madurativos de naturaleza biológica* (fenómenos esperables tendencialmente para un estadio específico). Por ejemplo, es esperable que en la pubertad se produzca un aumento en la talla de los adolescentes o que aparezcan los signos de la madurez de los caracteres sexuales primarios y secundarios.

- *las influencias normativas que se relacionan con los acontecimientos históricos y culturales de cada contexto social*. Es esperable que los procesos de globalización y de posmodernidad ejerzan cierto influjo sobre las generaciones actuales de adolescentes de clase media urbana. En contextos rurales, o de grupos sociales pobres y con escasa inserción en el mundo globalizado, es poco probable que esas influencias tengan el mismo efecto. De hecho, esas condiciones actuales difieren sustancialmente de las influencias socio-históricas de la generación del sesenta y, más aún, de la generación que transcurrió su adolescencia entre la dictadura militar y la guerra de Malvinas.

- *influencias biográficas*, propias de cada individuo, que reciben el apelativo de “no normativas”. Son parte de estas influencias la muerte de uno de los padres, un accidente que deja secuelas físicas o la pertenencia a un grupo familiar que migra a otro país.

La conjunción de los eventos normativos, no normativos y no eventos es lo que hace impredecible el curso del proceso de desarrollo. La trayectoria vital de cada sujeto expresa de un modo único e irrepetible la configuración producida por la interacción de los sistemas constitutivos del desarrollo, producto de la ocurrencia de ciertos eventos normativos, matizados por eventos no normativos y no eventos.

Estos sistemas de variables, analizados desde la perspectiva del cambio en el curso vital de cada sujeto y de los cambios observados en diferentes sujetos o grupos de sujetos, asumen un rol específico caracterizado por la diferenciación y discontinuidad de cada sistema. En las etapas tempranas del desarrollo (particularmente la infancia y la pubertad) se observa una prevalencia del sistema de influencias normativas relacionadas con la edad cronológica, ya que las funciones biológicas experimentan un continuo proceso de crecimiento y maduración. Por tratarse de funciones evolutivas generales y, en cierto, modo universales (p.e. la madurez del sistema nervioso central o del sistema endocrino, por citar los procesos de crecimiento típicos de la adolescencia) éstas son bastante similares entre diferentes sujetos. Esa similitud, es lo que usualmente ha llevado a considerar a estas edades como fases con cierta homogeneidad, independientemente de los contextos sociales.

Por el contrario, la adolescencia juvenil, la adultez y la vejez se caracterizan por el mayor peso del sistema normativo de influencias históricas y las influencias no normativas de carácter idiosincrásico. Con la progresión en el desarrollo evolutivo los individuos se ven más expuestos a las variables contextuales y a las de tipo biográfico, por lo que se produce un incremento de la variabilidad entre un sujeto y otro. De todos modos debe quedar claro que durante todas las fases del desarrollo, los tres sistemas de influencias interactúan permanentemente, pese a que según lo muestran las investigaciones, en cada estadio predomina alguno de ellos como motor del proceso de cambio.

En base a los aportes reseñados previamente y ubicándonos en el modelo contextual-dialéctico, podemos aproximarnos a una definición del desarrollo evolutivo, entendido como el proceso de constitución y reconfiguración de la subjetividad, la identidad, las capacidades, las funciones psíquicas y el sentido existencial del sujeto. Este proceso se produce a partir de la dinámica interactiva de despliegue/repliegue de las potencialidades, capacidades y limitaciones emocionales, afectivas, cognitivas y sociales que re-

conocen como punto de origen la concepción y como punto de cierre la muerte biológica. Esa dinámica de despliegue/repliegue de potencialidades/limitaciones es posible por la integración que genera la actividad mental del sujeto y requiere de la interacción dialéctica entre el potencial biológico, los recursos psicológicos, cognitivos, emocionales y afectivos del sujeto, y la concurrencia de los recursos socio-culturales que ofrece su entorno.

Capítulo III

NOMBRAR LA ADOLESCENCIA

La adolescencia: un fenómeno dilemático para la sociedad y para la ciencia

El interés por la adolescencia como fenómeno psicosocial es relativamente nuevo en la historia de las ciencias sociales. Recién en el siglo XX aparecieron los primeros estudios sistemáticos sobre la adolescencia en EEUU y Europa. Este hecho se relaciona con el surgimiento de nuevos roles sociales vinculados a la preparación de los niños para ingresar al mundo adulto, especialmente aquellos vinculados a la escolarización.

En las sociedades antiguas -y actualmente en diferentes contextos sociales- el tránsito de la niñez a la adultez se realiza a partir de un simple rito de pasaje por el cual a los niños se les reconoce comunitariamente su nuevo estatus de adulto y, consecuentemente recaen sobre él las mismas obligaciones, responsabilidades y derechos que éstos poseen. Generalmente en estas sociedades el pasaje de la niñez a la adultez se ha vinculado al reconocimiento de la capacidad para ser un miembro activo en las tareas de re-

producción social de su grupo. Este pasaje sin transición de roles infantiles a roles adultos hace que los varones se incorporen a las actividades ligadas a la subsistencia económica tales como el cultivo, la recolección, la caza o el trabajo en la calle (p.e. en los centros urbanos), mientras que a las niñas-mujeres se les reconoce su función en la reproducción de la prole y la asunción de roles más importantes en la producción en la unidad doméstica, a través de la realización de tareas de cuidado de los otros niños, la ayuda en las tareas del hogar y el embarazo. En esos contextos la participación en el trabajo doméstico y extradoméstico y los embarazos tempranos han sido y son prácticas sociales corrientes.

En las sociedades occidentales -organizadas socialmente bajo la lógica del Estado de Bienestar- los procesos sociopolíticos iniciados en el siglo XX ampliaron el lapso de tiempo en el que los niños dejan los roles infantiles para adquirir los roles adultos. Cabe señalar entre otros la extensión de la escolaridad y el carácter preparatorio de ésta para el ingreso a roles laborales; la instauración progresiva de restricciones para el trabajo infantil; la conformación de la familia nuclear como unidad de cuidado primario de los niños y las restricciones legales para el ejercicio de ciertas tareas así como el reconocimiento de capacidades. De ese modo, a lo largo de ese siglo se configuró la adolescencia como edad social en tanto se definieron un conjunto de roles propios de aquellos sujetos que, aún alcanzando la madurez biológica no se les reconocía la madurez social ni la autonomía para el ejercicio autónomo de sus funciones sociales. Aparece de este modo la adolescencia como un período de transición entre la niñez y la adultez y como un tiempo social de preparación para el ejercicio de roles adultos.

Concomitantemente a la aparición de estas prácticas sociales, las sociedades occidentales han desarrollado un conjunto de significados y de sentidos simbólicos. En torno a esta nueva etapa de la vida, es decir, han efectuado un trabajo de producción cultural que ha generado la aparición de una nueva categoría: la adolescencia. En otras palabras, estas sociedades disponen de un

sistema de creencias, valores, rituales, códigos y lenguajes que condensan los significados que -en cada contexto cultural y en la cultura occidental en general- se atribuyen a la adolescencia y definen el modo de ser, de sentir y de pensar este fenómeno.

En ese proceso histórico-cultural recién cuando los significados culturales sobre la adolescencia se han cristalizado -delimitando las fronteras que simbólicamente la separan de la niñez y de la adultez- ha sido posible abordar la adolescencia como una edad social y como un estadio en el Curso de la Vida. En los últimos años existe una tendencia a incluir a la adolescencia dentro del término más amplio (y sociológico) de juventudes, aunque en este texto mantendremos la diferencia entre ambos conceptos. De acuerdo a lo que hemos trabajado en capítulos previos, la adolescencia es una edad social, es decir, reconocida como un estadio, un momento singular de la vida humana; para el cual disponemos de un conjunto de significados culturales propios y de roles sociales emergentes del sistema legal (la escolaridad obligatoria, el reconocimiento de derechos políticos a partir de los 16 años o la emancipación a partir de los 18 años) que demarcan su institucionalización como grupo de edad.

Clarificando los sentidos de la palabra adolescencia

Si consideramos el significado cultural asignado a la adolescencia en la actualidad, podemos observar que el mismo concepto que la designa refleja el carácter transicional que señalamos anteriormente. En efecto, según su acepción etimológica, la palabra adolescencia (del latín *adolescere*) posee dos significados, en un sentido indica “crecer o desarrollarse hacia la madurez” y en otro “adolescer” o “faltar algo”. Ambos significados reflejan el sentido de incompletud y de tránsito hacia la adultez. En contraposición encontramos el concepto adulto, que etimológicamente significa “crecido” y es la referencia que da sentido a la adolescencia. El Diccionario de la lengua española agrega otros sinónimos que

también son elocuentes respecto al significado de adolescente y joven: aprendiz, novicio, inexperto, inmaduro. Como se observa, estos sentidos ponen el acento en el tránsito a la adultez y refuerzan la idea de la adolescencia como un estadio que se define por su carácter preparatorio.

Las metáforas culturales que designan a la adolescencia ofrecen una visión romántica que se manifiesta en expresiones contradictorias, tales como albor de la vida, primavera, flor de la edad, flor de la vida, divino tesoro, que reflejan una visión positiva. También, desde una mirada negativa es reconocida como la edad del pavo o referida como Generación X (denominación que alude a la imposibilidad de definirla en base a los patrones sociales establecidos y, por tanto, una generación desconocida). Las teorías científicas retomaron algunas de las acepciones corrientes. Así la psicoanalista francesa Francoise Dolto habla del purgatorio de la juventud, mientras que otros autores de la misma orientación retoman el concepto de metamorfosis para interpretar la adolescencia. Erikson (1971), uno de los autores precursores de la teoría del Curso de la Vida, considera que la adolescencia se estructura en base a la idea de **moratoria social**, es decir un tiempo que se les otorga a los no-adultos para aprender nuevos roles sociales, ponerlos en juego y optar por aquellos que elijan para su desempeño social como adulto.

Lo cierto es que en las sociedades actuales el concepto de adolescencia remite, en un sentido amplio al estadio vital que media entre la niñez y la adultez. Este modo de definirla admite una amplia gama de variantes de sociedad en sociedad y dentro de las distintas franjas sociales de una sociedad concreta. Estas diferencias surgen por la variedad de criterios que en cada grupo social y en cada sociedad existen respecto a los hechos que marcan la entrada a la adultez. Así, en las sociedades modernas y desarrolladas, la entrada a la adultez se asimila a la autonomía financiera y la independencia económica. En otras sociedades la entrada a la adultez se vincula a la procreación o a la inserción en el mundo del trabajo. Salta a la vista que estos criterios son limitados toda

vez que, por ejemplo, es cada vez mayor la cantidad de jóvenes que no pueden independizarse económicamente de sus familias por falta de oportunidades laborales, lo que obviamente retarda el tiempo de ingreso a la adultez, pero que no prorroga indefinidamente la condición de adolescente.

Por el contrario, en los contextos rurales y de familias de bajos recursos económicos sigue siendo muy común (a pesar de que la legislación prohíbe el trabajo infantil) que los adolescentes participen de actividades económicas y laborales que contribuyan con la economía de subsistencia de la unidad familiar, debiendo cumplir con exigencias, responsabilidades y obligaciones muy parecidas a las de los adultos. Por otra parte, es cada vez más frecuente tener noticias de adolescentes que quedan “embarazados” (tanto varones como mujeres) a edades cada vez más tempranas, lo que más allá de la responsabilidad que les cabe en el maternaje/paternaje, no pueden considerarse por ese hecho haber devenido adultos.

La misma sociedad es ambigua respecto a las responsabilidades y derechos que da a los adolescentes. Así, los 18 años es la edad en que se les reconoce responsabilidad legal y a partir de los 16 pueden ejercer sus derechos políticos como ciudadanos, aunque no pueden ser elegidos como representantes. En cuanto al otorgamiento de permisos de conducir, la tendencia actual es a otorgarlo aun antes de esa edad. Desde los primeros momentos de la pubertad los adolescentes son estimulados para el ejercicio de la sexualidad, pese a que generalmente no se les reconoce el derecho legal de disponer de su propio cuerpo o a asumir por sí mismos las consecuencias que en muchos casos trae el uso de su cuerpo.

Paradójicamente, a los adolescentes se los incita al ejercicio de la autonomía, de la independencia, aunque la realidad de los procesos macrosociales dificulta cada vez más esa conquista. El aumento permanente de los años de estudio como condición para aspirar a un lugar en el mercado de trabajo, las limitaciones en la estructura ocupacional, los bajos salarios que limitan la posibilidad material de independizarse o de elaborar un proyecto de

pareja, postergan la duración de la adolescencia juvenil.

Algunas de las paradojas socio-culturales que están a la base de la dinámica de este estadio evolutivo -considerada por algunos como una “tierra de nadie”- remiten a los siguientes aspectos que se despliegan contradictoriamente: maduros biológicamente e inmaduros socialmente; irresponsables para el ejercicio de ciertos roles y sobreexigidos en el ejercicio de otros supuestamente aseguradores del éxito y la proyección futura; dependientes afectiva y económicamente, e independientes en la toma de decisiones y en la adopción de formas de vida; una etapa vital tormentosa y crítica o un momento de metamorfosis.

En definitiva, en el amplio abanico de esas paradojas, la adolescencia es el período que va desde el inicio de la pubertad y que concluye alrededor de los veinticinco años. Los estudios muestran que a medida que aumenta el nivel socio-económico, la duración de la adolescencia también aumenta. Por el contrario en los grupos de menores recursos la adolescencia es un período más breve. Asimismo, en el análisis de distintas sociedades se ha encontrado que en aquellas con mayor desarrollo económico y con predominio de población urbanizada el período de la adolescencia tiende a incrementarse cada vez más (se señala como su límite superior los treinta años), mientras que en la población rural y en los países pobres la adolescencia es más breve.

Desde el punto de vista de su desarrollo psico-social, la adolescencia es un estadio en el que el sujeto se orienta a la conquista de la adultez, logro que depende de la trama que se establece entre los factores psicológicos, los condicionantes del entorno socio-cultural y los mandatos culturales que en cada sociedad modelan este período. Es difícil, por no decir imposible, precisar la duración y los límites de este momento evolutivo. Ello obliga a evitar generalizaciones e invita a observar con detenimiento las particularidades que cada adolescente, o en su caso, cada grupo de adolescentes presenta en la estructura social

La adolescencia desde el enfoque del Curso Vital

La aplicación de estos principios generales para el estudio de la adolescencia puede sintetizarse en algunas premisas:

La adolescencia es un estadio del desarrollo evolutivo en el Curso Vital. Se trata de un período de la vida con características propias, producidas por el modo particular en que se combinan e interactúan procesos psicológicos, biológicos y sociales. La característica central de este estadio es su carácter de transición hacia la adultez, de etapa intermedia entre la niñez y la adultez y cuya funcionalidad en el Curso Vital es la preparación para el ejercicio de roles sociales a partir de la configuración de una identidad personal y social.

*La adolescencia transcurre en una dimensión temporal y es, por lo tanto, un **proceso dinámico**.* En tanto proceso, se reconoce a la pubertad como el fenómeno que marca el inicio de la adolescencia. La adolescencia no es un estado al que se accede en el momento inicial y se permanece en él durante varios años, sino que se trata de un estadio con un permanente movimiento y reestructuración de los diferentes sistemas personales en el que los sujetos experimentan continuos cambios. La dinámica de este proceso es generada por las interacciones entre los factores biológicos, psicológicos y sociales de los sujetos, las características del entorno socio-cultural, y el tiempo o la situación histórica de cada generación. En otras palabras, la adolescencia es un fenómeno individual que se realiza dentro del marco establecido por el contexto socio-cultural en que se desempeñan los sujetos. Sin embargo, los cambios no van en paralelo sino que ocurren a distintos ritmos. Al comienzo de la adolescencia los cambios físicos ocupan un lugar clave en la crisis adolescente; por el contrario, hacia el final de la adolescencia el conflicto se relaciona con la inserción social, la elección de roles, etc. A lo largo de todo el proceso adolescente, sea cuales sean los factores de cambio dominantes, el sujeto debe efectuar un intenso trabajo psicológico para poder interpretar los

procesos de cambio que lo ocurren. La dimensión psicológica es la que le permite al sujeto percibir, afrontar y resolver las transformaciones que experimenta en la transición adolescente. Por esa razón, las características psicológicas y de personalidad de los adolescentes tienen un papel fundamental en tanto actúan como filtros que le permite interpretar las demandas contextuales y utilizar los recursos sociales y psicológicos que disponen para resolver los conflictos que se le presentan.

Lejos de constituir un período homogéneo, durante el proceso de la adolescencia se pueden identificar períodos o ciclos de más corta duración, que sirven a los autores para caracterizar las llamadas fases de la adolescencia. En cada una de estas fases la dinámica de los cambios está dada por el papel predominante que en cada momento juegan las transformaciones físicas, psicológicas y sociales que le acontecen a los adolescentes. De la variedad de clasificaciones, nos interesa rescatar la que realiza Carvajal Corzo (1993). Este autor identifica:

1) *La adolescencia puberal (11-14 años):* coincidente con el conjunto de cambios físicos producidos por la pubertad y que marcan la completa maduración (biológica) de los órganos de reproducción masculinos y femeninos. En esta fase el eje de los procesos de cambio psicológico se relacionan con la resolución de los conflictos generados por los cambios físicos y la toma de conciencia de la madurez sexual. El duelo principal que el adolescente enfrenta en esta fase es la pérdida del cuerpo de niño.

2) *La adolescencia nuclear (14-17 años):* fase en la que el sujeto se ve enfrentado a la resolución de una serie de conflictos de identidad, fenómeno que es acompañado por nuevas posibilidades del pensamiento y el despliegue de nuevos sentimientos y de una emocionalidad desconocida. La problemática de esta fase es eminentemente psicológica e implica la adopción de un conjunto de decisiones y la realización de elecciones que le permitan al sujeto configurar una nueva identidad y proyectarse con ella hacia el futuro. La principal tarea de elaboración psicológica es la pérdida de los padres infantiles.

3) La adolescencia juvenil (17 a 25 años): marcada fundamentalmente por la elaboración de elecciones ligadas a la realización social, particularmente vinculadas a las elecciones de carrera, de ocupación y de pareja amorosa. En esta última fase adquieren mayor peso los factores sociales y culturales ya que las elecciones del sujeto se vinculan a la adopción de una identidad social y a la asunción de papeles sociales que le permita ingresar a la adultez con autonomía personal.

En tanto estadio, la adolescencia dentro del Curso Vital es interpretada como una crisis del desarrollo. Es decir se trata de un período en el que el sujeto experimenta un conjunto de transformaciones que le producen desorganizaciones y que conllevan riesgos para su sentido de integridad, y también oportunidades para alcanzar un nuevo modo de reorganización cualitativamente diferente. La caracterización de la adolescencia como una crisis se relaciona con el significado etimológico de este concepto que en su raíz griega significa elección o decisión.

Durante la adolescencia se producen transiciones relacionadas con la edad biológica (vinculada a la edad cronológica) y la edad social, además de otras transiciones psicoafectivas y cognitivas. En cuanto a la primera se destacan los procesos de crecimiento y maduración orgánica. Las segundas se relacionan con el conjunto de expectativas sociales que recaen sobre los sujetos cuando alcanzan determinadas edades, pautando las conductas esperadas y esperables para cada una de ellas. La adolescencia como proceso es, por todo lo dicho, un proceso individual, que requiere del sujeto un trabajo psicológico de resolución de conflictos de diversa naturaleza y que produce fuertes marcas en su subjetividad.

En tanto implica el ejercicio de un conjunto de roles sociales asociados a ella, la adolescencia es también un fenómeno social, cuyas características influyen decisivamente en los procesos internos que tienen que efectuar los jóvenes. El contexto social a través de sus instituciones, roles, prácticas y normas se constituye en una de las principales fuentes de identificaciones que le permiten al adolescente efectuar su proceso de subjetivación. El contexto

social provee significados culturales asociados a la adolescencia y establece la posición que ocupan los sujetos en la estructura social en un momento dado. En la misma sociedad algunas imágenes, valores y significados culturales atribuidos a la adolescencia y la juventud se convierten en dominantes y, por lo tanto, los otros grupos sociales se orientan hacia ellos, produciéndose lo que se denomina la adolescentización de la sociedad. Es decir, se instauran como norma para otras generaciones las que son propias y constitutivas de la adolescencia. Esto puede observarse en relación a la moda, el cuidado del cuerpo, la moratoria en la asunción de responsabilidades o conductas propias del egocentrismo adolescente que veremos más adelante.

Por otra parte, los adolescentes como grupo social poseen una serie de normas, códigos, rituales, prácticas, etc. fenómenos que permiten delimitar un territorio propio. En otras palabras, puede hablarse de una cultura adolescente, cuya matriz es la cultura más amplia de la que forma parte, pero que reconoce sus propios rasgos y características.

En resumen, la adolescencia es un fenómeno que tiene múltiples facetas y puede ser interpretada en diferentes esferas. En el plano de los sujetos y, particularmente en su dimensión psicosocial, podemos hablar del proceso de la adolescencia como un estadio del Curso Vital que representa el tránsito por una crisis de desarrollo. En el plano de la sociedad, pueden observarse un conjunto de roles sociales, de normas y de prácticas considerados típicos de los adolescentes. También existe un conjunto de significados y sentidos culturales asociados a esta etapa vital, lo que permite hablar de una cultura adolescente que -siendo un fenómeno colectivo- incide e interactúa en el modelado de los procesos individuales.

Capítulo IV

CAMBIOS CORPORALES EN LA ADOLESCENCIA

La pubertad: el inicio de la adolescencia

El inicio de la adolescencia se caracteriza por la aparición repentina de cambios corporales, a los que en su conjunto se denomina **“pubertad”**. La asociación entre la **“pubertad”** y la **“adolescencia”** es muy estrecha. Por eso se habla de la adolescencia puberal como la fase inicial de este estadio del desarrollo. La pubertad marca el inicio de la adolescencia, por lo cual es imposible hablar de una sin referirse a la otra. Lo distintivo de la pubertad es que se trata de un conjunto de cambios objetivos, externos, observables, índices o señales concretas que revelan que en el cuerpo infantil comienza una metamorfosis que terminará con la conformación de un cuerpo adulto. El concepto de adolescencia se refiere a los procesos subjetivos, internos, de naturaleza psicológica, que se desencadenan por la transformación repentina del propio cuerpo pero que llevan a una transformación cualitativa del sujeto.

Los cambios que ocurren durante la pubertad tienen su origen en el mismo momento de la fecundación, con la diferenciación sexual que se establece en la vida intrauterina. La “**pubertad**” es el período en el cual los órganos sexuales maduran y alcanzan su capacidad reproductora, y en el que se manifiestan las características sexuales primarias y secundarias de ambos sexos. En las mujeres la pubertad ocurre, generalmente, entre los nueve y los dieciséis años; el signo que la manifiesta es el comienzo de la menstruación. En los varones ocurre, generalmente, entre los trece y los diecisiete años, y se caracteriza por el comienzo de la eyaculación del semen. En realidad, ambos signos reflejan la maduración del sistema reproductor, fenómeno considerado clave por cuanto indica una transformación cualitativa del cuerpo humano.

Durante la pubertad también se produce un conjunto de cambios corporales, principalmente modificaciones en la talla, el peso y la distribución de las masas musculares. Estos otros cambios son producto del proceso de crecimiento que continúa y se completa recién hacia el final de la fase de la adolescencia juvenil. En otras palabras, durante la adolescencia como estadio evolutivo ocurren cambios vinculados a procesos de crecimiento (transformaciones cuantitativas y de especialización de funciones biológicas), que alcanzan la madurez en diferentes momentos de la misma. La pubertad es la fase en la cual los sujetos alcanzan la madurez de su sistema reproductor, hecho que se produce alrededor del período comprendido entre los 11 y los 15 años. Otros sistemas orgánicos (como el sistema nervioso central) y procesos fisiológicos (como la total osificación de la estructura esquelética) alcanzan su maduración recién entre los 20 y los 25 años.

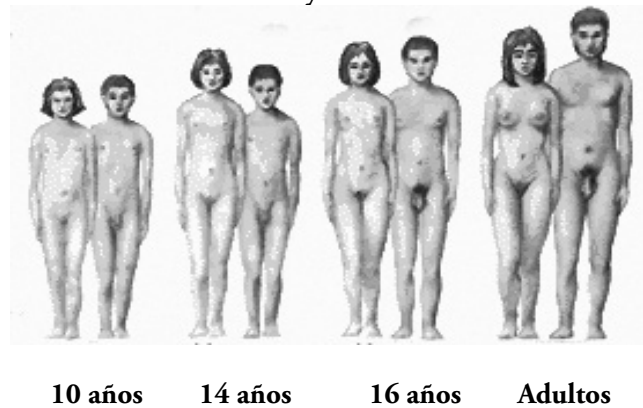
En la pubertad el sujeto experimenta el efecto del aumento de la actividad hormonal. Los cambios físicos producidos en la pubertad se deben a la acción de un grupo específico de *hormonas*. Estas son sustancias químicas que circulan por el torrente sanguíneo y que actúan estimulando o dirigiendo procesos fisiológicos de crecimiento o desarrollo de distintas partes del cuerpo. Algunas de las hormonas que mayor incidencia tienen en los procesos

de cambio corporal de la pubertad son producidas por primera vez por el sistema endocrino. Otras hormonas ya se encuentran en el cuerpo desde edades más tempranas, aumentando significativamente su producción. El mecanismo responsable del proceso puberal es de origen neurológico. Una glándula del cerebro, la **hipófisis**, segrega dos hormonas (estrógenos y testosterona) que son las responsables de la maduración del aparato genital, tanto en las mujeres como en los varones.

Durante la pubertad, para ambos sexos, el cuerpo crece y se desarrolla más rápidamente que en cualquier otra etapa (a excepción del primer año de vida). Los cambios corporales ocurren de modo imperceptible al comienzo, hasta que repentinamente eclosionan varias manifestaciones. El aumento del crecimiento corporal es abrupto y comienza alrededor de los nueve o diez años en las niñas; y alrededor de los doce o trece años en los varones. No obstante, se observa que existe una gran variabilidad en cuanto a la edad en que se inicia este proceso. Si bien el orden y las características de los cambios físicos se producen en todos los sujetos del mismo sexo de igual manera, existen diferencias individuales que dan origen a la variabilidad en cuanto a la edad en que se inicia este proceso.

Cuando ocurre *“el estirón puberal”* se puede llegar a crecer entre siete y diez centímetros en un año. El cambio físico más evidente se refiere al tamaño y a la forma del cuerpo, como así también al desarrollo de los órganos genitales. En la cara lo que más crece es la nariz, dando origen a un cambio de aspecto fisonómico. Ese cambio puede ser vivenciado por el niño/a como una desarmonía corporal, que genera -en algunos casos- disconformidad con la nueva imagen.

Crecimiento y cambios físicos



El desarrollo físico, que hasta este período había sido semejante en varones y mujeres, acusa marcadas diferencias entre ellos. En las mujeres se produce con dos años de adelanto respecto a los varones. Durante los inicios de la pubertad el desarrollo corporal y la fuerza muscular son mayores en las mujeres que en los varones de la misma edad. Posteriormente, en los varones se produce un crecimiento de la masa muscular superior al que se observa en las mujeres, siendo esta la causa de la mayor amplitud de los hombros. En los varones se produce un mayor desarrollo del corazón y de los pulmones, lo que se traduce en una mayor capacidad para transportar oxígeno en la sangre, aumentando la resistencia al ejercicio físico.

Las diferencias de tamaño y forma del cuerpo están determinadas por factores genéticos y ambientales. La forma del cuerpo está condicionada por factores de tipo genético, los cuales se heredan. El tamaño depende más de la alimentación, el ejercicio físico y de otros factores externos. Las diferencias individuales respecto al crecimiento no son significativas en lo referente al resultado final de maduración, pero sí pueden tener consecuencias significativas en el plano psicológico.

Es necesario recordar que el sujeto que atraviesa la adolescencia es muy sensible a la mirada del entorno, pues intenta afirmarse a través de la aprobación de su grupo de pares. Es por

esta razón, que un crecimiento muy acelerado o muy retardado puede constituirse en fuente de preocupación para el sujeto. Un retardo en el crecimiento físico del varón supone que éste tenga menos fuerza y rapidez para desempeñar tareas deportivas. También puede producirle sentimientos de inferioridad en relación a sus compañeros, los cuales ya manifiestan características de un cuerpo adultizado. Y también puede influir en la seguridad para abordar las relaciones con el otro sexo. Por el contrario, un desarrollo acelerado puede producir vergüenza, pudor, sensaciones de torpeza motora y de incomodidad con ese cuerpo agigantado, y que discrepa de la apariencia física de sus pares. En las mujeres se producen sentimientos similares cuando se presentan diferencias notables entre el proceso de crecimiento individual y el del grupo de referencia. De todos modos, cuando el sujeto tiene un desarrollo físico normal estas diferencias tienden a diluirse alrededor de los 16 o 17 años.

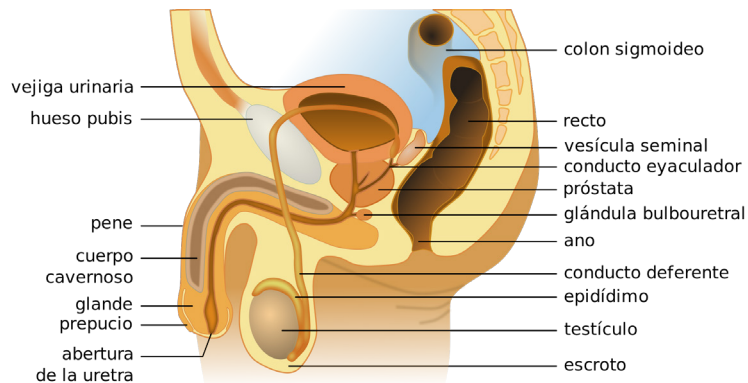
El comportamiento de los otros significativos juega un papel muy importante en la interpretación que el adolescente-púber hace de estos cambios corporales. A través de bromas, sobrenombres, apelaciones despectivas sobre el nuevo aspecto físico -entre otras conductas típicas de muchos adultos y de los adolescentes de mayor edad- el entorno acentúa las sensaciones de incomodidad con el propio cuerpo. Las imágenes sociales relativas al cuerpo femenino y masculino interpelan al sujeto y le generan angustia ante la posibilidad de que ese cuerpo en transformación no encaje dentro de los parámetros estéticos de su contexto socio-cultural.

El medio social también puede atenuar y prevenir las perturbaciones que ocasiona la percepción de los cambios corporales. A través de una información adecuada los adultos -padres, profesores, profesionales de la salud, líderes de grupos juveniles y deportivos- pueden contribuir con la salud mental de los adolescentes. La alternativa de prevención es informar que los cambios que se producen en el desarrollo físico son parte de un proceso natural de crecimiento, y que las diferencias en las manifestaciones de cambio corporal que hay entre los adolescentes pueden

acontecer antes o después, sin que ello afecte el normal desarrollo del cuerpo.

Cambios puberales en varones

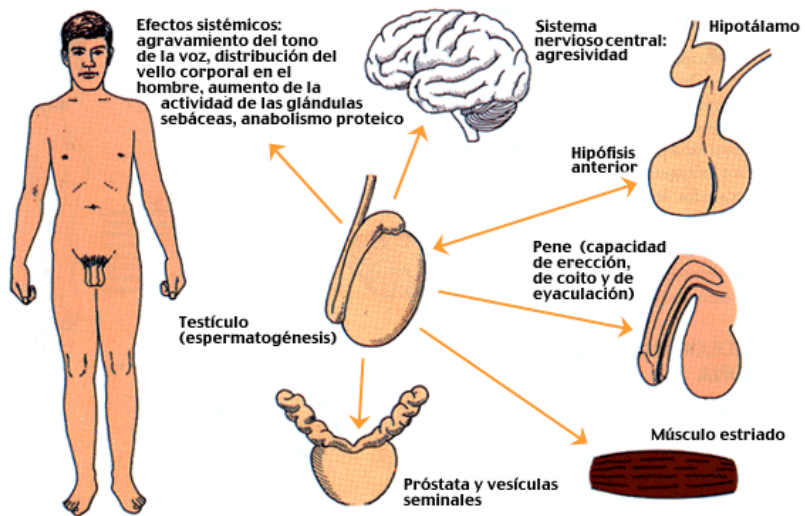
El cambio corporal más trascendente de la pubertad es la maduración de los órganos sexuales masculinos. La hipófisis comienza a producir las hormonas responsables del desarrollo sexual masculino o andrógenos. Estas permiten el crecimiento de los testículos y del pene que en esta fase de maduración por lo menos duplican el tamaño que poseían en la infancia. Se produce también la pigmentación del escroto (la bolsa que contiene los testículos) que adquiere un color más oscuro y que va acompañado de un arrugamiento de la piel. El crecimiento del pene en el varón se produce hacia los catorce años y medio; aunque puede comenzar a los diez años, pudiéndose completar a los doce años y medio en sujetos avanzados o, bien, a los dieciséis años y medio. Lo mismo ocurre con el crecimiento de los testículos.



En paralelo a los cambios descritos, las vesículas seminales, la próstata y las glándulas uretrales se ensanchan y desarrollan, lo que hace posible que se produzca la eyaculación de líquido seminal. El fenómeno puberal masculino se define por la producción y eyacu-

lación de semen. Ello no debe confundirse con la capacidad de erección del pene, la cual está presente desde la niñez. En este período se produce lo que se ha denominado **eyaculación o polución nocturna** que ocurre durante el sueño y que consiste en el vaciamiento del semen a través de contracciones espasmódicas semejantes a las que ocurren durante la relación sexual. La eyaculación nocturna constituye un evento importante en la vida del varón pues marca el comienzo de su vida reproductiva, ya que los testículos pueden desarrollar células de esperma maduras. Es necesario una debida preparación e información para que este hecho no sea vivenciado de manera angustiante y con temor. La frecuencia con la que se presenta la eyaculación nocturna es variable y remite a un fenómeno típico de la adolescencia; aun cuando se observa en adultos debido a la ausencia o a la poca frecuencia de relaciones sexuales.

Sin embargo, el signo que preanuncia los cambios en los órganos reproductores son las manifestaciones de los caracteres sexuales secundarios. Estos caracteres están regulados por la producción de testosterona y son los responsables de una serie de características que especifican la diferenciación sexual masculina. El primer cambio observable en un niño es la **aparición del vello púbico** alrededor de la base del pene. Posteriormente, aparecen otras características sexuales masculinas como la **aparición del vello en la cara** (barba) **y en el cuerpo**; acompañado de cambios en las glándulas de la piel que en las axilas y en las regiones anales y genitales, dan origen a un olor característico, más marcado en los varones que en las mujeres.



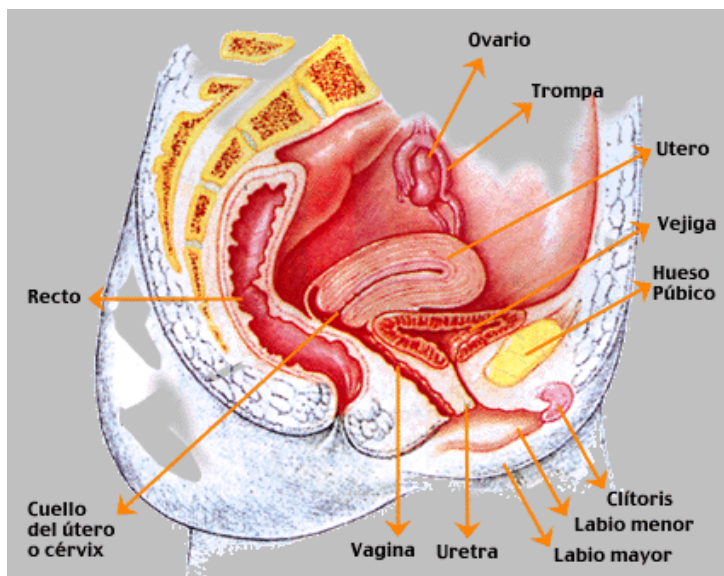
También se producen cambios en la piel, la cual manifiesta una dilatación de poros que es propicia para la aparición del **acné**, el cual es más frecuente en los varones que en las mujeres. El **acné** se produce porque las hormonas hacen que las glándulas sebáceas aumenten la producción de grasa, que es necesaria para la lubricación de la piel. Cuando la cantidad de secreción no se alcanza a eliminar a través de los poros, ésta se solidifica, dando origen a una espinilla o punto negro. Es por ello que se recomienda a los adolescentes usar jabones astringentes que limpien la piel profundamente para ayudar a mantener los poros abiertos.

Otro **cambio** que tiene lugar debido al aumento de la laringe y al alargamiento de las cuerdas vocales es el **de la voz**, la cual adquiere un tono más grave.

Cambios puberales femeninos

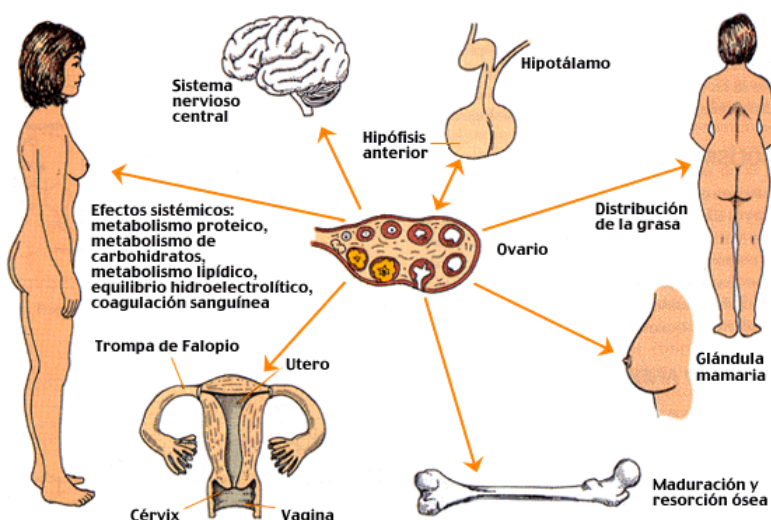
Durante la pubertad los órganos reproductores femeninos alcanzan su madurez. Tanto los órganos sexuales internos (los ovarios, las Trompas de Falopio, el útero y la vagina) como los ór-

ganos sexuales externos (denominados en su conjunto vulva y que incluyen el monte púbico, los labios mayores, los labios menores, el clítoris y el vestíbulo) experimentan cambios en su tamaño y funcionamiento fisiológico. Estas modificaciones funcionales, anatómicas y orgánicas se deben a la acción de un grupo de hormonas conocidas como estrógenos y de la hormona progesterona que cumple una función importante en algunas características del ciclo menstrual. Una característica del sistema hormonal femenino es que la secreción de estrógenos y de progesterona es cíclico y por lo tanto su nivel en la sangre no es constante. En los varones, en cambio, el nivel de testosterona es bastante constante.



Durante la pubertad se produce el desarrollo del útero y de la vagina y aparece el primer período menstrual o **menarquía**. La menarquía va precedida por un aumento normal en la secreción vaginal, de color blanquecino o amarillento. Luego de ocurrida la menarquía continúa el crecimiento, se tupe el vello púbico y axilar, y las caderas se ensanchan adquiriendo más curvas. La voz baja de tono. El crecimiento en la talla en las niñas se produce hacia los doce años; existiendo variaciones individuales que pueden

ir desde los nueve hasta los catorce años y medio. Lo mismo ocurre con el desarrollo completo de los pechos que se produce hacia los quince años, pudiendo variar entre los doce y los dieciocho años. Otro tanto ocurre respecto al vello púbico.



Diversas investigaciones han demostrado que **existe una relación entre la alimentación y la menarquía**. Se ha observado que una buena alimentación es la responsable del adelanto de la menstruación. La pubertad suele ocurrir antes en niñas más rellenitas y suele atrasarse en niñas más delgadas. Se requiere de un peso corporal mínimo de alrededor de cuarenta y cinco kilos para que se inicien los cambios hormonales que preceden a la menarquía. La aparición de la primera menstruación se ha adelantado en el tiempo. En promedio, a comienzos de siglo ocurría alrededor de los catorce años; hoy en día se produce alrededor de los once años. Un estudio longitudinal realizado en Estados Unidos con una muestra de 12000 niñas que fueron evaluadas en las consultas médicas a pediatras, mostró que una importante proporción de niñas tiene su menarca a las 9 años y que hay diferencias según el origen étnico ya que las niñas afroamericanas y

latinas menstruan a edades más tempranas. Es necesario tener en cuenta que si la menstruación no se manifiesta hasta los dieciséis años, ello puede deberse a un atraso en la maduración normal de la niña, por razones genéticas o de nutrición.

La aparición de la menstruación es índice de cierta madurez del útero. Pasado el año y medio desde la primera menstruación el útero alcanza el tamaño en que habilita para la función reproductiva completa. Si como dijimos, la tendencia secular indica que la menarquía aparece alrededor de los 11 años, no es de extrañar entonces los embarazos cada vez más frecuentes en niñas de poco más de 12 años.

En resumen, el signo típico que marca la madurez sexual de las mujeres es el inicio del **ciclo menstrual**, que es un proceso fisiológico regulado por una serie de hormonas controladas por el sistema nervioso central. El inicio de la menstruación marca el comienzo de la vida reproductiva de la mujer. *La menstruación es el sangramiento mensual que se produce al finalizar un ciclo cuando no ha ocurrido embarazo.* Todos los meses el cuerpo de la mujer se prepara para la posibilidad de albergar una nueva vida. La capa interna del útero, llamada endometrio, crece durante el mes, y en caso de que ocurra un embarazo, permitirá la implantación (o anidación) y nutrición del óvulo fecundado. Si no hay embarazo, este tejido que es rico en vasos sanguíneos se elimina a través de la vagina, y constituye la descarga normal que se observa durante la menstruación.

Cada ciclo menstrual comienza con el primer día de sangramiento. La duración de la menstruación varía de mujer en mujer. Se considera dentro de los límites normales si ésta se prolonga entre dos y siete días. La menstruación ocurre, por lo general, catorce días después de la ovulación (siempre y cuando no haya embarazo). La liberación del óvulo (ovulación) que precede a la menstruación posibilita el engendrar. Generalmente, los primeros períodos menstruales ocurren en forma irregular, y dentro de ese año comienzan a aparecer menstruaciones que duran entre tres días y una semana.

Puede existir ovulación desde la primera menstruación y en aquellos casos de menstruaciones anovulatorias (sin que ocurra la ovulación), esta situación se regulariza dentro de los dos primeros años a partir de la menarquía. Algunos autores han sugerido que en la adolescente, a partir de la primera menstruación, se produce un “período de esterilidad”, el cual se supera con la maduración uterina. Esto es erróneo, pues hay adolescentes que son fértiles desde su primera menstruación.

Algunos autores sostienen que antes de la menstruación suele producirse un **síndrome premenstrual**, que se caracteriza por cambios emocionales y/o físicos. Los dolores menstruales, generalmente, no ocurren sino en etapas posteriores. Ellos son atribuidos a la existencia de una concentración excesiva de ciertas sustancias llamadas prostaglandinas las que son las responsables de que el útero se contraiga causando dolor (dismenorrea). De todos modos, como lo demuestran varios estudios la percepción de trastornos y la existencia del síndrome premenstrual, no son comunes a todas las mujeres y parecen depender más de factores psicológicos y de la vivencia subjetiva de este fenómeno.

En cuanto al desarrollo de los caracteres sexuales secundarios propios de la pubertad femenina, se observa que uno de los primeros signos observables en las niñas es el **aumento del tamaño de los pechos**. Este fenómeno, conocido como aparición del “botón mamario”, es el cambio físico que más suele incomodar a las niñas, originando conductas posturales de encorvamiento destinadas a disimular el crecimiento mamario. En este proceso es común que uno de los pechos se desarrolle antes que el otro, lo cual origina preocupación en las adolescentes. También existe una gran variabilidad en el tamaño de los pechos, lo cual no tiene incidencia en su función primordial, que es la de posibilitar la lactancia; ni incide en la capacidad de sentir placer.

Otros cambios puberales lo constituyen **la aparición del vello púbico**, el aumento de la actividad de las glándulas del sudor y **el crecimiento del vello axilar**.

Es importante que los adultos proporcionen una adecuada información respecto de los cambios físicos que se producen en este período, a fin de evitar que en la niña se produzcan sensaciones de temor producto de la asociación de la menstruación con alguna “enfermedad” o daño en los órganos internos. La menstruación es un proceso absolutamente normal en la vida de toda mujer sana, razón por la que no debe alterar su vida cotidiana

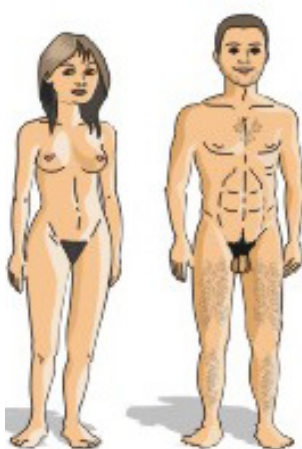
Como dijimos en relación a los cambios corporales, la actitud de los adultos es fundamental para atenuar el impacto de las transformaciones físicas que los adolescentes pueden observar y las sensaciones físicas que experimentan. En el caso de las mujeres, hasta no hace mucho tiempo, la información sobre estos cambios era parte de los secretos familiares y, en no pocos casos, las explicaciones que se les ofrecía a las adolescentes era errónea y prejuiciosa. De ese modo, se trataba de hacerles saber a las niñas la peligrosidad que para ellas representaba alcanzar la capacidad reproductora, mientras que el secreto las preservaba de la indiscreción y el deseo de los varones. En el caso de los varones la maduración de los órganos genitales suele ser motivo de ostentación, mientras que en las mujeres tiende a ser disimulado.

Mujeres

Aumento de los pechos

Redondeamiento de las caderas

Aparición de vello en el pubis y las axilas



Hombres

Voz grave

Nuez abultada

Ensanchamiento de la espalda

Desarrollo de la musculatura

Aparición de vello en la cara, el pecho, el pubis, las piernas y las axilas

Capítulo V

ADOLESCENCIA E IDENTIDAD

Introducción

A partir del auge adquirido por el *Paradigma del curso de la vida* es posible enmarcar a la adolescencia como un estadio más dentro del desarrollo evolutivo, el cual representa un acontecimiento dentro de la continuidad de la existencia. El ser humano transcurre su decurso vital en una secuencia de estadios de desarrollo caracterizados por períodos de relativa estabilidad, alternados con períodos de grandes cambios que generalmente desencadenan **crisis de desarrollo**. Entendemos por crisis a los procesos de transición vinculados a cambios bio-psico-sociales que alteran el modo habitual de funcionamiento del sujeto, generándole un desequilibrio que le produce inestabilidad psicológica y que lo impulsa a la búsqueda del restablecimiento de un estado armónico de funcionamiento psíquico y a la adquisición de una nueva organización interna.

La adolescencia representa una crisis evolutiva o crisis del desarrollo que compromete los aspectos biológicos, emocionales y

psicológicos, como así también aquellos aspectos de índole social inherentes a todo ser humano. Es innegable que los cambios fisiológicos que ocurren durante la pubertad-adolescencia van a contribuir a que el sujeto se perciba a sí mismo, en mayor o menor grado, como un adolescente púber. Sin embargo, son los cambios ambientales y sociales los que ejercen una mayor presión para hacer que el adolescente asuma y adopte o no, el rol de *adolescente*.

La psicología de la adolescencia, tradicionalmente ha considerado a este estadio como una fase de duelos, enfatizando los cambios críticos que acontecen en su transcurso. Se entiende por duelo *aquel proceso de dolor desencadenado por la pérdida de un atributo o condición, ya sea éste real o fantaseado*. Esta etapa supone para el sujeto la elaboración de un proceso dual: la separación de aspectos viejos y la incorporación e integración de nuevos atributos. Ello exige al adolescente reformular la apreciación, el concepto de sí mismo y de su propia identidad personal.

No obstante, como se señaló en capítulos anteriores todas las transiciones y estadios del curso vital, suponen la resolución de duelos y éstos no son privativos de la adolescencia. Por otra parte, en las últimas décadas se modificó la perspectiva respecto a los destinos posibles de la resolución de los duelos y el modo en que este compromete las adquisiciones y logros de los estadios subsiguientes. En la actualidad, se acepta que los sujetos no están sobredeterminados por las experiencias negativas vinculadas a ciertos estadios y que en los siguientes pueden realizar un trabajo psíquico que les permita resolverlas positivamente. Los conceptos de plasticidad, resiliencia y compensación selectiva han permitido superar la visión determinista y, a la vez, apreciar el papel de los factores de oportunidad como precursores de recursos positivos para la resolución de crisis actuales o que, siendo históricas, se actualizan por los eventos del presente.

De todos modos, los estudios actuales siguen mostrando que la adolescencia es uno de los momentos del curso vital en que los duelos son vividos con mayor intensidad y poseen una múltiple recursividad. Esta situación demanda a los adolescentes una intensa reelaboración identitaria. Ese esfuerzo de reformu-

lación de las formas de autopercepción y autovaloración de sí, puede llevar a resultados diferentes. Puede hacerse de una forma positiva y satisfactoria que le permita al adolescente conformar exitosamente una identidad individual y social para ingresar al mundo adulto o también puede darse de tal forma que genere malestar y sufrimiento. Esta última situación ocasiona la posibilidad de desintegración de la propia identidad y, por ende, conlleva a la adquisición de identidades falsas o prestadas. Estos modos de elaboración se manifiestan en desadaptaciones transitorias o permanentes, según sea la particularidad del caso. Las resoluciones deficientes de los duelos adolescentes hacen que el sujeto llegue a la adultez con una identidad personal labilizada.

Identidad personal, autoconcepto y autoestima

La formación de la identidad es un continuo, es una cualidad del desarrollo evolutivo. El aparato psíquico comienza a estructurarse a partir de la vida intrauterina y se va reconfigurando en cada fase del desarrollo, en un proceso dinámico y permanente que se produce a lo largo de toda la vida. En la adolescencia se rompe el equilibrio logrado durante la infancia. El cuerpo se transforma en un espacio en el que confluyen nuevas exigencias biológicas y sociales, convirtiéndose en el área en el que se depositan sensaciones y experiencias de indiscriminación, similares a las que presentan los niños en los primeros años de vida. La adolescencia se caracteriza por una serie de conflictos centrados en las siguientes problemáticas:

- a) La adquisición de un nuevo cuerpo adultizado, que es percibido como distinto del cuerpo infantil. Este cuerpo desconocido no “coincide” con el cuerpo conocido.
- b) El aprendizaje de nuevos roles sociales que no “coinciden” con los roles familiares y sociales propios de la niñez.
- c) La asunción de nuevas identificaciones que no “coinciden” con las identificaciones infantiles.

Estas “no coincidencias” generan ansiedad e indiferenciación. Son sensaciones que expresan la confusión que vive el adolescente entre su mundo infantil y el mundo adulto; entre la fantasía y realidad; entre lo masculino y lo femenino. Para tolerar la angustia y ansiedad que le producen estos cambios, el sujeto recurre al pensamiento lógico-formal, que se sirve de la fantasía para disminuir el caos que se produce entre su mundo interno y el mundo externo.

La crisis de la adolescencia se encuentra centrada en el logro de una identidad personal y social. La **identidad personal** supone la síntesis e integración de las autodefiniciones que el sujeto tiene de sí mismo, es decir la forma en que el sujeto se define, se describe e interpreta en tanto ser único y particular. La identidad permite tener conciencia plena de quién es uno y a dónde pertenece. Sin embargo, la identidad personal se construye en el interjuego e interacción que se produce entre el auto-reconocimiento y el hetero-reconocimiento.

El modo en que el adolescente se ve a sí mismo, el modo en que cree que lo ven los demás y el modo en que lo define su entorno, generan una serie de imágenes, de valores, de formas de representarse a sí mismo, que constituyen una rica y variada fuente de modelos de identificación. Esa variedad obliga al sujeto a efectuar elecciones y a adoptar algunos de ellos para construir su identidad personal.

En la medida en que el sujeto transita la adolescencia va elaborando este estado de confusión e indiferenciación, estableciendo el contacto con una realidad -interna y externa- más discriminada. Elabora de este modo una nueva síntesis de “*sí mismo*”. Es decir logra conformar una nueva identidad de joven-adulto. Sin embargo, hasta lograr esta síntesis el adolescente atraviesa por estados de inestabilidad y contradicción que se corresponden con la multiplicidad de aspectos que ha incorporado del medio social, los que hacen que se vivencie a sí mismo y se manifieste hacia los demás, como varios personajes, sin saber “quién es” él auténticamente. La reconstrucción del concepto de “*sí mismo*” sólo es

posible si el sujeto adolescente decide internamente abandonar la estructura infantil que hasta ese momento condicionaba su manera de funcionamiento y trata de elaborar una nueva estructura representacional de sí.

La identidad personal en tanto síntesis de la mismidad, unidad y continuidad de un sujeto en el ciclo vital, contiene la *descripción de lo que los individuos ven cuando se miran a sí mismos en términos de sus características físicas autopercebidas, de su personalidad, sus habilidades, sus rasgos, sus roles y su estatus social*" (Rice, 2000).

La definición que hemos dado de la identidad personal pone énfasis en su relación con el autoconcepto, es decir con el conjunto de imágenes, pensamientos y sentimientos que el sujeto tiene de sí mismo. El autoconcepto está constituido por dos componentes: los cognitivos y los evaluativos. Los primeros hacen referencia a las creencias que tiene el sujeto respecto de su imagen corporal, su identidad social y de las habilidades psicosociales que considera que posee. Los segundos aluden al conjunto de sentimientos positivos y negativos que el sujeto posee sobre sí mismo y que conforman su autoestima. Ambos componentes, cognitivos y evaluativos, se encuentran condicionados tanto por factores psicológicos y de personalidad como por la imagen que el sujeto considera que los demás tienen de él.

Sobre el autoconcepto influyen tres aspectos que se relacionan entre sí: *la imagen corporal, la autoestima y la valoración social* que el sujeto se atribuye. Algunos teóricos (Griffin, Chassin y Young, 1981) sostienen que dentro de la identidad personal se integran -a veces en forma de contrarios, otras como complementarios, otras como sumatorios- *múltiples autoconceptos*, que se relacionan con los diferentes roles que el sujeto representa socialmente. Por esa razón un sujeto puede definirse como hijo, hermano, amigo, estudiante, deportista, etc. y puede reconocer y reconocerse integrando distintos sistemas identitarios, tales como los que le proveen una identidad de género, de clase social, de

orientación política o religiosa, o como miembro de una cultura local, entre otros.

Los diferentes conceptos de sí mismo pueden variar a través del tiempo o según las situaciones particulares en que el adolescente ejercita sus roles individuales o sociales. Los autoconceptos pueden corresponderse o no con la realidad, ya que pueden construirse a partir de una percepción fantaseada de quién es uno en determinada situación familiar o social, o de cómo es el propio contexto; o pueden ajustarse con mayor realismo a la situación existencial del sujeto.

En definitiva, como sostiene Erikson (1960) “*el adolescente necesita darle a su proceso de cambios una continuidad dentro de la personalidad, por lo que establece la búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad*”. Se desprende de lo dicho que la identidad es un sistema abierto, permeable al cambio, que se conforma en un proceso dinámico en el que interactúan aspectos individuales -estructurantes y estructurales- y aspectos provenientes de la sociedad, la cual se encuentra representada por la familia, los grupos e instituciones. La identidad le permite al sujeto individual crearse un sentimiento interno de mismidad y continuidad, la que es reconocida tanto por el propio sujeto, como por su entorno y que se traduce en el “saber quién soy”.

Conflictos de identidad en la adolescencia

El adolescente se ve enfrentado a reconstruir su realidad psíquica (mundo interno) y a reconfigurar sus vínculos con el mundo exterior. Ambas tareas de reconstrucción lo llevan a recrear el concepto que tiene sobre *sí mismo*. Ello implica definirse a sí mismo en relación consigo mismo y con los demás. El adolescente se redefine a “*sí mismo*” a partir de la elaboración que realiza respecto a tres grandes pérdidas: **a)** la de su cuerpo de niño; **b)** la de sus padres infantiles; y **c)** la de su rol de niño. En la adolescencia los sujetos deben realizar un esfuerzo por integrar en su presente todo

aquello que han vivenciado en su pasado -lo que han asimilado y lo que han rechazado- con las nuevas exigencias que les plantea el mundo social.

1) De la pérdida del autoconcepto de niño

El autoconcepto se forma desde aquel momento del desarrollo en que el sujeto se reconoce como distinto de otro sujeto. Es cuando acontece el momento de la primera separación del niño respecto de su relación con la madre; relación en la cual predomina la indiferenciación y la simbiosis. Hasta el inicio de la adolescencia, el niño tiene un reconocimiento de “sí mismo”, sabe “quién es” frente al espejo y frente a la mirada de sus padres. Ocupa su tiempo en las tareas escolares y formativas; y su tiempo libre está destinado al juego. Su rol de niño se encuentra claramente diferenciado.

Como se vio en el capítulo anterior alrededor de los 10 u 11 años se producen una serie de cambios a nivel físico. Este período es denominado por Carvajal Corzo, G. (1993) como “adolescencia puberal” ya que coincide con los cambios físicos que se producen en la pubertad. Los cambios físicos comienzan siendo imperceptibles y los cambios psicológicos se manifiestan de una manera sutil. Cuando los cambios físicos ocasionan el estirón adolescente, se desencadena un profundo conflicto psicológico; el que a su vez se encuentra condicionado por las características que se le atribuye a este estadio dentro del contexto sociocultural.

Al ingresar en la adolescencia el niño ve alterado el concepto que tiene de “*sí mismo*”, es decir, ya que no puede reconocerse en su individualidad biológica y social. Comienza así, un período de readaptación e integración de sus cambios; que lo llevarán a elaborar progresivamente un nuevo concepto de “sí mismo”, en relación a “*su imagen corporal*”, “*su autoestima*” y “*la valoración social atribuida a sí mismo*”. Para esto debe recurrir a lo que él piensa y a lo que piensan de él los grupos e instituciones de su entorno social.

La imagen corporal en la adolescencia puberal

La imagen corporal alude a la representación que cada sujeto tiene de sí mismo respecto de su corporeidad. Esa imagen corporal está constituida por elementos referidos a aspectos biológicos, psicológicos y al sentido social que se le asigna al cuerpo en su contexto socio-cultural. La imagen corporal es propia de cada individuo y se construye en la historia particular de los procesos vitales de cada sujeto. No obstante, este proceso de significación individual/social se realiza en el marco de las ofertas de identificación que la cultura realiza y de las demandas sociales que se imponen a los sujetos como cuerpos deseables.

En la pubertad-adolescencia se produce un aumento de la actividad hormonal que se manifiesta en una serie de modificaciones orgánicas, ligadas a procesos de crecimiento, tales como cambios de tamaño, de peso y en la proporción del cuerpo. Ellos originan en el sujeto una alteración en la percepción de su imagen corporal. El adolescente púber debe enfrentar la angustia que le provoca la pérdida de su cuerpo infantil: no se reconoce a sí mismo, percibe su cuerpo como extraño. Su sentimiento de unidad se rompe.

Es posible que ante esta situación se observen manifestaciones físicas como somnolencia, fatiga y desgano, signos que evidencian la ansiedad y la angustia, lo que le produce la invasión de nuevos impulsos y sensaciones corporales. El rendimiento escolar, con frecuencia, decae. Su conducta es dispersa y presta poca atención a los estímulos que lo motivaban en su época infantil. Se sumerge en un estado de inactividad y suele pasar mucho tiempo durmiendo.

Frente a la confusión y desconocimiento de la propia imagen y de las sensaciones corporales que le ocurren en el primer momento, el adolescente púber comienza a explorar su cuerpo e intenta reconocerlo en sus cambios y transformaciones. En esa exploración manipula sus órganos genitales y descubre que éstos y la actividad en sí misma le producen placer. Este placer se acom-

pañá de culpa, especialmente por las sanciones que los adultos establecen respecto a estas prácticas. Reartes (2012) muestra que las reacciones de los adultos ante la masturbación están atravesadas tanto por el género como por la condición social de los adolescentes. En las narraciones de las chicas de clase media advierte que el discurso adulto penaliza el contacto con el propio cuerpo a través de un discurso moralizador. Por el contrario, en el caso de los varones las transformaciones corporales son apoyadas por los adultos como advenimiento de la habilitación para comportarse de acuerdo al modelo heterosexual. En todos los casos, las investigaciones muestran que los adolescentes desarrollan diferentes estrategias para procurarse el placer del contacto con el propio cuerpo, eludiendo las sanciones y restricciones impuestas por sus padres.

Otra conducta típica del adolescente, ante los cambios de su cuerpo y de sus sensaciones internas, es situarse largas horas frente a un espejo, ensayando peinados, posturas, gestos. Observar su imagen en el espejo constituye un intento de reafirmarse en sus cambios y es un modo de explorar las transformaciones que le van aconteciendo. Algunos estudios indican que estas prácticas se realizan en momentos especiales (la hora del baño) o en situaciones individuales ritualizadas que generalmente incluyen la música como estímulo.

Los cambios corporales influyen en las interacciones sociales, provocando reacciones ambivalentes en el encuentro con otras personas de su entorno. Es común que el adolescente manifieste rechazo físico respecto de quienes intentan tocarlo, hecho que se expresa en el discurso: “¡dejame!, ya no soy un niño”. Por el contrario, suele manifestar excesivamente una búsqueda del contacto físico. Ambas reacciones constituyen maneras de canalizar la irrupción de estas “nuevas” sensaciones eróticas y expresan el desconcierto que los adolescentes vivencian respecto a cómo estar con otros con este cuerpo transformado. Como un signo de los tiempos actuales, estas actividades de exploración y reconocimiento del nuevo cuerpo se convierten en prácticas públicas mediante

la publicación de fotos con diferentes “lookes” y la proliferación de selfies en las que se espera el retorno de la mirada de los otros.

Todas estas conductas y reacciones por parte del adolescente no son producto de “caprichos”, sino que son las maneras que tienen de enfrentarse a esta invasión de sensaciones nuevas, las cuales no puede verbalizar. El mismo no sabe qué le pasa, no se entiende a sí mismo. Su modo de funcionamiento infantil no le sirve para enfrentar estos cambios. Por su parte, el mundo adulto supone que esos cambios físicos que habilitan a las mujeres para ser señoritas y a los varones para comportarse como muchachos, conlleva también una madurez emocional y psíquica, lo que no les permite comprender el carácter desestabilizador de esos cambios.

Los avatares de la autoestima

Al comienzo de su tránsito por esta etapa el adolescente parece indiferente, superficial respecto al propio sentido de su vida. Progresivamente, se enfrenta a sus cambios y los interpreta intentando otorgar un nuevo significado al “*sí mismo*”. En este momento el adolescente recoge datos que le ayuden a evaluarse. El sujeto se retrae sobre sí mismo para elaborar sus propias teorías acerca de lo que significa “el mundo de la adultez”. Esas teorías lo reaseguran en su búsqueda y van siendo rectificadas hasta alcanzar un estatus más duradero. Comienza a elaborar hipótesis respecto de sus características físicas, sus habilidades motoras, sus capacidades intelectuales y sus habilidades sociales. Se compara con otros adolescentes y con aquellos personajes que poseen cualidades anheladas por él. Estas evaluaciones posibilitan al adolescente compararse con sus propios ideales y con los ideales propiciados por el entorno.

En esta fase adquieren mucha importancia los modelos sociales respecto del cuerpo, los valores provistos por la cultura inmediata acerca de lo que es ser exitoso/a y sobre las imágenes genéricas y generizadas del cuerpo. “*Esta autoevaluación crítica se*

acompaña de un sentimiento de vergüenza que hace al adolescente vulnerable al ridículo” (Rice, F., 2000). Es por esta razón, que el sujeto se esfuerza en hacer coincidir los aspectos de sí mismo que siente que tienen valor, con aquellos aspectos anhelados por él mismo y con los valorados por el entorno.

De la correspondencia del autoconcepto y de los atributos que el sujeto considera ideales para poseer, puede derivarse un sentimiento de autoaceptación y estima. Sin embargo, el adolescente manifiesta fluctuaciones respecto a las percepciones de sí mismo y al valor que les asigna a sus atributos. La autoevaluación que realiza de sí mismo es fluctuante porque su estado de ánimo es muy variable. La inestabilidad y la contradicción son estados característicos y por ello deben entenderse como fenómenos normales. Tanto es así que Aberastury (1959), refiriéndose a este rasgo de inestabilidad habla de una “*normal anormalidad*” y sostiene que sólo el adolescente enfermo podrá mostrar rigidez en su conducta.

El adolescente manifiesta constantes fluctuaciones de su estado anímico, pudiendo pasar de un estado de optimismo y euforia a un estado de frustración y desaliento absoluto. Esto se debe a que se encuentra en un estado de labilidad, que no le permite introducir los recursos que le brinda el medio exterior, no pudiendo proyectarse desde su interior hacia el exterior. A este fenómeno Spiegel (1961) lo atribuyó a una característica del funcionamiento psicológico que denominó “*personalidad esponja*”, pues su rasgo principal es el hecho de estar expuesto a una excesiva, intensa y variable permeabilidad respecto de lo que recibe del mundo exterior y de aquello que proyecta.

Lejos de ser una dificultad, esta variabilidad y fluctuación generan las condiciones para la elaboración de su identidad. Al permitirse fluctuar entre diferentes modalidades de ser, el adolescente puede adquirir una identidad que responda al autoconcepto de sí mismo. Cuando el sujeto puede hacer coincidir “quién cree y siente que es”, con “lo que percibe el entorno de quién es él” y “lo que aspira a ser él mismo” es posible que elabore un sentimien-

to de autoaceptación. Cuando no hay posibilidades de integrar esos elementos, o éstas son limitadas, el adolescente elabora un concepto de sí mismo con imágenes y creencias distorsionadas y empobrecidas, y sentimientos de autovaloración negativos.

De hecho, el modo en que se represente a sí mismo tendrá efectos importantes sobre la autoestima, el reconocimiento de sus propias capacidades y su sentido de eficacia y seguridad para proponerse y lograr metas. La contradicción entre lo que se aspira, lo que se cree que es, y lo que efectivamente se puede lograr, puede llevar a sentimientos de frustración, de poca estima y sensaciones de inutilidad y desvalorización personal. Por ello es importante que el adolescente elabore un autoconcepto realista de sí mismo, que le permita reconocer las capacidades con que cuenta y aspirar al logro de atributos alcanzables.

La valoración social atribuida a sí mismo

Como dijimos, la representación y estima de sí mismo tienen un carácter subjetivo en tanto que requieren de una elaboración y un trabajo psíquico individual. No obstante, el proceso de producción de las mismas remite indefectiblemente a lo social y, específicamente, a la relación con los otros. La autoestima resulta de la elaboración de lo que el sujeto cree de sí mismo y de lo que siente acerca de cómo piensa que lo percibe y valora su entorno. Culturalmente, la adolescencia es tomada como un período de “transición”, de “cambios”, de “pérdidas”, de “contradicción”, en el que el sujeto no es ni niño ni adulto. Este carácter transicional y de indefinición está a la base de representaciones ambiguas que tienden a resaltar cualidades negativas o, por el contrario, a exaltar atributos o capacidades valoradas por los ideales sociales de esta época.

Estas formas de etiquetado tienden a generar estereotipos sociales y a fabricar expectativas socioculturales respecto del adolescente. Estas dificultan en gran medida el pasaje por este ciclo del desarrollo, en tanto que reenvían a mandatos sociales muchas

veces contradictorios. Por ejemplo, existe una estigmatización social negativa respecto de la adolescencia en cuanto al ejercicio de sus capacidades intelectuales (no leen, no estudian), de su autocontrol personal (son violentos, licenciosos) o de sus responsabilidades personales y comunales (son vagos, no les interesa nada, no se comprometen en nada). Por el contrario, la sociedad actual sobrevalora ciertos atributos físicos de los adolescentes (energía, fuerza, belleza, vigor físico) o ciertas cualidades como el desenfado y la despreocupación. Estas representaciones ambiguas, son expresión de la perplejidad y contradicciones que genera la adolescencia al mundo adulto.

Como dijimos anteriormente, la adolescencia como fenómeno socio-cultural experimentó en el último siglo una espectacular transformación, lo que se revela en la torsión lingüística de términos que el lenguaje corriente utiliza para designar diferentes fenómenos. A la función lingüística de sustantivo (adolescencia), se la transformó en un verbo (adolescentizar) que describe la acción de adoptar una actitud o ciertas prácticas de cuidado de sí, de presentación social y de interacción social que toman como patrón de referencia el modelo hegemónico de adolescente; también derivó en adjetivo calificativo (adolescente) que denota ciertas características que se atribuyen a comportamientos, sentimientos y actitudes.

Al amparo o al desamparo de estas percepciones, el adolescente debe atravesar este estadio de su desarrollo. Al enfrentar la estigmatización social se produce en el adolescente reacciones de rebeldía y el acercamiento a grupos de pares con quienes intenta reforzar su autoconcepto. Como lo señalan diferentes estudios, en sociedades cada vez más segmentadas y polarizadas, es posible encontrar estigmatizaciones macroestructurales que se solapan con las propias de la adolescencia (que remiten al género, las clases sociales o las identificaciones étnico-raciales) así como otro tipo de estigmatizaciones que hacen parte de un nuevo sistema de identificaciones que los autores identifican como formas de discriminación de apariencia (que aluden a características físicas,

estéticas, adscripciones a colectivos, etc.).

En el plano macroestructural diferentes estudios sobre poblaciones adolescentes identifican los modos de reconocimiento-diferenciación entre negros/villeros y chetos, como antagónicos complementarios que permiten la construcción de una identidad social que se expresa en los atributos externos tales como los consumos culturales, las estéticas, los usos diferentes del espacio social, etc. En el plano relacional, a través de la burla, la ridiculización o la discriminación abierta los otros ponen en escena el rechazo por los atributos o características propias, lo que lleva al repliegue entre los pares/semejantes como un acto de afirmación defensiva de la propia identidad. Esta tensión dinámica entre hetero-reconocimiento y auto-reconocimiento, está atravesada por el sistema de valores sociales que otorga determinado valor o disvalor a las características (individuales y colectivas) de los sujetos, lo que incide en la producción de identificaciones múltiples que pueden desencadenar conductas emancipatorias o, por el contrario, generar ansiedad y poner en riesgo a los adolescentes.

Las tensiones que produce esta transición confrontan a los adolescentes con la búsqueda de su independencia respecto a las diferentes formas de estigmatización y etiquetamiento psicosocial y potencian su anhelo de acceder al reconocimiento del entorno. Como sostiene Rice (2000) “*la aceptación de uno mismo está correlacionada...con aceptar y ser aceptado por otros*”. Existe una estrecha relación entre la autoaceptación y el sentimiento de respuesta positiva a las expectativas sociales, sostenidas por los grupos o modelos de referencia considerados valiosos por los adolescentes. Es por esta razón que el desarrollo de una autoestima positiva incide en el comportamiento social del sujeto y en la posibilidad de desarrollar sus capacidades y de proyectarse a sí mismo con sentimientos de confianza.

Hay investigaciones que sostienen que el adolescente que no puede reconocer sus capacidades y habilidades, o que las reconoce en forma negativa, intenta agradar al entorno y desarrolla conductas que tienden a inhibir lo que realmente desea y piensa.

Se constituye así en un sujeto con mayores posibilidades de ser influido y conducido por otros ya que no puede generar dentro de sí sensaciones de aceptación y de estima. De lo antes dicho, es necesario tener en cuenta que el apoyo, la contención y el realismo de los otros significativos -familia, amigos, profesores- tienen una influencia positiva sobre el autoconcepto del adolescente. Generalmente, el adolescente que piensa que otros tienen confianza en sus capacidades, y es reforzado en su creencia por gestos concretos del entorno, conquista de a poco la confianza en sí mismo.

2) De la pérdida de los padres infantiles

Hemos dicho que uno de los duelos característicos de la adolescencia es la pérdida de los padres infantiles. Con ello nos referimos al abandono de las figuras parentales internalizadas subjetivamente durante la infancia y la elaboración de una nueva imagen y de nuevos sentimientos proyectados en los padres. Este duelo es central en la adolescencia media o nuclear e implica un marcado cambio en la configuración psicológica del adolescente.

La *identidad adolescente* se caracteriza por el cambio de relación del sujeto con sus padres internos y fantaseados. La presencia externa de los padres deja de tener el carácter de imprescindible, pues las figuras parentales ya han sido incorporadas a la personalidad del sujeto, encontrándose el adolescente habilitado para realizar su proceso de individuación. La adolescencia constituye en este sentido “la segunda fase de separación” de las figuras parentales y por ello algunos autores hablan de la adolescencia como de un segundo nacimiento. La primera fase de separación es la que corresponde al proceso de individuación y separación que el niño menor de tres años tiene que hacer del estado simbiótico en que se halla con sus figuras parentales, para poder reconocerse como “semejante y distinto a otro”. La transición de la adolescencia apunta al logro de un nuevo reconocimiento de sí mismo, como un sujeto habilitado para desempeñarse en la vida de manera autónoma e independiente de su familia.

El duelo por la pérdida de los padres infantiles se articula con los cambios experimentados por el adolescente en la fase puberal. Acompañando a los cambios físicos acontecen cambios de

orden psicológico. La irrupción de nuevas sensaciones en lo físico le exige al adolescente púber replantearse el concepto de sí mismo en relación al cuerpo. El cuerpo adquiere otro significado, es un cuerpo en donde se conjuga el placer con la culpa. El cuerpo se desmitifica en sus aspectos omnipotentes e inmortales. Por primera vez el sujeto se plantea la idea de la muerte, de la muerte propia y la de sus progenitores. Esto lo lleva a “humanizar” a sus padres, los cuales lejos de ser perfectos y omnipotentes como son representados en la infancia, ingresan en la categoría de imperfectos, de mortales y de seres que son capaces de envejecer. Esto le produce mucha angustia, inseguridad y desprotección, lo que lo lleva a actuar una variada gama de conductas.

El adolescente se manifiesta huraño, de mal genio, se irrita ante cualquier cosa. Aparecen conductas de aislamiento. Comienza a defender sus espacios de intimidad y expresa la necesidad de tener un espacio para él solo o de delimitar territorios y objetos que sean de su exclusiva pertenencia. Intenta salir de la posición de niño y se manifiesta molesto cuando se le otorgan roles y actividades infantiles. Una reacción común frente a los padres es el rechazo físico, no se deja acariciar, se siente molesto y avergonzado al recibir muestras de afecto que él considera que son para un niño. Esta conducta suele producir conflicto en los progenitores quienes no saben cómo tratarlo.

El adolescente se torna poco comunicativo de sus “cosas íntimas”; sus respuestas se vuelven monosílabos: “bien”, “mal”, “no”, “sí”, etc. Las respuestas monosilábicas que manifiesta en el exterior son el reflejo de su interior. Este estado de “confusión” le afecta el rendimiento habitual y repercute en su aprendizaje escolar. En este período el adolescente reacciona desmedidamente respecto a alguna observación, mandato o crítica. Se manifiesta con mucha agresión hacia el entorno o, por el contrario, se expresa con episodios de llanto incontrolado. Sus hábitos cambian, se observa el descuido respecto de sí mismo y de su habitación. No desea ducharse, no se cambia de ropa. Por el contrario, su conducta se vuelve muy estructurada, los hábitos de limpieza se in-

tensifican. Ambas reacciones constituyen intentos de “controlar” la angustia que le producen la invasión de sensaciones corporales nuevas.

En todas estas conductas el adolescente desafía las normas de convivencia familiar, los modos de interacción y diálogo y las formas que hasta entonces eran habituales de ser, estar y conducirse en el seno de la familia. El adolescente se ve enfrentado a transformar su cuerpo infantil en un cuerpo adulto.

Lo mismo sucede en el plano del pensamiento. Debe transformar su *pensamiento en juego* (Carvajal Corzo, G., 1993) -que consiste en un juego concreto de múltiples roles en el afuera- a un *pensamiento de fantasía* consistente en un juego mental mediante el uso de la imaginación y de la fantasía. Ello se traduce en una disminución de su motricidad y un aumento de la concentración en sí, en una introspección dentro de sí. Este pensamiento está cargado de contenidos audiovisuales y fantasiosos, en el que predominan personajes con características omnipotentes que representan el “bien” o el “mal”, los que le permiten representarse a sí mismo de forma ambivalente: en su docilidad y dependencia infantil y en su hostilidad y separación respecto de las figuras parentales.

Esta fase está caracterizada por la búsqueda de diferenciación de la identidad de las figuras parentales. El adolescente comienza un proceso de autoafirmación intentando contradecir los modelos de sus padres. Surgen conductas de imitación de amigos y de otros personajes que poseen atributos que desea poseer y que pueden estar en oposición a los modelos sostenidos por los progenitores. Es común que el adolescente se identifique con algún personaje de ficción que represente algunos de los ideales propuestos por el contexto socio-cultural y que expresan formas alternativas (estéticas, éticas y de conductas) al estilo de vida adoptado por su familia.

El adolescente se asocia a amigos o a grupos de pares que se asemejan a los ideales que él desea para sí. Surge la admiración por algún par que posea actitudes de líder, mientras que también

intenta competir por representar ese rol dentro del grupo. Ambas conductas constituyen intentos de sustituir la autoridad que se encontraba depositada en la figura de sus padres o bien de actuar esta autoridad dentro del grupo.

La búsqueda de una identidad adulta permanente es angustiante y sólo se consigue en la medida en que el adolescente puede hacer uso de los aspectos internalizados de las figuras parentales que le posibilitan contactarse con sí mismo y reforzar su sentimiento de mismidad. De ese modo se facilita un reajuste emocional frente a la angustia que le ocasiona la pérdida de la posición de niño y la separación e independencia de los padres infantiles, lo que contribuye a la elaboración de su propio autoconcepto.

Las alternativas de elaboración de este duelo depende de la calidad reaseguradora de las figuras parentales internalizadas, en la medida que provean de seguridad al sujeto y enriquezcan su yo, reforzando sus mecanismos defensivos útiles y el desarrollo de sus áreas más saludables. De esta manera, el adolescente podrá afrontar, enfrentar y elaborar la ansiedad y la angustia que le ocasiona el pasaje de la niñez a la adolescencia y de ésta a la adultez, con el consiguiente fortalecimiento de su mundo interno y la adquisición de un nuevo concepto de “*sí mismo*”.

3) De la pérdida de su rol de niño

Otro de los duelos del proceso adolescente es el que produce la pérdida del rol de niño y la adquisición de un nuevo rol como adulto. Se considera que este duelo se presenta en toda su intensidad en la fase de la adolescencia juvenil, período que justamente marca la transición desde la adolescencia a la adultez joven. No obstante, en el actual contexto social de adelantamiento y experimentación de las prácticas adolescentes, la dinámica de este duelo comienza a establecerse durante la adolescencia nuclear. Cuando hablamos de rol hacemos referencia al ejercicio de una tarea y a la ocupación de una posición dentro de la estructura social. A partir de los cambios físicos y psicológicos que se operan en las fases previas, el adolescente pierde su condición y su posición de niño para adquirir el rol de adolescente.

No todo el proceso de la adolescencia depende de las características psico-afectivas y de personalidad del adolescente. Este se encuentra inmerso en un contexto sociocultural en el que la familia es la primera representante del orden social. En los primeros vínculos con las figuras parentales es donde el adolescente asimila selectivamente aquellos aspectos que le son útiles para definir su modo de ser. Sin embargo, el medio social en que vive le provee posibilidades de incorporar otros modos de ser y estar que operan como modelos ejemplares. Estos modelos se encuentran representados en figuras significativas tales como docentes, artistas, personajes políticos, deportivos y religiosos. Esas figuras actúan como modelos sociales y representan atributos éticos, estéticos, de belleza, de justicia, de autoridad y de poder, que le ofrecen al adolescente un sistema de posibilidades múltiples en el que puede seleccionar y efectuar identificaciones personales, que le permiten elaborar su identidad. Esos atributos socialmente valorados simbolizan los aspectos anhelados e ideales que desearía poseer. Surgen así, otros modelos identificatorios que el joven utiliza en los intentos de encontrar su propia modalidad de ser y de manifestarse en el mundo social.

En un primer momento no existe diferenciación entre lo que significa representar un rol (ejercer una función social) y lo que significa definirse a sí mismo en su modo de ser (en aquello que le da sentido). En la búsqueda de encontrar su lugar social el adolescente se encuentra orientado por la acción más que por la reflexión. Es por esto que explora diferentes modos de manifestarse en el exterior atravesando lo que Erikson (1960) denomina **moratoria psicosocial**. Esta consiste en un período admitido socialmente en donde el sujeto puede experimentar diferentes roles y funciones, sin la responsabilidad de asumir ninguno de ellos.

La adolescencia se convertiría en la antesala de ensayo de diferentes modos de ser, en un laboratorio en que el sujeto aprende roles, los pone en juego y evalúa su utilidad y el sentido que le aportan a su proyecto vital. Por eso, Aberastury (1959) sostiene que en el adolescente conviven *identidades transitorias*, que son

circunstanciales y que tienen por objetivo el lograr la propia individuación y la separación con las figuras parentales. El ejercicio de estas *identidades transitorias* le permite al sujeto desempeñar y experimentar diferentes funciones, que le proveen diferentes conceptos de sí mismo. Las contradicciones que experimenta consigo mismo y con el mundo que lo rodea se van tramitando mediante la vivencia experiencial de diferentes roles sociales.

La elección de una carrera, la búsqueda y ejercicio de un trabajo, la conformación de una pareja, la adquisición de derechos legales y económicos, implican para el adolescente joven una inserción progresiva en el mundo de los adultos. El adolescente comienza a sentirse un igual, aunque en ocasiones se siente excluido, tratado como un niño o subestimado en sus capacidades. Esto último le produce, además de angustia, un sentimiento de injusticia cuyas reacciones suelen ser interpretadas como actos de rebeldía.

En este momento evolutivo el adolescente comienza a exigir reconocimiento como adulto joven. Siente que las normas constituyen un acuerdo pactado y que no son reglas impuestas, que hay que cumplir porque sí. En la medida que considere razonables al conjunto de normativas sociales se compromete a ejecutarlas. El establecimiento de normas es más un pacto afectivo que una legislación razonada, razón por la que el sentimiento de justicia es el producto afectivo de las interacciones basadas en el respeto mutuo. La idea de justicia se basa en la igualdad distributiva y retributiva (reciprocidad de derechos y obligaciones) que tiene en cuenta las intenciones y las circunstancias de cada sujeto. El respeto mutuo conduce a una organización nueva de los valores morales basados en un pacto intencional, cooperativo y razonable entre los individuos y no en el acatamiento sumiso de un orden establecido. De esta manera, la reciprocidad y el respeto mutuo desembocan en el sentimiento de justicia, el cual se antepone a la obediencia.

El adolescente comienza a formar una autonomía moral en los valores individuales y en aquellos de índole social. Se preocupa por problemas que exceden el aquí y ahora, comienza a proyec-

tarse y elaborar planificaciones futuras. Sus intereses adquieren un carácter más general y abstracto, que trascienden el mundo concreto de la acción práctica. Se observa en los adolescentes un interés creciente por las relaciones, orientado al despertar de la reflexión sobre los sentimientos sociales y morales; la expansión de una afectividad que se traduce en enamoramientos dispersos; el nacimiento de los gustos estéticos, literarios, poéticos, musicales; así como de una exigencia de certeza racional y absoluta en materia filosófica o religiosa.

El adolescente -a través de la experimentación de diferentes roles y funciones- percibe que la sociedad, es decir, el mundo de los adultos impone estereotipos o modalidades de ser adolescente con los que trata de definir, caracterizar y modelar sus cambios. Es entonces, que siente que la sociedad es injusta y que debe aportar sus potencialidades en la reestructuración de esta estructura social. Pone en juego, así, los aspectos más saludables de su “yo” al servicio de un ideal que permita una reforma social colectiva. La posibilidad de enfrentarse a diversos modos de hacer desarrolla en el adolescente un compromiso con la realidad social, lo que lo conduce a la formación de ideologías políticas, religiosas, al planteamiento de aspiraciones vocacionales y a la definición de una orientación sexual.

El adolescente hace uso de su pensamiento intelectualizado y fantasioso proyectándose a sí mismo en algún movimiento grupal cuya motivación es el mejoramiento de la humanidad. Surge aquí la adhesión a movimientos sociales, políticos, religiosos, como una manera de autoafirmarse en oposición a sus padres infantiles, afirmación que ahora es depositada en la estructura social. Sin embargo, cuando el adolescente pone en juego sus aspectos no tan saludables puede tener actitudes combativas respecto de la sociedad, manifestadas en conductas de rebeldía que atentan contra las normas de convivencia. Este adolescente se incluye en patotas y realiza conductas violentas, actos de indisciplina y de desafío sistemático a las normas de las instituciones en las que participa. Todas ellas son manifestaciones de agresividad hacia el orden establecido.

En esta búsqueda de saber quién es el adolescente puede mirarse a sí mismo a través de figuras que le confieren cualidades positivas o, por el contrario, identificarse con figuras negativas, que representan la transgresión de las normas. Es preferible *ser alguien* -aunque sea indeseable- a no ser nada. Esto es lo que da origen a la conformación de grupos que se definen por la transgresión a las pautas de normalización de la sociedad. Este tipo de identificaciones suele asociarse a impulsos autoagresivos que tienen origen en la no aceptación de la personalidad adquirida y en el deseo de lograr otra identidad más valorizada.

Es necesario destacar que, el adolescente joven puede mediar la acción a través de la reflexión. Si bien en algunos aspectos transita por un período de moratoria, en otros realiza ciertas opciones y elecciones. Tal es el caso de lo que acontece en el plano vocacional y en el de la orientación sexual, como así también en la adopción de ciertas ideologías respecto de cuestiones éticas. En la medida en que el adolescente encuentra caminos de realización de sus proyectos vitales puede introducirse en el mundo de los adultos, con ideas renovadoras y con un sentido apropiado de la realidad.

La adolescencia concluye cuando el sujeto puede integrar su identidad personal y adoptar una identidad social. Ello supone haber resuelto los conflictos ligados a los cambios corporales, psicológicos y sociales. Sucede cuando el joven ha logrado elaborar una imagen de sí mismo en tanto sujeto único, idéntico a sí mismo, resultante de un proceso vital desplegado en el tiempo y como parte de un grupo y de una sociedad en los que puede ejercer los roles y gozar de los derechos que poseen los adultos.

Capítulo VI

SEXUALIDAD Y ADOLESCENCIA

En la adolescencia la madurez sexual aparece representada por dos cambios fisiológicos innegables: la aparición de la menstruación en las mujeres y la aparición del semen en los varones. Ambos cambios fisiológicos exigen el abandono del cuerpo infantil, la discriminación del propio sexo a partir de la diferencia con el sexo opuesto y la aceptación de la genitalidad. Se produce entonces, la exigencia de asumir un rol genital que se traduzca en la definición sexual correspondiente.

La invasión de sensaciones de excitación sexual

En la infancia el niño/a mantiene una relación de dependencia con sus padres, a quienes atribuye características omnipotentes y de perfección. Estos padres ocupan el centro de la atención erótica. Generalmente los varones sienten una predilección respecto a la madre, a quien acarician, le escriben cartas, desean dormir en su cama, entre otras conductas usuales. Las niñas sienten una marcada predilección por su padre, a quien esperan del regreso de su trabajo, le piden sentarse sobre sus rodillas, coquetean con

él. Estas conductas son manifestaciones de cierto enamoramiento que el/la niño/a siente respecto de sus progenitores.

Al ingresar a la pubertad, el/la niño/a retira la energía que se encontraba depositada en las figuras parentales y en las actividades escolares y la traslada a sí mismo y a su cuerpo. Comienzan a invadirlo sensaciones de excitación que se vivencia con temor y culpa. El adolescente tiende a retirarse corporalmente de los adultos que conforman su entorno. Comienzan a aparecer sensaciones de excitación y, con la consiguiente maduración de los órganos genitales, se produce la primera polución nocturna en el varón y el primer sueño erótico y orgásmico en la niña. Ambos acontecimientos le generan sorpresa y angustia más allá del conocimiento anticipatorio que posean a partir de información provista por el mundo adulto.

En el adolescente púber aparecen temores nocturnos que no existían o que habían desaparecido. Estos se expresan en el deseo de dormir acompañado como un modo de afrontar fantasías persecutorias nutridas de situaciones de la realidad (ladrones, situaciones de violentación) o de la imaginación (monstruos que pretenden hacerle daño). Estas fantasías se constituyen en la defensa frente a la invasión de excitación erótica que hasta ese momento había permanecido en latencia y le sirven al adolescente púber como una estrategia para no quedarse a solas con este “nuevo” cuerpo que lo invade de sensaciones desconocidas.

La curiosidad por los órganos genitales

El adolescente púber toma contacto con sus órganos genitales mediante la manipulación que le proporciona la exploración y el descubrimiento de los mismos. En este período predomina la curiosidad por las nuevas funciones corporales. Comienza la actividad autoerótica de tipo masturbatoria. En un comienzo la masturbación puberal carece de contenidos y fantasías respecto de otra persona como objeto sexual; es por esta razón que se la denomina masturbación anobjetal.

En el varón se registra una tendencia compulsiva respecto de la actividad masturbatoria, relacionada con el hecho que sus órganos genitales son externos y ofrecen mayores facilidades de manipulación. La literatura especializada informa acerca de conductas de erotismo uretral y urinario, en las que el varón se realiza penetraciones uretrales que a veces irritan y lastiman esta zona corporal. La actividad masturbatoria en las niñas se presenta con menor frecuencia y tiene un carácter más pasivo, aunque también es una acción más penalizada y sobre la que hay mayor sanción social.

Esta diferencia generizada en la valoración social de la masturbación posiblemente se deba a los matices de las regulaciones sociales respecto al erotismo, el contacto corporal y las demostraciones de afecto entre varones y mujeres. Culturalmente no se encuentra mal visto el hecho de que las niñas se abracen o circulen tomadas de la mano, mientras que estas conductas son rechazadas culturalmente en el varón, pues se las considera conductas poco masculinas. Las posibilidades de establecer contactos físicos no culpabilizados, favorece la canalización de las sensaciones corporales placenteras que experimentan los púberes.

A partir de la manipulación de los órganos genitales surgen fantasías, acerca del ejercicio de los mismos, que se corresponden a la acción de penetrar como expresión de lo masculino y de ser penetrada para lo femenino. Esas fantasías se relacionan con los mandatos socioculturales dominantes acerca de la masculinidad y la paternidad. Según Olavarria (1999) y Reartes (2012) el modelo de la masculinidad dominante establece que los hombres son personas activas, importantes, autónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controlados y cuyo ámbito de acción es la calle. En contraposición con este imaginario, se ubican las mujeres y otros varones “feminizados”.

Ese modelo cultural dominante interpreta el cuerpo del varón como portador de instintos, de fuerzas irrefrenables que emergen de él (expresadas en la excitación sexual y las actividades masturbatorias) y que son habitualmente significadas como

señales positivas de que el varón púber *se va haciendo hombre*. Por lo tanto, su ocurrencia es celebrada por el entorno que estimula y potencia las prácticas masturbatorias. Paradójicamente, los mandatos sociales convierten a la masturbación en una práctica depositaria de *algo* sucio, pecaminoso, que atenta contra la voluntad del sujeto, que lo debilita o que afectará su sexualidad en el futuro. Por esa razón, la masturbación siempre produce reacciones ambivalentes que oscilan entre el placer y la culpa. Lo que no se puede dudar es que el autoerotismo constituye la antesala de preparación para el ejercicio de una sexualidad integrada, total y madura como adulto.

El autoerotismo adquiere la particularidad de asociarse a fantasías de compartir con alguien esta actividad masturbatoria. Aparece aquí el fenómeno de la *curiosidad sexual* que se manifiesta por el interés de consumir revistas y materiales pornográficos. Parte de ese interés se canaliza por los diálogos con amigos, primos o hermanos mayores, sobre temas que generan excitación o por la realización de acciones grupales de comparación de sus atributos sexuales. Estas prácticas aumentan las fantasías de obtención de placer sexual y a la vez sirven de socialización anticipatoria del ejercicio de los roles sexuales.

Por otra parte, el adolescente comienza a evidenciar en sus hábitos estéticos y de vestimenta la elaboración de los cambios corporales vinculados a la maduración sexual. Estos hábitos resaltan los atributos de su cuerpo adultizado; la adhesión a estéticas corporales muestra su identificación con personajes y grupos de adscripción y en la vida cotidiana sus movimientos físicos expresan la sensualidad de su genitalidad.

Del autoerotismo a la heterosexualidad

La asunción del ejercicio de la genitalidad con significados adultos pone en juego la elaboración de las etapas pregenitales. El pasaje del autoerotismo a la heterosexualidad supone:

- La exploración de los órganos genitales a través de la masturbación, la cual le permite al sujeto integrar sus genitales al concepto de “sí mismo”; sentando las bases para la adquisición de una identidad genital adulta con capacidad procreativa.
- El pasaje de la autoerotización masturbatoria al intercambio lúdico con un par del otro o del mismo sexo a través del toqueteo o las caricias, lo cual constituye una forma de aprendizaje y de exploración.
- Finalmente, el ejercicio de la genitalidad caracterizada por el establecimiento de vínculos en donde se encuentran presentes las acciones de “penetrar” y ser “penetrada”. Estas acciones, en el adolescente, están teñidas de un carácter exploratorio y no representan el ejercicio de una genitalidad adulta, por cuanto el sujeto no se encuentra maduro afectivamente para asumir el rol procreativo. No obstante esta inmadurez, el ejercicio de la genitalidad muchas veces genera consecuencias no buscadas (el embarazo o el contagio de enfermedades de transmisión sexual) que van a desencadenar crisis no normativas que afectan el curso del proceso de desarrollo psico-sexual y psicosocial de los adolescentes.

El modelo de vínculo genital que se establece en la adolescencia dejará una impronta que perdurará en la vida ulterior del sujeto, como expresión de las variantes que asume en nuestra cultura las modalidades de lo masculino y lo femenino. Para que esto ocurra, es de fundamental importancia la función que cumplen las figuras parentales primarias. De acuerdo a las teorías tradicionales la ausencia o el déficit de la figura del padre dejaría fijado al sujeto a la madre, constituyéndose en la raíz de la homosexualidad, tanto del hombre como de la mujer. El varón, al no tener una figura masculina con quien identificarse, y a partir de la cual referenciarse, trataría de buscar esa figura toda su vida en otro hombre que represente la masculinidad. La mujer quedaría

fijada al vínculo nutricional que representa la madre, en un contacto de piel a piel, negando o reprimiendo las posibilidades de relación con un hombre. A partir de los desarrollos efectuados por las feministas y por los estudios de la sexualidad, esta concepción tiende a ser relativizada. De todos modos, es innegable que la identidad sexual del adolescente estará sustentada por la elaboración de los procesos de identificación con las figuras parentales.

Aberastury (1959) sostiene que “...es normal que en la adolescencia aparezcan períodos de aspectos femeninos en el varón y masculinos en la niña. La adquisición de una posición de heterosexualidad adulta exige un proceso de fluctuaciones y aprendizajes en ambos roles”. Se producen en el adolescente temores y fantasías homosexuales que son rechazadas. No obstante, la dinámica socio-cultural contemporánea favorece estas exploraciones a través de diferentes prácticas entre pares genéricos, que se juegan en los bordes del homoerotismo. En el caso de los varones son comunes las prácticas exhibicionistas vinculadas a prácticas deportivas o de recreación, mientras que en el caso de las chicas los juegos provocativos que incluyen picos o contactos corporales con contenido sensual, son permitidos en espacios de mostración social como las redes sociales o el boliche. Más allá de la estimulación que genera este proceso de exploración sexual, se trata de un período de intensa lucha afectiva, en el que con frecuencia se manifiestan excesivos celos por los amigos íntimos del mismo sexo; hecho que angustia y confunde al sujeto.

De la manera afectiva de relacionarse con el otro sexo

Los vínculos están teñidos por un carácter de idealización de la otra persona: ocurren más dentro de la mente del adolescente, que entre el adolescente y la persona con quien éste se relaciona. Aparece el *amor platónico*, que se caracteriza por atribuirle a otra persona rasgos que responden a la manera en que se desea que sea esa persona. Se producen enamoramientos con personajes

de ficción, tales como actores, actrices, músicos o deportistas. De esa forma, la idealización y las fantasías edípicas que en la infancia estaban depositadas en sus progenitores y que generaban deseos eróticos respecto a los padres del sexo opuesto, se desplazan hacia otros sujetos. También aparece lo que algunos teóricos denominan *amor a primera vista*, que se caracteriza por el enamoramiento de una persona que no se conoce; quién en la mayoría de los casos no corresponde a estas demandas de amor y no llega a enterarse jamás de ese enamoramiento.

Adentrado en el período de la adolescencia nuclear, el sujeto centra su trato heterosexual en el grupo de referencia al cual adhiere. La vida afectiva respecto de una pareja se caracteriza por el predominio de vínculos intensos, frágiles y poco duraderos. Busca el contacto relacional con el otro sexo de una manera ambivalente. Se intensifican los “*enamoramientos apasionados y casi siempre secretos, siendo más fuerte la intensidad afectiva interna que la manifestación real externa*” (Carvajal Corzo, 1993). Cuando logra concretar en la realidad este vínculo, se desilusiona fácilmente.

En este período suelen establecerse algunas actividades eróticas. El contacto genital es más de tipo exploratorio que de tipo procreativo, especialmente en el contexto epocal en el que la anticipación de la iniciación sexual es propiciada desde la cultura. La vida sexual está caracterizada por manifestaciones de caricias, con eyaculación precoz frecuente y con vivencias de excitación y culpa. Es en este período en el que la mayor parte de los adolescentes mantiene su primera relación sexual. La iniciación sexual se produce en forma temprana y, las más de las veces en forma fortuita, es decir sin que los vínculos de noviazgo o pareja tengan mucha consistencia. Diferentes estudios internacionales señalan que la iniciación sexual de los varones está alrededor de los 14.4 años y las de las mujeres a los 15.04, poniéndose de manifiesto que la edad de la primera relación sexual de éstas se acerca cada vez más a la de los varones. Otros estudios señalan el adelantamiento de la edad de iniciación sexual, con cierta variabilidad entre adolescentes pertenecientes a diferentes grupos socio-culturales.

Al amparo de los mandatos de la cultura patriarcal, en los varones predomina la disociación sexo-amor, lo que les permite distinguir a la mujer amada/soñada de aquellas otras que son objeto de conquista para poseerlas. Una vez que se produce la relación sexual, el varón tiende a rechazar a la joven con quien mantuvo el intercambio sexual. Esa acción es llevada a cabo mediante la desidealización de la misma. Se ubica a la joven en la posición de “mujer fácil”, no ideal para ser la esposa, ni la madre de los hijos. Estudios actuales muestran la permanencia de estas concepciones, ya que afirman que para la mayoría de los varones encuestados el sexo es un desafío y una prueba de su masculinidad. Las adolescentes parecen ser concientes de los peligros que encierra la entrega sexual. Uno de los temas que más le preocupan es lo que los investigadores llaman “la decepción amorosa” y que en el discurso de las jóvenes se expresa como “encamarte por amor y que después te dejen”.

Respecto al comportamiento masculino frente a la sexualidad y a la mujer, Carvajal Corzo (1993) dice que “*si algún muchacho tiene actividad sexual con una muchacha, inmediatamente se lo cuenta a su íntimo amigo en un plan exhibicionista. Este se encarga de contarle a todo el grupo, todos se enteran y la joven termina denigrada*”. Para este autor, esta conducta es una característica del machismo -presente en todas las sociedades- que constituye la continuidad de la visión que el niño tiene sobre la sexualidad masculina y femenina. A partir de las diferencias sexuales anatómicas (representadas en la falta de pene en la niña) el niño construye la teoría de que la mujer es inferior al hombre, teoría que luego es reforzada por las concepciones culturales que establecen las diferencias de género. Dicha teoría sólo puede ser abandonada cuando el sujeto alcanza una madurez psicoemocional que le permita diferenciar la importancia de los roles masculinos y femeninos.

Decíamos anteriormente que en esta etapa se inicia una búsqueda de contactos superficiales, con características que tienden al pasaje del autoerotismo a la heterosexualidad y a la manera de exploración y de preparación. Con el sexo contrario se genera

una relación ambivalente, en donde predominan las intenciones de seducción erótica más que el deseo de establecer vínculos de confianza. Esta superficialidad del contacto sexual se expresa en la falta de medidas anticonceptivas y de prevención de enfermedades de transmisión sexual. Alrededor del 80 % de los adolescentes informa que no utiliza preservativos en su primera relación sexual y que su uso se hace regular recién cuando existe un vínculo con cierta estabilidad. Los datos estadísticos señalan que la mitad de los embarazos adolescentes ocurren en estas experiencias iniciales y exploratorias. En cuanto al uso del preservativo, las investigaciones muestran que la decisión sobre su uso corresponde prioritariamente al varón. En definitiva, la exploración de la genitalidad está ligada a la “prueba de amor” y a la demostración de la virilidad, mandatos culturales que generan en el adolescente una actitud temeraria frente a la sexualidad. Pese a conocer los métodos de prevención pareciera que los adolescentes actuales piensan que el contagio de alguna enfermedad de transmisión sexual o el embarazo, es algo que no les ocurrirá a ellos, y persiste en ellos la idea de que el uso de preservativos limita el goce o afecta la erección masculina.

La búsqueda de una pareja que integre los aspectos de la sexualidad

Se ha dicho previamente que la sexualidad del adolescente puberal oscilaba entre actividades de tipo masturbatorias y el ejercicio de la genitalidad; siendo de suma importancia el vínculo afectivo-emocional con un/a amigo/a íntimo/a. El adolescente nuclear dirige su interés hacia la participación en un grupo de pertenencia que lo referencie, por lo cual sus relaciones afectivas con el sexo opuesto surgen en el interior del mismo. El adolescente juvenil está en la búsqueda de una pareja con quien compartir su vida en general y su erotismo en particular. Necesita establecer una relación interpersonal de noviazgo serio, estable y permanen-

te, en donde pueda fantasear con la idea de formar una familia.

En este momento de la vida el establecimiento de una pareja simboliza la posibilidad de integrar un proyecto de existencia, que sirva de soporte socioafectivo y que permita canalizar aquellos aspectos de la sexualidad que se han ido conformando y elaborando a lo largo de toda la adolescencia. Suele observarse que la ausencia de esta compañía desencadena en el adolescente juvenil sensaciones de angustia, soledad y rasgos de depresión. Para mitigar estas sensaciones suele recurrir a la realización de tareas compensatorias tales como refugiarse en el estudio, el trabajo o el grupo de amigos/as.

Cuando no puede encontrar compensaciones saludables para enfrentar la carencia afectiva que le produce la ausencia de una pareja, el adolescente juvenil experimenta una sensación de soledad. Entonces suelen aparecer manifestaciones de reclamo hacia su entorno para que le provea de contención, frente a sus requerimientos afectivos carenciales. Esto se manifiesta en una actitud infantil respecto de los padres, con los cuales establece un vínculo de dependencia simbiótica y un acuerdo tácito de protección y cuidados mutuos. Si esta dependencia se prolonga de manera inapropiada puede ser causal de conflictos en la formación de una pareja. En casos extremos, el fracaso de las actividades compensatorias se expresa en situaciones de aislamiento y desadaptación, que las canaliza a través de fantasías o actos suicidas.

En esta fase de elecciones, se produce una definición de la orientación sexual del joven. Es decir, el sujeto elige las características que va a tener su objeto de deseo sexual, el cual puede coincidir o no con las convenciones sociales. En otras palabras, en la adolescencia juvenil el joven acepta racionalmente y elige el tipo de objeto sexual a través del cual canalizará su afectividad y su sexualidad. Lo propio de esta fase es la adopción de las variadas formas de orientación sexual que existen en la cultura: heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad, transgénero (cambio anatómico de naturaleza biológico-sexual del cuerpo de nacimiento o cambio de sexo mediante procedimientos quirúrgicos) o

travestismo (cambio de apariencia del cuerpo biológico por el del sexo opuesto). Algunas de las variantes mencionadas son jugadas socialmente recién en la adultez, aunque su definición interna es característica del final de la adolescencia juvenil.

En las últimas décadas, a partir de las luchas de las llamadas minorías sexuales, los estudios científicos sobre la sexualidad adolescente han establecido a través de estudios empíricos que se ha producido una anticipación de la edad en la que las y los adolescentes asumen dentro de su red de apoyo social su orientación sexual. Los mismos estudios señalan que posiblemente la menor presión social y familiar en estas cuestiones, tenga como correlato que la manifestación social de la identidad sexual se haya adelantado y visibilizado. De hecho, numerosas organizaciones que luchan por los derechos de las minorías sexuales, no sólo sostienen grupos de reflexión para adolescentes, sino que también ofrecen servicios de asesoramiento y apoyo para sus familiares directos, con el fin de minimizar los procesos de estigmatización y segregación.

La sexualidad en la cultura actual: implicancias para el adolescente

Como en tantos otros aspectos que involucran el desarrollo adolescente, la sexualidad aparece sobredeterminada por las demandas de subjetivación que impone la lógica del mercado. Ante la caída y destitución de las instituciones sociales reguladoras del orden moral -cuyo principal objeto de control fueron los cuerpos, las emociones, las sensibilidades en tanto que discursos sexuales hechos prácticas, discursos y corporalidades- los ideales culturales promovidos por la cultura del consumo generan una lógica paradójica en relación a la sexualidad adolescente.

En la sociedad actual la sexualidad es tomada como una mercancía a consumir y el acceso a diferentes fuentes de información, especialmente a través de las TICs, favorece la circula-

ción de demandas de ejercicio de variadas formas de erotismo y sexualidad. En esa dinámica de exploración inducida, el placer individual se antepone al encuentro afectivo con otro y la sexualidad es confundida con la genitalidad. La adolescencia transcurre en un entorno que brinda una serie de estímulos que exacerban el apetito sexual.

Los medios de comunicación y las tecnologías de la información y la comunicación diseminan y proponen modelos estéticos que utilizan el cuerpo como un instrumento destinado al goce y al placer por el placer mismo. El mundo de la “imagen” se nutre de cuerpos cada vez más jóvenes, más bellos, más desinteresados del acontecer interno y más expuestos a la vidriera del consumismo. Se produce un salto acelerado de la infancia a una adolescencia, que adquiere rasgos de mayor precocidad en lo que respecta al ejercicio de la sexualidad.

Dentro de sus cambios el adolescente se “consume” en una sexualidad desprovista de dimensiones amorosas, sustentada en el individualismo y en la consecución del ejercicio sexual cuyo fin último es el goce efímero y la evitación del sufrimiento. Surgen relaciones de intercambio sexual fugaz, que no promueven el compromiso profundo y que acrecientan la separación entre el ejercicio del sexo y la adquisición de sentimientos.

Capítulo VII

CAMBIOS COGNITIVOS EN LA ADOLESCENCIA

Entre las características que hacen de la adolescencia un estadio evolutivo específico se encuentran las transformaciones en el pensamiento. Todas las teorías de psicología del aprendizaje coinciden en afirmar que con la llegada de la adolescencia se produce una serie de cambios cualitativos y cuantitativos en las habilidades cognitivas de los sujetos; cambios que muestran profundas diferencias con el modo de pensar infantil.

Cuando hablamos de habilidades cognitivas o modos de pensar de los adolescentes nos referimos a los procesos y estrategias que estos despliegan cotidianamente para conocer o percibir la realidad; se trate de fenómenos externos a ellos (el medio ambiente, la sociedad, la moda), o a fenómenos internos o subjetivos (sus emociones, sensaciones, esquemas mentales y afectivos).

Desde los trabajos pioneros de Piaget e Inhelder, las investigaciones confirman que durante la adolescencia los sujetos experimentan una variedad de cambios en su funcionamiento intelectual e indican que los mismos conforman un verdadero proceso de desarrollo cognitivo. En este estadio se produce un conjun-

to de procesos intelectuales y cognitivos mediante los cuales los adolescentes van ganando en conocimiento; se incrementan y complejizan sus habilidades para comprender, pensar y percibir el mundo; y aprenden a utilizar esas habilidades para resolver los problemas cotidianos que supone el proceso de adaptación evolutiva que atraviesan.

Conviene señalar aquí que -como en todos los ciclos del curso vital- el desarrollo intelectual y cognitivo no puede entenderse como una cualidad aislada, formal, de los sujetos sino que está interrelacionada y es interdependiente de las características del entorno socio-cultural y las características personales ligadas a la personalidad, la emocionalidad y las características intelectuales. En otras palabras, el pensamiento no se desarrolla en el vacío -por el efecto de la maduración de ciertas funciones biológicas- sino que requiere de la interacción con los objetos de conocimiento, ya sea por su exposición directa a los fenómenos (la exploración y manipulación de/en situaciones reales) o por la mediación de personas e instituciones especializadas.

Si bien el desarrollo intelectual de la adolescencia se apoya necesariamente en la mejora cuantitativa de algunas funciones cognitivas ligadas al sistema nervioso central (tales como la percepción, los procesos de atención y memoria, la velocidad de respuesta), éstas no son condición suficiente para que se produzca un auténtico desarrollo cognitivo. Está demostrado que sin una suficiente estimulación de las funciones intelectuales o de un contexto socio-cultural enriquecedor, que provea oportunidades para el pensamiento divergente y para la construcción personal de los conocimientos, tampoco se produce el desarrollo cognitivo en la adolescencia. Asimismo, los duelos que tiene que resolver el adolescente en su proceso de desarrollo constituyen un poderoso motor que aumenta significativamente las tareas ligadas al pensamiento. La resolución de las crisis afectivas y emocionales que atraviesa el adolescente movilizan el pensamiento -unas veces como recurso y otras como defensa- pero esta actividad mental por sí sola no garantiza el desarrollo cognitivo.

En definitiva, el desarrollo cognitivo responde a un proceso complejo de interacciones entre la dotación cognitiva-intelectual de los adolescentes, los estímulos y recursos culturales que se les ofrece socialmente -incluidas las posibilidades de ejercitación- y el uso que hacen de sus posibilidades de pensamiento. Todo ello orientado a la resolución de los variados dilemas que deben resolver en la transición adolescente.

Interacciones entre pensamiento y crisis del adolescente

Ya se ha dicho que la adolescencia es una crisis del desarrollo en la que el sujeto tiene que enfrentar en forma progresiva diferentes problemas o conflictos que se presentan con cierta secuencialidad. Primero surgen los problemas con la imagen corporal, un poco más tarde los relativos a la búsqueda de la identidad y, posteriormente, los conflictos ligados a la asunción de roles sociales y la adopción de un sistema de valores. El adolescente puede comprender y afrontar sus conflictos gracias a las características que asume el pensamiento en este estadio evolutivo. El comienzo de la adolescencia supone la utilización de un pensamiento abstracto a partir del cual el sujeto empieza a reflexionar sobre sí mismo y a elaborar sus propias teorías y sistemas de creencias referidas a diferentes ámbitos de la vida.

El adolescente se ve enfrentado a abandonar su cuerpo infantil, su rol de niño y su dependencia de los padres de la infancia, por lo cual el panorama de la realidad externa se le presenta hostil y frustrante. Ante la impotencia que esto le ocasiona recurre al pensamiento para compensar las pérdidas que ocurren dentro de sí mismo y que no puede evitar. Así, el uso de la intelectualización y de la fantasía como mecanismos defensivos para disminuir la angustia que le produce el ingresar a una incipiente vida adulta, serían las características principales que asume la dinámica del pensamiento adolescente. Esta dinámica es posible por los cambios estructurales que se presentan en el sistema cognitivo,

particularmente por el desarrollo de las operaciones formales del pensamiento. Como sostiene Carretero (1985) *“la adquisición de las operaciones formales es una condición necesaria pero no suficiente para lograr un desarrollo adecuado de la identidad personal. Para conseguir logros en el ámbito socioafectivo son necesarios pero no suficientes determinados requisitos cognitivos”*.

Transiciones estructurales en el pensamiento adolescente

Cualquier referencia a las transformaciones estructurales del pensamiento durante la adolescencia, obliga a considerar la obra de Jean Piaget y su teoría sobre el desarrollo intelectual. Para favorecer una mejor comprensión de la caracterización que el autor realiza del pensamiento adolescente, introduciremos previamente algunas ideas básicas de su concepción sobre el desarrollo de la inteligencia.

Para Piaget cualquier tipo de conducta (incluidas las intelectuales) proviene de un intercambio entre el sujeto y el medio exterior como resultado del *proceso de adaptación, el cual es definido como el equilibrio entre los procesos de asimilación y acomodación*. En tal sentido, la inteligencia -en tanto capacidad construida en el proceso evolutivo- no es una capacidad innata sino que es resultado de la interacción entre el sujeto y el medio ambiente.

La asimilación le permite al sujeto incorporar los objetos de conocimiento a su estructura cognitiva, a sus esquemas previos, en un proceso activo mediante el cual transforma la realidad que conoce a través de la acción (mental o material). La acomodación permite al individuo transformar su estructura cognitiva, sus esquemas, para poder incorporar los objetos de la realidad a ella. En el acto de conocimiento hay, por lo tanto un proceso constructivo caracterizado por una doble acción, la del individuo sobre los objetos del entorno y una repercusión del objeto sobre los esquemas del sujeto. De acuerdo a este planteo la adaptación es

una equilibración progresiva entre un mecanismo asimilador y un mecanismo acomodador. La adaptación supone el intercambio del organismo con su medio, con la modificación de ambos. El conocimiento es, ante todo, una relación de interdependencia entre el sujeto y el objeto como elementos inseparables. Los objetos sólo pueden ser conocidos a través de los marcos que sirven para su asimilación y así, cualquier constatación exige una estructuración que depende de la actividad estructurante del sujeto.

En el curso de la vida el desarrollo cognitivo se explica por las transformaciones que experimentan los procesos de equilibrio en la interacción del individuo y el medio. Estos cambios pueden ser producidos en el sujeto, en el entorno o por las interacciones entre ambos. Piaget sostuvo la existencia de un estadio con características específicas a partir de los 11-12 años, en el que se observa una transformación cualitativa en el funcionamiento intelectual del púber. Esta transformación se caracteriza por el uso incipiente de procedimientos formales alrededor de los 11-12 años, los que mejoran paulatinamente hasta los 15-17 años y que, en buena parte de los casos, llegan a ser plenamente sistemáticos y eficaces hacia los 20 años.

Estudios posteriores han mostrado que no todos los sujetos adquieren todas las operaciones formales, ni las usan correctamente al entrar a la adultez, pero lo cierto es que en todos los casos se ha encontrado que durante el período adolescente se registró una marcada transición desde las operaciones concretas a las formales. Piaget consideraba que al final de la adolescencia todos los individuos alcanzaban la totalidad de las operaciones formales, tesis que fue cuestionada por diferentes estudios posteriores. Finalmente él mismo propuso la hipótesis de que durante este estadio los sujetos eran competentes para desarrollar el pensamiento formal, pero que el escaso entrenamiento socio-cultural y una inadecuada estimulación cognitiva generaba deficiencias en la actuación. En otras palabras, potencialmente cualquier adolescente posee la competencia para desarrollar el pensamiento formal, pero este no se desarrolla cuando no se dan las condiciones de estimulación y

de oportunidades en su contexto ecológico.

Las teorías coinciden en afirmar que la adquisición de las operaciones formales requiere, como condición necesaria, de la especialización y madurez de las funciones del sistema nervioso central. Paradójicamente, este modo de pensamiento es más dependiente de la experiencia social que el pensamiento sensorio-motor o el operacional concreto, característicos de los estadios evolutivos previos. Se ha encontrado que algunas culturas ofrecen más oportunidades para que los adolescentes desarrollen un pensamiento abstracto que otras, proporcionando un entorno verbal rico y experiencias socio-culturales que facilitan el desarrollo por medio de la exposición a situaciones de resolución de problemas.

A partir de la teoría piagetana la adolescencia es identificada a nivel intelectual como el estadio del pensamiento formal. Si bien se habla de este tipo de pensamiento como si se tratase de un conjunto o un bloque homogéneo de adquisiciones cognitivas, debe entenderse como un proceso constructivo, una transición del pensamiento que, a través de varios años, logra avances en el pasaje del estadio operacional concreto al estadio operatorio formal.

Durante la adolescencia se produce una serie de transformaciones en las características funcionales del pensamiento. Es decir, se producen cambios en un conjunto de rasgos generales del pensamiento, los que representan formas, enfoques o estrategias de abordaje y tratamiento de los problemas que enfrenta el sujeto. Los rasgos comunes a todo el proceso de transición cognitiva durante la adolescencia pueden caracterizarse por la aparición y desarrollo de los siguientes aspectos fundamentales:

- Los adolescentes desarrollan la habilidad para pensar acerca de su propio pensamiento. Mediante el ejercicio de una actividad intelectual introspectiva pueden reflexionar acerca de lo que conocen y de cómo conocen. En términos cognitivos diríamos que desarrollan la meta-cognición y la regulación de sus propios procesos de pensamiento.

- Durante la adolescencia también se desarrolla la habilidad para utilizar el pensamiento abstracto. Los adolescentes pueden ir más allá de lo real observable. En los estadios anteriores del desarrollo intelectual el acto de conocimiento requiere de la manipulación de los objetos y la experimentación concreta con las cosas. El pensamiento no puede independizarse de la experiencia.
- En la adolescencia se produce la conquista del pensamiento abstracto. Esto es posible por un nuevo uso de la abstracción reflexionante. Mediante esta capacidad cognitiva el sujeto extrae información de las acciones o de las operaciones ejercidas sobre los objetos y, a partir de ellas, realiza generalizaciones o establece leyes sobre los fenómenos. La abstracción reflexionante permite dos procesos. Por un lado posibilita la elaboración de conceptos más abstractos (ya que puede captar los aspectos esenciales o constitutivos de los objetos) y, por otro, facilita la reorganización y coordinación de esta nueva conceptualización con lo que posee el sujeto. Dicho de otro modo, mediante la abstracción reflexionante el sujeto puede elaborar un pensamiento basado en conceptos abstractos y, a la vez, integrar esos conceptos en una estructura cognitiva más amplia y compleja.
- Uno de los principales efectos que produce la adquisición del pensamiento abstracto es que el adolescente comienza a desarrollar argumentaciones que poseen carácter proposicional. Es decir puede efectuar juicios sobre las cosas que conoce y también sobre sus propios juicios. Además, el adolescente comienza a utilizar un conjunto de símbolos para los símbolos, razón por la que puede aprender distintas notaciones científicas, aprende a hacer un uso más complejo del lenguaje porque puede dominar las reglas sintácticas y puede comprender funciones matemáticas complejas. En todos estos casos, la posibilidad de dominar los sistemas simbólicos le per-

mite descubrir que éstos pueden tener múltiples significados y pueden ser combinados entre sí.

En la adolescencia acontecen cambios en el pensamiento lógico, que modifican el modo de elaborar explicaciones causales sobre la realidad. Los adolescentes que despliegan operaciones formales son capaces, por medio del razonamiento inductivo, de sistematizar sus ideas y manejar críticamente su propio pensamiento, para construir teorías acerca de él. También mediante el razonamiento deductivo los jóvenes pueden examinar sus teorías, utilizando para ello las herramientas del análisis lógico y de la observación y experimentación metódica.

- Los adolescentes que adquieren el pensamiento formal presentan también particularidades en la resolución de problemas. Para resolver cualquier problema los sujetos invocan todas las situaciones posibles y establecen relaciones causales entre sus elementos, para posteriormente ponerlas a prueba (mediante la experimentación y el análisis lógico) y verificar su grado de verdad. En esta fase los sujetos son capaces de considerar todos los hechos o ideas importantes y elaborar conclusiones o teorías correctas, utilizando para ello el razonamiento hipotético y la comprobación metódica de sus conjeturas.
- Debe aclararse que el razonamiento hipotético no es una capacidad intelectual que aparece en la adolescencia, sino que en esta etapa adquiere nuevas características de funcionamiento. En palabras de Piaget, el sujeto adolescente adquiere un razonamiento sobre lo posible, formula y comprueba sistemáticamente hipótesis. Lo característico de este modo de razonamiento durante la adolescencia no radica sólo en el contenido original de las hipótesis, sino en que el sujeto puede trabajar con varias hipótesis en forma simultánea o sucesivamente.
- Esquemáticamente el proceso de razonamiento adolescente -desde el punto de vista estructural- se caracteriza

por una secuencia que se inicia con la eliminación de las hipótesis corrientes. Mediante el análisis lógico el sujeto desecha aquellas hipótesis que no son concordantes con la realidad. En este momento puede verse la importancia del pensamiento abstracto ya que la evaluación de esas hipótesis no se efectúa a través de una contrastación empírica (en los hechos) sino que se realiza con contraejemplos adquiridos por la evocación verbal o mental. En un segundo momento, el sujeto construye nuevas hipótesis utilizando elementos provenientes de otras abstracciones y combinando información abstracta de distintas fuentes. Culmina el proceso con la verificación de las consecuencias observables y lógicas de las hipótesis. Lo distintivo de este momento de verificación de las hipótesis, es la aplicación de herramientas cognitivas específicas, tales como la consideración simultánea de varias variables, la aplicación del llamado esquema de control de variables y el carácter metódico para efectuar la comprobación de sus conjeturas.

- La aplicación del esquema de control de variables es fundamental en los procesos de experimentación y manipulación de los fenómenos, con vistas a probar las hipótesis. Consiste en mantener constantes todas las variables y variar de uno en uno algún factor que se va probando sucesivamente. Este esquema le permite al sujeto seleccionar, manejar y manipular las hipótesis que va a contrastar mediante la experimentación y el análisis lógico.

Las operaciones formales en perspectiva evolutiva

Ya se ha dicho que la adolescencia es la etapa del desarrollo vital en la que se produce la transición entre el pensamiento operatorio concreto y el operatorio formal. Esa transición supone un proceso constructivo y gradual en la adquisición de las capacidades intelectuales propias del pensamiento formal.

Piaget e Inhelder (1959) distinguieron dos etapas en el desarrollo cognitivo durante la adolescencia. Alrededor de los 11-12 años daría comienzo el **sub-estadio de las operaciones formales incipientes**, período caracterizado por la adquisición de la capacidad de formular hipótesis basadas en el razonamiento abstracto, pero que generalmente fracasan en los procedimientos de prueba porque no aíslan adecuadamente los factores, o no pueden combinar correctamente los datos. En este subestadio los adolescentes hacen descubrimientos correctos y manejan ciertas operaciones formales. Sin embargo, no pueden proporcionar demostraciones sistemáticas y rigurosas para sus afirmaciones. También puede suceder que el adolescente resuelva problemas complejos en algunas situaciones o esferas, pero no en otras.

El segundo **subestadio es el de las operaciones formales**, caracterizado por el logro de mayor precisión e integración de las funciones intelectuales propias del pensamiento formal. A modo orientativo se señalan los 15 años como el momento de inicio y los 20 como la edad de consolidación del pensamiento formal. Los adolescentes que alcanzan este subestadio comprenden la importancia del método en el pensamiento y, por ello, llegan a demostrar sus afirmaciones a través de los procedimientos que analizamos en el apartado anterior. Lo propio del pensamiento formal es que las características funcionales forman una estructura de conjunto, condición necesaria para que el adolescente resuelva problemas abstractos y complejos. Para ello el sujeto necesita combinar de manera completa y sistemática todos los elementos que intervienen en una situación cuya relación causa-efecto no conoce inicialmente pero que es capaz de identificar y verificar lógicamente.

Los sujetos que alcanzan el pensamiento formal son capaces de resolver tres tipos de tareas formales de diferente grado de dificultad: los problemas de combinatoria, los del grupo INRC (pueden realizar cuatro tipos de operaciones lógicas, basándose en proposiciones: Identidad, Negación, Reciprocidad y Correlativa) o de la doble reversibilidad y los que implican cálculos de proporción o probabilidad.

En relación a las adquisiciones propias del subestadio de las operaciones formales, los estudios posteriores a Piaget han demostrado que no todos los sujetos lo alcanzan. Investigaciones realizadas en diferentes países muestran que al finalizar la adolescencia, menos de la mitad de los sujetos dominan las tareas formales. Esos mismos estudios ponen en evidencia una secuencia evolutiva en las adquisiciones. Primero, se lograrían habilidades basadas en las combinaciones, luego las referidas a la doble reversibilidad y finalmente las relativas a la proporcionalidad y la probabilidad. Desde el punto de vista de la amplitud de tales capacidades, la más extendida entre los adolescentes son las combinaciones, mientras que las otras son alcanzadas por menor cantidad de sujetos.

Como ya indicamos, la condición para que el sujeto conquiste las operaciones y estructuras formales, es que el medio social y la experiencia adquirida le proporcionen los recursos cognitivos y los estímulos intelectuales para la construcción de este tipo de pensamiento. Por otra parte, pareciera que estas capacidades del pensamiento se relacionan con el desarrollo del lenguaje. Los datos científicos muestran la relación entre la capacidad de razonar formalmente y la madurez del lenguaje de los sujetos, especialmente en el dominio sintáctico. El lenguaje es un componente de la función simbólica del sujeto, es decir facilita la representación mental de la realidad y posibilita efectuar proposiciones sobre los fenómenos. Por ello es indudable la importancia que adquiere el dominio lingüístico para que los sujetos puedan desarrollar las habilidades cognitivas formales. El descubrimiento de esta nueva capacidad por parte del adolescente, incide en el gusto por escribir poesías, diarios personales o letras para canciones.

Entre las condiciones ambientales identificadas como favorables para el desarrollo del pensamiento formal, se insiste en la necesidad de que el entorno (familia, escuela, grupos de pares, etc.) favorezca el intercambio de diferentes puntos de vista. Cuando el adolescente confronta sus ideas con ideas divergentes que le presenta el entorno, se produce un desequilibrio cognitivo que lo impulsa a la búsqueda de nuevas soluciones. Por ello, la

tendencia del adolescente a integrarse en grupos, representa una fuente de oportunidades para su desarrollo cognitivo. También es importante la temprana adquisición de una manera de pensar relativista, es decir que los sujetos puedan ver que sus teorías sobre la realidad son una más entre otras posibles. De todos modos, como veremos más adelante, sólo hacia el final de la adolescencia nuclear los adolescentes pueden descentrarse de sus teorías.

Finalmente, podemos señalar que la escolarización resulta ser una condición necesaria pero no suficiente para la adquisición del pensamiento formal. Precisamente el tipo de conocimientos sistemáticos que transmite la escuela, el tipo de entrenamiento cognitivo que promueve y la preparación para el uso del razonamiento científico son aspectos claves que hacen que los adolescentes escolarizados tengan más posibilidades de alcanzar el subestadio de las operaciones formales que los no escolarizados. No obstante, el tránsito por la experiencia escolar asegura el despliegue de estas habilidades cognitivas.

Capítulo VIII

LOS PROCESOS COGNITIVOS EN LA DINAMICA PSICOLOGICA DE LA ADOLESCENCIA

La resolución de la crisis adolescente se apoya en gran parte en las nuevas posibilidades que ofrece el pensamiento. Las posibilidades cognitivas que aparecen en la adolescencia puberal, son un recurso fundamental para enfrentar los desafíos evolutivos que caracterizan esta fase del desarrollo. En tal sentido, los cambios cognitivos que hemos descrito anteriormente tienen varios puntos de interacción con los procesos dinámicos del desarrollo adolescente.

Un rasgo señalado como propio del funcionamiento adolescente es su egocentrismo, actitud coincidente con el egocentrismo intelectual descrito por Piaget. Los adolescentes tienden a dotar a sus teorías y creencias de un inmenso poder, capaz de modificar la realidad. El egocentrismo intelectual, supone cierta incapacidad para ponerse en el lugar del interlocutor. El egocentrismo genera una incapacidad para concebir con realismo las posibilidades de aplicación de las teorías que se conciben, y también un exceso de confianza en el poder de las ideas como elementos de transformación de la realidad.

Frente a los duelos que tiene que resolver, el adolescente se refugia en su mundo interior y formula teorías acerca de cómo puede operar para reformar la realidad externa. En la adolescencia puberal aparecen dos fenómenos típicos que se apoyan en la transformación de las capacidades intelectuales y que desaparecen con la llegada de la adolescencia nuclear. Elkin (1975) las denominó la *audiencia imaginaria* y la *fábula personal*. En la adolescencia temprana (alrededor de los 11 años), la audiencia imaginaria cumple un rol importante en la actuación del sujeto, ya que tiende a actuar con las miras puestas en lo que cree que es la mirada de los otros; también suele ser exhibicionista y contestatario en función de lo que cree que es la forma en que los otros piensan sobre él. La fábula personal de los adolescentes puberales les lleva a pensar que sus experiencias son únicas e incomprensibles para otros, razón por la que sostienen que éstas son incommunicables y, por lo tanto, son parte de su mundo interno.

En la fase de la adolescencia nuclear se produce un acercamiento a principios éticos, filosóficos y sociales que lo motivan a formular un plan de vida que oriente su manera de ser y de actuar. El pensamiento abstracto, una conquista reciente, sirve como instrumento para que el adolescente formule sus teorías filosóficas, elabore ideas para salvar a la humanidad y que lo movilicen a participar en movimientos solidarios. Estos procesos mentales cumplen un rol importante en su desarrollo psicosocial. En este período el adolescente canaliza sus energías en actividades literarias, solidarias, artísticas, lúdicas o deportivas a fin de encontrarse a sí mismo en un proyecto de existencia. A continuación reseñamos algunos de los principales procesos mentales propios de la dinámica adolescente.

Los interrogantes metafísicos

Al intentar resolver la pregunta de “quién es”, el adolescente se interroga acerca de la finalidad para la que ha sido creado, es decir, acerca de lo que debe hacer con él mismo. Esta pregunta

produce mucha ansiedad y angustia pues supone el hacerse cargo de lo que piensa de sí mismo, de la manera en que desea ser y de lo que él siente de sí mismo. Para ello debe utilizar todo aquello que ha asimilado de sus vínculos con sus padres reales y con figuras significativas que, hasta ese entonces, ha erigido como modelos ideales que desea seguir y debe desechar todo aquello que no le satisface.

Comienza una fase de cuestionamiento hacia el entorno a fin de poder definir un autoconcepto de sí mismo y de perfilar una manera de ser que lo represente. Intenta, entonces, desmitificar a los padres infantiles a los cuales había provisto de características omnipotentes y tiene que reubicarlos en una posición de seres humanos imperfectos, limitados y mortales. Todo esto lo enfrenta a la toma de conciencia de la muerte de los padres infantiles y de su propia muerte.

A fin de mitigar la angustia que le produce pensar en la muerte de su ser corporal emerge con gran intensidad la preocupación por cuestiones metafísicas. En la interrogación acerca de la existencia de un ser “superior”, busca asegurar la continuidad de su propia existencia. El adolescente se plantea la figura de una divinidad en la que deposita los atributos omnipotentes de los padres protectores infantiles como una salida mágica para resolver el conflicto que le origina sentirse finito y limitado.

Sin embargo, si el adolescente en sus vínculos primarios con las figuras parentales no ha sido lo necesariamente reasegurado y protegido, se ve imposibilitado de depositar en la figura de una divinidad cualquier atributo protector, ideal y positivo. En ese caso es posible que resuelva el conflicto que le genera la angustia de la conciencia de la propia muerte, negando la existencia de un ser superior (ubicándose en una posición de agnosticismo) o, por el contrario, busca la salida en una figura divina en la que deposita cualidades negativas, surgiendo así la idea de un ser superior que castiga y hostiga a quienes no cumplen con sus anhelos y mandatos.

A lo largo de la adolescencia se manifiestan conductas que van desde el misticismo exacerbado hasta el ateísmo racionalista. Desde un ferviente entusiasmo por conocer, sustentar y practicar los principios y valores de cualquier religión -entendiendo por religión la ligazón con un ser divino- hasta la total indiferencia hacia los mismos. Ambas reacciones responden a la necesidad de desplazar al campo de lo intelectual-religioso aquellos conflictos originados por los cambios concretos que acontecen a nivel corporal, familiar y social. Es muy frecuente observar que un mismo adolescente atraviesa alternativamente por períodos místicos o por períodos de un ateísmo absoluto, lo cual concuerda con la situación cambiante de su mundo interno.

Como sostiene Aberastury (1959) en la construcción definitiva de una ideología, de valores éticos y morales el sujeto pasa por períodos de ambivalencia, de idealizaciones irracionales y desidealizaciones, que le permiten construir nuevas y verdaderas ideologías de vida. La intelectualización y el pensamiento más allá de lo posible son las bases que permiten al adolescente crear y adherir a un sistema de creencias y elaborar justificaciones racionales sobre él. Estudios recientes sobre la generatividad y el afrontamiento de la finitud en los adultos mayores muestran que en las edades avanzadas de la vida, estos procesos psíquicos hunden sus raíces en las experiencias adolescentes, especialmente en las prácticas solidarias alimentadas por estas concepciones metafísicas.

La discriminación temporal

Al inicio del curso vital el sujeto permanece unido indiferenciadamente a su primera relación objetal: la madre. A medida que se va desarrollando y creciendo comienza a diferenciarse progresivamente. Como sujetos humanos comenzamos experimentándonos como idénticos y mimetizados con nuestra madre, para luego romper con esta relación indiferenciada y posteriormente vivenciarnos como “nosotros mismos”, diferentes de nuestro primer objeto. Durante la infancia el niño alcanza un equilibrio que

le permite distinguir entre él y los demás, particularmente entre él y sus padres. En la adolescencia se rompe ese equilibrio e irrumpen aspectos no diferenciados que actualizan la indiferenciación de las primeras etapas. El cuerpo se transforma en un espacio en el que confluyen exigencias biológicas y sociales, transformándose en el área en la cual se depositan todas estas experiencias de indiscriminación que remiten a lo vivido en la infancia temprana.

El adolescente se ve confrontado a aceptar la pérdida de su niñez, lo que es sentido como la muerte de una parte de sí; la muerte de su cuerpo infantil para dar paso al cuerpo adulto. Esto le produce angustia y para defenderse de ella *espacializa* el tiempo asociándolo a acontecimientos externos, convirtiéndolo en un *objeto* manejable. La noción temporal del adolescente se asocia a características y necesidades corporales o rítmicas, es decir, vinculadas a tiempos como comer, jugar, dormir, estudiar, etc. Por esto, el tiempo percibido y actuado por los adolescentes es básicamente un tiempo de carácter vivencial o experiencial; asociado a acciones del diario vivir, antes que al transcurrir objetivo del tiempo cronológico.

El pensamiento del adolescente adquiere características diferentes respecto al espacio y al tiempo, lo que se manifiesta en la indiscriminación de los tiempos reales. Se produce una fusión irracional del pasado, el presente y el futuro. Existe una particular percepción del tiempo en donde las urgencias son enormes y las postergaciones son irracionales. Por ejemplo, puede encontrarse en un estado de despreocupación absoluta respecto de las obligaciones que le plantea el día de mañana, pues percibe que tiene mucho tiempo para resolverlas. Tal es el caso de tener que estudiar para rendir dos pruebas y si se le pregunta ¿estudiaste para los exámenes? responde: ¡pero, si el examen es recién mañana! Por el contrario, puede encontrarse urgido por resolver una situación que se desarrollará dentro de tres meses, lo que lo lleva a pasar bastante tiempo pensando, imaginando y seleccionando el vestuario que utilizará para asistir a una fiesta.

A esta característica adolescente de no discriminar entre pasado-presente-futuro, se le une la dificultad de diferenciar externo-interno, adulto-infantil o masculino-femenino. El adolescente va elaborando los duelos típicos de este período apelando a su sentimiento de soledad, que lo lleva a encerrarse en su cuarto, se retrae y se aísla perdiendo las nociones del tiempo real o cronológico. A medida que va logrando dejar atrás esta experiencia de soledad, la dimensión temporal adquiere otras características. Surge la conceptualización del tiempo, lo que implica una discriminación de pasado, presente y futuro; se produce la aceptación de la pérdida del cuerpo infantil, la pérdida de sus vínculos con los padres omnipotentes e inmortales y la aceptación de la propia muerte, como así también, la de sus progenitores.

En la medida en que el adolescente se sitúa sólo en el tiempo vivencial paraliza el tiempo real y los cambios que le ocurren. Cuando discrimina el tiempo cronológico, puede ubicar las pérdidas en el pasado, la adquisición de sus cambios en el presente y formular un proyecto de futuro. De ello se desprende que la búsqueda de la identidad adulta del adolescente está estrechamente vinculada a la conceptualización del tiempo. El tiempo integra en una unidad la continuidad del ser a través de la existencia.

Capítulo IX

EL GRUPO EN LA ADOLESCENCIA

Una de las características del proceso adolescente se asocia con el papel del grupo como un espacio nuevo de referencia, que le permite al sujeto poner en escena y ensayar los aprendizajes sociales que va realizando. La pérdida de la familia como espacio de referencia interno y externo, y el abandono de los padres infantiles como figuras que brindan seguridad y confianza, proyectan al adolescente al espacio social. En ese proceso adquieren particular importancia los grupos, que se convierten en verdaderos laboratorios de aprendizaje de conductas sociales.

La importancia de los grupos sociales en la adolescencia se relaciona con las funciones específicas que cumplen las relaciones de amistad y las interacciones entre compañeros. Maxwell (1992) asigna a los grupos de amigos las siguientes funciones:

- De socialización: mediante la negociación de relaciones con los compañeros, los adolescentes aprenden a controlar sus impulsos agresivos, internalizan normas y formas de comportamiento y aprenden a reconocer las sanciones que corresponden a las transgresiones del grupo.
- *De identificación*: el grupo le brinda al adolescente la posibilidad de compararse con otros pares en sus atribu-

tos significativos. Recibe información de ellos, lo que le permite elaborar una visión de sí mismo, a partir de la mirada de los otros.

- *Referencial o valorativa:* el grupo de amigos le proporciona al adolescente el conjunto de valores y el marco referencial dentro del cual puede interpretarse a sí mismo, ya que aprende a discriminar qué características personales se valoran positivamente y cuáles negativamente, y el grado de reconocimiento que éstas tienen en el grupo o en el contexto social más amplio.
- *De capacitación:* el grupo de amistades adolescente facilita la adquisición de habilidades sociales, ya que la interacción con los compañeros es altamente motivadora y eficaz para el aprendizaje y desarrollo de éstas son fundamentales para la vida de relación en la sociedad adulta.
- *Descentralizadora:* el adolescente confronta con otras ideas y aprende a relativizar sus propias ideas para llegar a acuerdos en las interacciones sociales dentro de los grupos. En ese sentido, el grupo cumple un papel crucial en el desarrollo cognitivo del adolescente pues lo obliga a abandonar el egocentrismo intelectual al que aludimos anteriormente.

Como veremos a continuación, en las distintas fases de la adolescencia el sujeto va explorando diversas modalidades de interacciones grupales, cada una de las cuales le permite afrontar las crisis propias de este ciclo.

De la amistad íntima a la tendencia grupal

Al iniciar la crisis puberal el adolescente se siente muy solo e intenta buscar el contacto con un par, con alguien semejante a él, que comprenda lo que los adultos no pueden comprender.

Surge la *amistad íntima* que constituye un intento de sustituir la relación que tenía anteriormente con sus padres. Como ya hemos visto, generalmente la elección del amigo íntimo recae en un/a compañero/a del mismo sexo, con quien sostiene una relación compartida mutuamente, en la que se comparten los problemas íntimos. Posiblemente la elección de un par del mismo sexo se relacione con el hecho de que en esta fase se acentúan las diferencias físicas entre varones y mujeres, y los sujetos experimentan como más segura la situación de paridad con otro sujeto del mismo género. Este estadio de las relaciones grupales tiene como contrapartida el sentido de posesión del otro. De todos modos, la importancia de este modelo de relación típico de la fase puberal es lo que prepara al adolescente para introducirse a un grupo más amplio.

En el inicio de la adolescencia nuclear se realiza un desplazamiento del vínculo unipersonal con el “amigo/a íntimo/a” a un vínculo más colectivo. Adquiere importancia el grupo de pares como el espacio que encuentra el adolescente para mirarse en otro semejante a él, lo cual le brinda contención y seguridad, y afirma su necesidad de independizarse de sus padres infantiles. Cuando el adolescente integra un grupo, toda su vida afectiva gira en torno a él. A través del grupo el adolescente canaliza toda su energía y sus sensaciones. Comienza a importarle cómo piensen de él/ella, lo que diga u opine “el grupo”.

La tendencia grupal se apoya en la identificación que circula entre los adolescentes pertenecientes a un determinado grupo. Esta identificación se sustenta en la adhesión consciente y voluntaria al conjunto de normas, valores, roles y posiciones que provee el grupo como unificador de identidades. La pertenencia a un grupo le sirve al adolescente para referenciarse en oposición a las figuras parentales, constituyendo un intento de buscar una identidad distinta a la del medio familiar.

El grupo genera sus propios códigos, sus pautas de comportamiento, sus propios modismos o jergas en la manera de hablar, de vestir, de establecer las prioridades en cuanto a los intereses

colectivos. Se podría decir, que el grupo genera sus propios rituales, dentro de los cuales se socializa al sujeto individual en las pautas de comportamiento grupal. La circulación de ritos otorga significación al sentir común del grupo. La vida grupal se configura a través de un código que limita y delimita la manera de estar con los demás. El grupo premia y castiga a cada integrante según el grado de adhesión o transgresión a las normas grupales. Este sistema de premios y castigos, se constituye también en parte del ceremonial del grupo. Uno de los castigos más comunes es el de hacerle sentir a un sujeto el vacío del grupo, que consiste en no propiciarle atención a quien se desea castigar. Este funcionamiento grupal genera en el adolescente mucha ansiedad, sensaciones de abandono y, en muchos casos, conductas autoagresivas y de violencia hacia el exterior. El grupo de pares adquiere la función de soporte socio-afectivo. Por esta razón el seguimiento de sus normas constituye un imperativo a cumplir. Pareciese que el sujeto adolescente tiene mayor pertenencia al grupo de socialización secundaria que a su grupo de socialización primaria (la familia).

A través del grupo el adolescente se va integrando a sí mismo, va jugando diferentes aspectos de su personalidad individual y actuando diferentes roles. En el grupo el adolescente se siente seguro frente a las fluctuaciones que acontecen en su modo de ser. En su búsqueda de *saber quién es*, se siente reforzado en el ejercicio de diferentes roles y funciones -moratoria psicosocial- por lo que transfiere en la figura del grupo gran parte de la dependencia que en la fase anterior del desarrollo estaba depositada en la estructura familiar. Ello origina una dependencia afectiva al grupo de referencia, lo cual lo lleva a mimetizarse y a no diferenciarse respecto de los otros integrantes. Por esta razón es posible observar a muchos adolescentes indiferenciados de su grupo, no sabiendo cómo comportarse sin el amparo del mismo.

De la modalidad afectiva de relacionarse

El adolescente nuclear centra sus modelos de relaciones afectivas en el interior del grupo. En un primer período, una de las características del grupo de adolescentes es el hecho de estar conformado por sujetos del mismo sexo. Aparece en este momento una excesiva necesidad de compartirlo todo con el grupo: no hay acción alguna que escape a su supervisión. Por esa razón el adolescente intenta ser aprobado continuamente por el resto del grupo para reafirmarse afectivamente en la aceptación de sus pares.

El grupo del adolescente se constituye en un solo bloque, en donde lo importante es la grupalidad y no el sujeto individual. Esto origina un tipo de comunicación en donde la intimidad es compartida por todos: todos saben todo de todos. Dentro del grupo se producen rivalidades, intentos de buscar la aprobación y de reunir dentro de sí las cualidades afectivas y conductuales que despierten admiración y respeto. La amistad se intercambia y se producen luchas internas por el manejo afectivo de las distintas individualidades.

La dependencia afectiva del adolescente se representa más allá del grupo en sí mismo, en la figura de un líder. Este simboliza la autoridad de los padres infantiles y por esta razón el adolescente busca ampararse en su autoridad, quien mediante su aceptación refuerza el sentimiento de identidad del sujeto. En algunos casos el adolescente no se somete a la autoridad de un líder, es decir, no deposita en la figura de un tercero la autoridad de sus figuras parentales primarias. Por el contrario, se erige en un líder portando y encarnando la autoridad y el poder de sus padres infantiles como manera de autoafirmarse.

En la parte final de la adolescencia nuclear el adolescente se orienta al intercambio entre sujetos de distinto sexo. Surgen aquí las simpatías y la posibilidad de poner en juego las manifestaciones eróticas a través de enamoramientos, declaraciones amorosas, conformaciones de pares denominadas comúnmente amigovios.

Sin embargo, el trato heterosexual es aún un trato grupal. En el grupo se intercambian fácilmente las relaciones de noviazgo, lo que produce una desestabilización afectiva entre los integrantes del mismo.

De todos modos, en este período los contactos con el grupo de pares del mismo sexo es el modo de interacción social preponderante. El acercamiento hacia el otro sexo se realiza en un plano de seducción y de “conquista”, en donde interesa más el logro de “obtener” al otro posesivamente, que el establecimiento de un vínculo de conocimiento y de confianza.

En el inicio de la adolescencia juvenil, se profundizan las relaciones amistosas con el sexo contrario. Se cambia el amigo íntimo del mismo sexo por uno del sexo contrario, lo que constituye una preparación para el establecimiento de una relación con características heterosexuales.

De cómo resuelve los conflictos que le genera su dependencia infantil

Las luchas y rebeldías que se manifiestan en conductas agresivas del adolescente son los reflejos de los conflictos de dependencia infantil que íntimamente persisten en él. En este proceso de elaboración de la pérdida de su posición de niño y frente a la inseguridad e indefensión que esto le produce, emergen conductas defensivas que van desde el aislamiento, el ensimismamiento, la timidez, manifestaciones de crueldad respecto al entorno, hasta conductas basadas en una idealización respecto del cumplimiento de una tarea en beneficio de la humanidad.

En la adolescencia cada sujeto exterioriza sus conflictos de acuerdo a su estructura de personalidad y a sus experiencias previas. Estas conductas defensivas se actúan en el interior del grupo, que facilita su manifestación. Por ese motivo es posible encontrar grupos de pares que se caracterizan por expresarse de forma similar en sus interacciones con el entorno. Hay grupos que muestran permanentes conductas agresivas, de crueldad, de ridiculización o de indiferencia frente a personas que, por presentar alguna ca-

racterística particular, atentan contra su intento de uniformidad y homogeneidad. En el otro polo, se encuentran grupos que vehiculizan acciones de reparación afectiva, de ayuda, de solidaridad; que encuentran en ciertos ideales una forma de reducir la angustia que les genera los procesos de cambio que vivencian. Las conductas altruistas tienden a canalizar el desconcierto que siente el adolescente respecto de la pérdida de su posición de niño. El adolescente participa de grupos juveniles con características religiosas, inicia tareas de servicios comunitarios, o bien ingresa a grupos ecológicos, de camaradería o en grupos deportivos en donde adquiere una disciplina que lo socializa para la supervivencia en medios hostiles, a la vez que desarrolla habilidades y valores para el trabajo en equipo.

En la literatura especializada ha recibido mayor atención el primer tipo de configuración grupal. Al respecto, Aberastury (1959) sostiene que *“producto del descontrol del rol infantil que se está perdiendo; aparecen entonces conductas de desafecto, de crueldad..., de falta de responsabilidad, que son típicas de la psicopatía, pero que encontramos en la adolescencia normal”*. La explicación que da esta autora es que en el adolescente se produce un fenómeno de disociación entre el pensamiento y el afecto. Así puede expresar manifestaciones externas que son intentos de autoafirmarse, oponiéndose cruelmente al entorno (padres, docentes, otros pares); sin que estas acciones le generen culpa y responsabilidad por los daños que pudiese ocasionar. Estas manifestaciones son normales en un período de la adolescencia, pues acontecen en un momento circunstancial y transitorio, desapareciendo a medida que va elaborando sus duelos y asumiendo la posición de adolescente.

De la manifestación de la individualidad dentro del grupo

En el último período de la adolescencia el sujeto se desprende de la tendencia a la uniformidad u homogeneidad que le proporciona el grupo de pares; introduciendo en sus vínculos sus propias particularidades. Comienza el proceso de asunción de su

identidad adulta: es capaz de responder al entorno a partir de su propio concepto de “sí mismo”.

El joven en el cumplimiento de sus nuevas responsabilidades sociales (estudiar, trabajar, participar en alguna agrupación social, etc.) prioriza sus necesidades individuales por sobre su participación grupal. Comienza a desconectarse de la actividad grupal, gesto que en muchos casos es castigado con el vacío que le propicia el grupo. Esto lo resuelve sin mayores conflictos pues esta época está teñida por actividades que sustituyen su dependencia infantil y su dependencia grupal; atribuyéndoles un carácter más productivo y realista.

Las relaciones interpersonales con su grupo de pares se tornan en relaciones de camaradería. Aparece la preocupación por acontecimientos sociales, que son introducidos en la comunicación que se establece entre los adolescentes jóvenes. Se comienzan a entender y a respetar las reglas sociales de convivencia. Es posible observar cierta rigidización de su conducta, la cual se manifiesta en la defensa y conservación de ciertos patrones adultos. Por ejemplo, defiende la diferencia de roles entre hombres y mujeres, adhiere a las cualidades de fuerza y superioridad atribuidas a los hombres culturalmente y a las cualidades de debilidad e inferioridad propuestas para el modelo femenino. Además, manifiesta cierta vergüenza respecto de maneras de comportarse adoptadas en la etapa de mimetización con su grupo de referencia y se expresa intolerante respecto a conductas de otros adolescentes de menor edad.

La ruptura que establece el adolescente con el mimetismo de su grupo de pares coincide con acontecimientos tales como la adquisición de un empleo, la terminación de la escolarización secundaria, la maternidad/paternidad y el ingreso a una carrera universitaria. Estos acontecimientos en sí mismos no aportan madurez al sujeto, pero sí constituyen instancias en donde el adolescente-joven adquiere responsabilidades más concretas que lo individualizan de su grupo de referencia.

Sin darse cuenta el adolescente abandona la rebeldía y el

enfrentamiento con la estructura parental. Ya no necesita defenderse de la angustia que le genera la dependencia de sus padres. Comienza a adquirir responsabilidades que lo posicionan en el mundo de los adultos. Su vestimenta se asemeja a la de sus padres y de una manera no planeada cambia su comportamiento respecto a ellos: comienza a comunicarse y contarle sus proyectos.

En este período de adolescencia juvenil el sujeto puede establecer una relación inter-heterosexual de noviazgo serio, el cual le posibilita pensarse en relación a un proyecto de pareja de una manera más estable. Aparecen fantasías de matrimonio y de engendrar hijos. Estas fantasías se acompañan de la necesidad de ser aprobado/a por la familia nuclear de su novio/a, intentando dar una imagen más adulta de sí mismo.

Al promediar la adolescencia los vínculos que el sujeto establece en relación al grupo son de homogeneidad, de uniformidad y, básicamente, de dependencia. En la fase final de este estadio el joven particulariza sus relaciones, ocupándose de sus propios proyectos e ingresando a un modelo social más amplio, lo que lo lleva a participar en diversos grupos y a actuar diversos roles.

La patota: manifestación de anomia grupal

Si bien el grupo de adolescentes manifiesta una tendencia normal a apartarse de las normas establecidas y a expresar rebeldía contra ellas, ésta posee en gran medida un sentido de adaptación social. La *pandilla o patota* no puede ajustar su comportamiento a las reglas sociales establecidas. Por el contrario, “*se constituye como un grupo que tiene como fin el enfrentamiento violento y directo contra la norma establecida...todo aquello que se percibe como...reglas de prohibición social, hace que estos adolescentes se unan para ponerse de acuerdo en la acción de estas prohibiciones*”. (Carvajal Corzo, G., 1993).

Estos adolescentes se agrupan en torno a un líder que posee características de exacerbado poder físico, que expresa su valentía con irreverencia, que desafía continuamente aquello a lo que de-

bería acatar como norma. Este es un líder negativo pues representa un modelo de acción destructiva. Dicha acción está sustentada en maneras de ver la realidad cuya premisa principal es “*llevar la aventura al máximo de excitación y peligro, gozando de la situación límite*”. (Carvajal Corzo, G., 1993).

Los integrantes de la pandilla están sometidos al adoctrinamiento de su líder, quien se jacta de su poderío físico, que utiliza para hacer daño e imponer a sus seguidores las pautas y los objetivos del grupo. Estos funcionan como una ley que no debe transgredirse. Quien cuestiona estas leyes corre el riesgo de ser castigado dejándose de lado o se le inflige algún daño físico.

Los propósitos que persigue una pandilla son variados y abarcan conductas que van desde el escándalo público, el robo, la violación, hasta el cumplimiento de una pretendida misión salvadora. Por ejemplo, dentro de estas últimas aparecen pandillas que se reúnen para exterminar a negros, homosexuales, drogadictos, chetos o judíos. Estas patotas se plantean como fin de su acción, el cambio de la sociedad mediante la eliminación de algún tipo de grupo o de sujeto que representa lo odiado.

En la mente de quienes integran estos grupos no hay límites para lo que piensan o desean hacer. El propósito central de su accionar se constituye en generar el desorden y el desconcierto social. El estar en grupo les proporciona una sensación de invencibilidad. “*Por eso es un grave error táctico tratar de enfrentar la pandilla como grupo. Salvo que se haga algo que promueva temor a su líder y al grupo en general, el manejo de la pandilla debe hacerse individualizando a cada uno de sus miembros*”. (Carvajal Corzo, G., 1993).

Capítulo X

ADOLESCENCIA Y FAMILIA

Introducción

Al nacer, todo sujeto recibe de su núcleo familiar una doble herencia: genética y cultural. La primera, es la responsable de transmitir biológicamente a través de los genes, las características fisonómicas y temperamentales. La segunda, se vale de la plasticidad del cerebro para transmitir los códigos, normas, valores y rituales propios del contexto social. De ese modo, el sujeto elabora una personalidad acorde con el tipo de sociedad en el que desarrolla su existencia.

La familia es, por lo tanto, un contexto material y afectivo de suma necesidad para la maduración física, psicológica, social, emocional y espiritual del adolescente. Las relaciones familiares que se dan en ella responden a las características que posee la trama vincular, que hace de cada familia una configuración particular. Esa trama es producto de diferentes tipos de interacciones, que ocurren dentro de un proceso dinámico que conecta cada personalidad individual con las relaciones que se dan en el inte-

rior de la estructura familiar y con el contexto socio-cultural.

En el establecimiento de una sociedad conyugal, cada sujeto aporta su propia individualidad. En la conformación del vínculo marital se configura una identidad de pareja. Cuando se produce el nacimiento de un hijo, éste modifica la relación de la pareja e inaugura un nuevo rol social: el de “padres”. Los padres aseguran la supervivencia física y emocional de su hijo, a la vez que moldean su desarrollo individual; condicionando, en gran parte, su destino mental.

Si bien la definición que damos de familia pone el énfasis en el papel de la pareja y específicamente de la función materna/paterna, no debe desconocerse que en la actualidad hay una amplia gama de estructuras familiares, muchas de ellas caracterizadas por la ausencia de alguno de los padres (como es el caso de las madres solteras), de ambos (en las cuales los niños son criados por los abuelos o por otros familiares) o por la presencia de padres del mismo género (las familias homoparentales). No obstante ello, generalmente las personas encargadas de la crianza realizan una sustitución de las funciones parentales, que le permite contar a los niños y adolescentes con los modelos de identificación de cada uno de los géneros y roles (masculino/padre-femenino/madre) necesarios para elaborar su propia identidad.

La familia constituye un sistema estructurado en el cual la acción de uno de sus miembros incide sobre los demás integrantes que la constituyen. Es en su interior en donde el sujeto encuentra contención y seguridad emocional frente a las exigencias que le plantea la sociedad como sistema que la contiene. La identidad individual de cada sujeto se apoya en la identidad familiar y ésta, a su vez, se manifiesta dentro de una comunidad. En un contexto socio-histórico en el que se registran múltiples estructuras familiares, la forma en que esta organización social influye en la personalidad de los adolescentes seguramente adopta múltiples matices y variantes. Pese a ello, en lo que sigue trataremos de resaltar los rasgos principales de la vinculación padres-hijos adolescentes en el contexto de las relaciones familiares.

Funciones de la familia

Las funciones de la familia abarcan la satisfacción de las variadas necesidades básicas de los seres humanos. El cumplimiento de las mismas dará lugar a la conformación, en mayor o menor medida, de una identidad integrada. Podemos agrupar las funciones familiares en:

- a) *Funciones de crianza:* El desarrollo de los miembros de la especie humana depende más del apoyo del medio cultural (sería el medio ambiental propio de la especie) que de la capacidad instintiva. Por ello, la crianza de los seres humanos no se limita sólo a la provisión de elementos que satisfagan las necesidades biológicas, sino que requiere de la provisión de recursos psicológicos, emocionales y sociales. La familia como sistema organizado en torno a relaciones de alianza y de consanguinidad, genera un código común, un conjunto de valores y de reglas que condicionan la interacción recíproca entre sus miembros y entre los miembros de la comunidad. Estos códigos son los que sustentan las prácticas de crianza, siendo de suma importancia el rol y la posición de los padres. El modo en que éstos efectúen la actuación de su autoridad en cuanto a la orientación y a la puesta de límites, así como el establecimiento de un vínculo reasegurador que provea al sujeto de afecto y seguridad, son fundamentales en la función de crianza de los niños y adolescentes. El desempeño de esta función de crianza de una manera flexible y contenedora tiene influencia en el desarrollo emocional del sujeto, en la adquisición de un autoconcepto positivo y una autoestima que le permita proyectarse en el futuro, confiando en sus capacidades y potencialidades para enfrentar las demandas del mundo exterior.
- b) *Funciones de organización de la descendencia.* La familia, en tanto sistema organizado, necesita tener unidad de liderazgo, consistente en el ejercicio de la autoridad en forma distribuida entre los progenitores. Actualmente, el sistema legal ha regulado la igualdad de los padres en el ejercicio de este liderazgo, mediante el reconocimiento de la patria potestad comparti-

da, derecho que hasta décadas pasadas sólo le era reconocido al padre. Tanto el padre como la madre portan roles sociales diferentes (privados y públicos) y se ajustan a funciones socialmente establecidas. Culturalmente, se ha atribuido a la madre la representación del liderazgo expresivo-afectivo, que consiste en asegurar la estabilidad armónica del hogar y en cubrir las necesidades básicas de nutrición, en lo que se refiere a aspectos emocionales y afectivos de los hijos. Al padre se le ha asignado la tarea de ejercer un liderazgo instrumental, consistente en la función de sostener y proteger a la familia en la provisión de recursos materiales, contribuyendo así a la ubicación social de la familia dentro de un contexto más amplio.

Es necesario destacar que si bien existe una diferenciación anatómica respecto a los progenitores (sólo las mujeres pueden amamantar un niño), el “liderazgo expresivo-afectivo” no es una condición exclusiva ni propio de lo femenino. Esta función también es ejercida por el padre como representante de lo masculino. Por otra parte, los cambios socio-culturales y económicos acontecidos en las últimas décadas también dejan sin efecto la atribución cultural respecto de la funcionalidad otorgada al padre como principal proveedor.

Numerosos factores sociales y culturales concurrentes han posibilitado que el liderazgo instrumental sea compartido por ambos progenitores; a la vez que el liderazgo afectivo-expresivo en las interacciones familiares y varias funciones de crianza hayan sido trasladadas al hombre. Así, la inserción de la mujer dentro del mercado laboral (tanto en las clases medias y altas como en las de escasos recursos en la que las mujeres logran mejor inserción laboral que los hombres, generalmente desocupados y subocupados), el desempeño femenino en la función pública, la creciente cantidad de hogares cuya cabeza es una mujer, son procesos que se han producido de forma paralela y vinculada a la desintegración de la estructura familiar tradicional.

De lo antes dicho, se desprende que ambos padres son responsable de la unidad de liderazgo. Es decir, ejercen la función de

autoridad conjuntamente, de modo que posibiliten la integración de los vínculos familiares. En el interior de la estructura familiar es posible diferenciar tres tipos de vínculos: a) vínculos de alianza; b) vínculos paterno-filiales; y c) vínculos fraternos. Todos estos vínculos se actúan cotidianamente en la familia. En la pareja se establece una complementariedad funcional respecto a los intercambios sexuales, al ejercicio de la autoridad respecto de los hijos, al intercambio económico y la organización de la vida familiar en general. Entre los padres e hijos se establece una alianza respecto del cuidado y la protección, la dependencia económica y la toma de decisiones. Entre los hermanos se establecen ligazones de complementariedad funcional. Estos intercambios no son rígidos, sino que se producen en forma dinámica, es decir, que se complementan e interactúan entre sí, modificándose a través del tiempo. Estas modificaciones son necesarias, en la medida en que posibilitan al sujeto el logro de una mayor independencia y autonomía respecto de la familia; y específicamente, respecto de la función de crianza.

c) *Funciones de enculturación.* En la familia se produce un intercambio entre sus miembros y el contexto social inmediato, produciéndose una interdependencia e influencia recíproca entre la familia y la sociedad. La familia se constituye así en un sistema abierto y permeable a las transformaciones socio-culturales. Estas exigen cierta flexibilidad y el aprendizaje de pautas, valores, actitudes por parte de los integrantes del grupo familiar. La familia como sistema social primario es responsable de la transmisión de la cultura. Dicha transmisión se efectúa principalmente a través de la enseñanza del lenguaje, medio a través del cual el sujeto puede canalizar su experiencia perceptiva con el mundo externo y puede pensarse internamente; dotando de significación y sentido a los acontecimientos de su vida.

La transmisión de una parte de la cultura (ligada al contexto local, a las relaciones de parentesco y al aprendizaje de normas y costumbres sociales) tiene lugar en el seno de la familia. Se efectúa

de generación en generación. A veces se complementa, otras se superpone o contradice los procesos y contenidos culturales que transmiten otras organizaciones sociales. Un ejemplo de esto, lo constituyen las diferencias en los valores culturales provistos por la institución escolar que, a veces, contradicen aquellos impartidos por la familia y valorados por el sujeto como propios de su grupo familiar. La tarea de la familia como sistema social primario es posibilitarle al sujeto el aprendizaje de los roles sociales básicos y el valor de las instituciones sociales.

La importancia de la acción de los padres en la adolescencia

Aberastury (1959) sostiene que “*sería simplificar el problema de la adolescencia, el atribuir todas las características del adolescente a su cambio psicobiológico, como si en realidad todo esto no estuviese ocurriendo en un medio social*”. Si bien, es posible caracterizar el proceso de la adolescencia en sus aspectos comunes a todos los seres humanos; es necesario tener en cuenta que sus manifestaciones se exteriorizan de diferentes maneras según los patrones culturales propios de los contextos en que acontece. La adquisición de la identidad del adolescente se encuentra condicionada en gran medida por las características del medio familiar y sociocultural.

Los cambios físicos y psicológicos que se producen en este ciclo no sólo afectan al adolescente sino también a sus padres, los que perciben el crecimiento de sus hijos con ansiedad, temor y angustia frente a las actitudes de crítica, y a las manifestaciones de independencia por parte del mismo.

Stone y Church (1959) sostienen que entre los adolescentes y sus padres se produce “*una situación de ambivalencia dual, ya que la misma situación ambivalente que presentan los hijos separándose de los padres, la presentan éstos al ver que aquéllos se alejan*”. La crisis por la que atraviesa el adolescente actualiza los conflictos de que han sido partícipes los padres cuando atravesaron esta fase. La transformación de este niño en adolescente púber es vivenciada por los padres como un período en el cual sienten mucha ambivalencia; a veces lo tratan como niño, mientras que otras le

imponen exigencias del mundo adulto. El estado de confusión por el cual atraviesa el adolescente despierta cierto rechazo en sus padres. Experimentan esta inestabilidad emocional como caprichos y sienten que este hijo no es el niño que ellos conocen y no saben cómo deben tratarlo.

Una de las reacciones que angustia mucho a los padres es el hecho de que el adolescente no se deje acariciar, abrazar y consentir como niño. Además manifiesta un cambio en su comunicación con ellos, en tanto que ahora no les cuenta nada. Esto los irrita y angustia, pues les hace sentir que su hijo tiene algún conflicto que no puede comunicar por falta de confianza en ellos. Los padres sienten que no pueden contener a su hijo y que para acercarse a él deben cambiar su estilo de comunicación, pero no saben por qué deben hacerlo, ni cómo.

Otra reacción que desorienta a los padres es la desobediencia de su hijo y el sentirse cuestionados y contrariados por él. Ello origina enfrentamientos y llamadas de atención que se materializan en la imposición de castigos. Los padres sienten el impacto de estas reacciones de desobediencia, de desafío y desautorización por parte de su hijo, quien no pierde ocasión para cuestionar la “sabiduría” de sus progenitores. Estos estaban acostumbrados a un hijo que los había hecho sentir casi perfectos con su admiración, respeto y dependencia. Ahora se ven enfrentados a abandonar sus fantasías de omnipotencia y a aceptar la necesidad de autonomía de su hijo, lo cual muchas veces es sentido como que los ha dejado de querer. Suelen presentarse fantasías en los padres, respecto a que los cambios que observan en su hijo son inducidos por el colegio que les enseña cosas que no deben, por algún amigo/a o por algún grupo de los que participa. Esta fantasía es lo que hace que le prohíban comunicarse con fulano o fulana de tal.

El adolescente en su intento de separación-individuación de sus padres infantiles les hace saber a sus padres reales que ellos no son perfectos como él creía. Esto se manifiesta no sólo contrariando su autoridad, sino también en demostrar que ellos no son físicamente poderosos. Comienza a referirse a ellos de una manera

peyorativa y desestimante de sus atributos corporales. Esto enfrenta a los padres a su propia crisis en relación a los cambios que ha experimentado su cuerpo en la vida adulta. *“La adolescencia del primer hijo desencadena con frecuencia la crisis de la adultez en los padres y la captación de su condición de no jóvenes”* (Carvajal Corzo, G. 1993).

Los padres sienten esta conducta como agresiva. Se sienten blanco de la agresión de su hijo adolescente. Muchas veces, en un intento de controlar esta agresión satisfacen la demanda de enfrentamiento que el adolescente reclama. Los padres comienzan a manejar esta agresión y desobediencia a través de prohibiciones, de excesivas exigencias personales, de una manera autoritaria carente de lógicas razones. Chantajean a su hijo a través de un sistema de premios y castigos.

Para el adolescente los padres se constituyen en el rival que hay que derrotar y vencer para obtener la autonomía. El adolescente intenta destruir a sus padres en su concepción infantil de dependencia, de omnipotencia y de relación simbiótica. Esta destrucción de los padres infantiles la realiza en la fantasía. En su mente debe recrear nuevos progenitores, los cuales serán objeto de respeto y de admiración, y ya no de omnipotencia y sumisión como en el caso de los padres infantiles. De esta manera el adolescente construye una visión más realista del adulto.

La forma de afrontar los cambios de su hijo adolescente dependerá, en mayor o menor medida, de la madurez y de cómo ellos hayan resuelto este período de su vida. La adolescencia del hijo moviliza los conflictos de la adolescencia de los padres. Como adultos, los padres deben favorecer este proceso de separación que su hijo está necesitando para autoafirmarse, para lo cual deben abandonar la ilusión de “hacer” a su hijo a su imagen y semejanza. En este momento de la vida es necesaria la presencia activa de los padres, quienes deben actuar de una manera inteligente en la puesta de límites de su hijo. *“Es importante tratar de dar pautas teóricas a través de respetuosas opiniones pedidas y no a través de aseveraciones y órdenes autoritarias, asumiendo el rol de único poseedor de la verdad y la experiencia”* (Carvajal Corzo, 1993).

LA CRISIS DE LOS PADRES DE ADOLESCENTES

Diversos estudios antropológicos coinciden en que los ritos de iniciación a la adolescencia en las distintas culturas tienen en común “la rivalidad que los padres del mismo sexo sienten al tener que aceptar como a sus iguales -y admitir la posibilidad de ser reemplazados por los mismos- a sus hijos” (Muestenberger, 1961). Esta rivalidad es sentida, en mayor o menor medida, según hayan sido los procesos identificatorios de los padres respecto de sus progenitores y se evidencia en dos conductas manifiestas:

- *En la no aceptación del proceso de maduración y crecimiento del cual es partícipe su hijo, tratando de fijarlo en la posición de niño. Estos padres prescriben normas que son más pertinentes para un niño y no saben respetar las decisiones del adolescente. La reacción es la rebeldía.*
- *El abandono de la posición de adultos y la asunción de una posición de igualdad respecto al adolescente. Surge aquí el fenómeno de adolentización de los padres, que entablan un vínculo de paridad con el adolescente. Desde la posición de par no pueden contenerlo en cuanto a la puesta efectiva de límites. Esto puede ser vivenciado por el adolescente como la negación y el abandono que hacen estos padres infantiles respecto de sus funciones de ciudadano y de protección ilimitados.*

La adolescencia constituye un período de transformaciones en donde el adolescente necesita de un ambiente que lo contenga y lo oriente más que nunca, pues él se ve enfrentado a la tarea más importante de esta etapa: el ser buscador de una identidad. Es de suma importancia la presencia activa de los padres, quienes deben intentar hacer frente a las agresiones que el hijo adolescente les propicia, estableciendo pautas de convivencia flexibles, que puedan ser cuestionadas. También deben estar dispuestos a

modificar su actuación teniendo en cuenta las necesidades de su hijo. El no poder asumir los cambios del adolescente y el posicionarse en una actitud de autoritarismo, de atropello y de exigencias absurdas acrecientan el sentimiento de incompreensión del joven, constituyéndose en la fuente de ciertos trastornos en el desarrollo normal. Estos pueden desencadenar la aparición de pesadillas, sentimientos de inferioridad, reacciones de agresión e indisciplina que se trasladan al ámbito escolar o al escenario barrial; o bien, trasladar este conflicto a su cuerpo a través de enfermedades psicósomáticas.

En casos extremos, los padres pueden llevar al adolescente a sentirse abandonado, no tenido en cuenta, sintiéndose incapaz de cumplir con las exigencias del medio y a tener fantasías de suicidio, las cuales en muchos casos pueden llevarse a la práctica. Un ejemplo de esto, lo constituyen los suicidios que realizan ciertos adolescentes al no aprobar una materia del ciclo escolar, lo cual indica la exigencia exagerada que se le asigna en el cumplimiento de sus tareas y la no posibilidad de tolerar frustraciones; encontrando como única manera de enfrentar esta situación la muerte. *“Los padres deben prepararse para la aceptación de la metamorfosis de su hijo, recibiendo, conteniendo y elaborando el nuevo producto. Ante todo deben ser conscientes y pensantes frente a la agresión que genera esta nueva manera de ser de su hijo. La tentación es violentar o abandonar. Ambas conductas son equivocadas. De ellas sólo nos salvan el amor y la madurez”.* (Carvajal Corzo, G., 1993).

Consideraciones finales sobre la familia como organización social

Todo fenómeno cultural es una construcción simbólica que remite a coordenadas espacio/temporales en donde se producen atravesamientos en los modos de mirar el mundo. Estos generan la elaboración de modelos de organización social que operan como ejemplares considerados valiosos, deseables y apropiados y

que contienen en sí un conjunto de representaciones sociales con sus ideologías normativas. La familia es el modelo de organización social que centraliza, en un espacio reducido, a un conjunto de integrantes que se encuentran vinculados por lazos socioafectivos y por roles funcionales estructurados que concentran y descentran relaciones de poder.

En ciertos momentos de la cultura se han generado modelos de organización familiar que se han establecido como tradicionales. En sus modos prácticos de conformación respondían al ideal del “deber ser” estipulado como hegemónico e imperante para un momento histórico. Estos modelos tradicionales de familias son los representantes representativos de un orden armado para que su continuidad se refuerce mediante el copiado del mismo.

Sin embargo, la gramática de la cultura sostiene la construcción de un modelo ejemplar a partir de la emergencia de aquello que se manifiesta como su antítesis. Es decir que, el dispositivo cultural más que mostrar las bondades del modelo ejemplar, pone de relieve las carencias de aquello que se presenta como antagonista. De este modo, las familias que se manifiestan por fuera de la prescripción del “deber ser” son ubicadas como casos que están en la periferia de las regularidades de la regla y, son usadas por la cultura para afirmar la reglamentación de la homogeneidad regulada para aquello que se encuentra dentro de lo prescripto como deseable.

Los modelos familiares ejemplares se homogeneizan bajo la etiqueta de tradicional y se institucionalizan como maquetas simbólicas diseñadas para imitar. Mientras que los modelos familiares antagonicos se invisibilizan y deslegitiman visibilizando las fallas y las faltas que muestran en las particularidades de sus modos de organización. Este es el mecanismo que el dispositivo cultural imprime sobre sus modelos de organización social, en este caso, sobre las familias. El modelo tradicional de familia opera como una entelequia a través de la cual, los sujetos son performados en sus modos de mirar la familia como un sistema homogéneo, normativizado con reglas estándares e integrado a partir de semejanzas.

Este modelo dominante es legitimado por las diferentes agencias de transmisión de la cultura, quienes a través de sus dispositivos, artefactos y herramientas difunden en sus prácticas sociales las creencias, valores, sentidos y significados que fijan a las conciencias colectivas el ideal ideológico hegemónico que sustenta el modelo tradicional de familia. En tanto, en los otros modos de organización familiar quedan aglutinadas las diferencias, que son homologadas a “no lugares” que operan como el continente de los antagonismos constituidos por aquellas cualidades no deseadas atribuidas al anti-modelo.

A partir de un enfoque multi-referencial sustentado en el paradigma de la complejidad se resalta la diversidad heterogénea de los fenómenos sociales, lo que nos permite hablar de familias. Existen tantas familias como configuraciones vinculares pueden existir, de acuerdo a los contactos relacionales realizados por sujetos particulares, con identidades singulares y subjetividades que guardan ciertas semejanzas.

Si bien podemos clasificar a la familia desde la sociología, la psicología, la antropología o las instituciones religiosas, haciendo hincapié en aspectos que centran su descripción en características, atributos y elementos que son regulares en esta forma de agrupación humana, las instituciones son herederas de estas visiones y solidarias con éstas. No obstante, en el mundo contemporáneo la escena de lo familiar aparece con rasgos diferenciados, heterogéneos, diversos y multivariados. Ello pone en conflicto el “deber ser” del modelo tradicional de familia instituido desde una concepción modernizante y homogeneizadora de los sujetos y contextos.

En esa dialéctica aparece la contradicción de la emergencia concreta de modalidades y estilos de familias. En todas las épocas han existido diferentes modos de organización familiar, con particularidades propias en sus estructuras, en la conformación de roles funcionales y en las atribuciones instrumentales y socio-afectivas delegadas en sus prescripciones. No es posible pensar en las familias en términos de esencialismos, sino como construcciones dinámicas, móviles y situadas desde la perspectiva experiencial de

los sujetos. Estos reinterpretan las prescripciones del deber ser de las matrices familiares y las articulan a sus modalidades de ser, estar y hacer, conforme a los aprendizajes recibidos por sus propias familias de pertenencia; a los arreglos que se establecen con sujetos provenientes de diferentes culturas familiares y a los itinerarios no anticipados de las situaciones que emergen en los trabajos del diario vivir.

El campo social delega a la organización familiar el mandato fundacional consistente en acunar y acuñar simbólicamente en su interior al individuo humano, el que es humanizado a través de procesos de socialización que lo sujetan a las estructuras simbólicas de la cultura; estructurándolo psicosocialmente como un sujeto humanizable. Las funciones básicas atribuidas por la cultura a los distintos modelos de organización familiar se asientan en los pilares de la provisión de protección, seguridad y cuidado de ese ser humano indefenso que requiere del auxilio de otros para poder sobrevivir y desplegar su potencial humanizable. Estas cualidades funcionales son ejercidas por las figuras parentales encargadas de generar el vínculo de filiación mediante la ejecución de las tareas de crianza. En el ejercicio de las tareas de crianza los progenitores entrelazan a las acciones instrumentales (que se manifiestan mediante diferentes modalidades procedimentales) la atribución de sentidos socio-afectivos, que recubren estas tareas de un tono vincular que va precedido de emociones, sentimientos y de la depositación de la subjetividad emanada de los procesos particulares de humanización. Sólo un ser constituido con el germen de lo humano puede fertilizar el potencial humanizable de otro ser humano.

A través de la delegación a las distintas modalidades de organización familiar de estas funciones, el campo social garantiza que los individuos humanizados y humanizables reciban las cualidades psicosociales concernientes a la confianza básica, el despliegue del impulso de autoconservación y el aprendizaje de acciones tendientes a preservar el cuidado de la vida. Estas cualidades operan como las herramientas simbólicas que son la condición necesaria

para el andamiaje de los posteriores aprendizajes psicosociales necesarios para emprender los procesos de adaptación que propone e (im)pone la vida social comunitaria.

Los modos prácticos de implementar el cómo de los cuidados instrumentales han sido transmitidos por diferentes agencias de transmisión de la cultura, quienes han realizado ciertas prescripciones normativas sustentadas en saberes provenientes de diversos contextos efectores: los rituales familiares transmitidos de modo intergeneracional; los saberes populares provenientes del sentido común del medio social más próximo; las recomendaciones emanadas de los avances biomédicos en el campo del conocimiento sanitario.

Las acciones concretas de protección, seguridad y cuidado emprendidas por sujetos concretos encubren el conjunto de creencias, valores, saberes, prescripciones acerca de lo considerado correcto e incorrecto. A su vez, esas acciones develan los ideales del contexto social, cultural e histórico respecto a los sentidos del cuidado. La matriz social opera como un conjunto de lazos que sujetan los contenidos de una subjetividad colectiva, que son tamizados en el interior de cada uno de los sujetos que interactúan en sistemas de configuraciones vinculares. Estas configuraciones vinculares se enmarcan en zonas culturales de proximidad/lejanía, que tensionan las referencias y las pertenencias a un orden cultural dinámico, diverso, heterogéneo, y fragmentario.

El sello afectivo que se otorgue a las marcas/huellas que quedan impresas en los itinerarios vivenciados en los procesos de constitución subjetiva, depende de cómo invisten de atributos socioafectivos las acciones instrumentales de cuidado, los sujetos concretos que ocupan lugares funcionales de referencia en la organización familiar. Este sello afectivo puede decodificarse con emociones que se encuentran matizadas por una amplia gama de sentimientos en relación a la seguridad, la protección y el cuidado; los cuales inciden sobre el despliegue de los propios procesos que deberá emprender cada sujeto respecto de las acciones de autocuidado, autovaloración, reaseguramiento, autopercepción de su valía y autoestima.

Cada familia conforma una trama particular que está enraizada en los lazos vinculares de las familias de los progenitores. Así se enlazan historias bio-gráficas de inscripciones diversas. Cada nueva generación se encuentra condicionada por la generación que le ha precedido, unidas en una novela familiar que las conecta a una historia común que opera como un legado cultural íntimo, en el que se forja la identidad personal de cada miembro de la familia; enlazada a la subjetividad colectiva que circula en el entramado vincular particular del modelo de organización familiar.

Las acciones a través de las cuales cada generación se va criando a sí misma y va criando a su cría constituyen rutinas ritualizadas en las que circulan normas tácitas que encubren ciertas ideologías que se “inculcan” de una manera no reflexiva. El acto de inculcación supone infundir un concepto repetidamente como una acción que pretende generar un estado de ánimo, sentimiento o predisposición respecto de algo que se presenta como normativo; cuyo sustento es del orden moralizante. Con lo cual, esta normativa apela a lo emocional de la culpa y la vergüenza pues se incorpora afectivamente, de manera cuasi inconsciente y se encuentra al servicio del “deber ser”.

La adhesión identificatoria que cada cohorte ha aprehendido mediante la acción de inculcación no tiene una racionalidad reflexiva. Por ello cada generación debe interpelar-se en los sentidos y significados que le asigna a la transgresión; poniendo en tensión las implicancias del ejercicio de la libertad voluntaria y la responsabilidad de hacerse cargo de las propias normativas que conforman su autonomía. Es aquí en donde se producen ciertos matices en las rutinas instituidas por repetición. Sin embargo, al estar impregnadas de una carga emocional y subconsciente, aparecen repeticiones de acciones que han sido fuertemente sancionadas en los personajes significativos. Y mientras cada generación va sustituyendo a la otra en el recambio social, se tiende a idealizar ciertas rutinas que han configurado la geografía de nuestra prehistoria socio-familiar.

No obstante, los procesos de subjetivación entrelazan las acciones de inculcación con las de transmisión y a través de ellas

se transfieren y trasladan aquellos contenidos elaborados de un modo consciente y que son seleccionados como significativos por el valor que se le otorga a los mismos. A partir de la racionalidad emocional que supone la aprehensión de estos contenidos compartidos, es que se produce el diálogo intergeneracional. Y más allá de las rutinas, cada cohorte generacional se hace responsable de reciclar el legado, con el fin de transmitirlo a la generación venidera.

Si bien cada generación se “impregna” de los modelos de crianza de las generaciones precedentes, cada una le aporta una impronta particular que hace que la dinámica de los cambios culturales continúe su ciclo de innovación. La cadena intergeneracional supone que los integrantes de la primera generación se contacte con la tercera a través de su producto: la segunda generación. Esta hace de nexo conector que permite la movilidad de los componentes de la cadena generacional y realiza los procesos de movilización para que sus productos: la tercera generación sean los depositarios de los aciertos, ideales y expectativas de lo que han esperado/deseado que hubiese realizado con ellos la generación original.

Sin embargo, el movimiento intergeneracional puede leerse en direcciones múltiples, variadas y heterogéneas en donde los atravesamientos culturales, los movimientos espaciotemporales y las aprendizajes, ignorancias y desaciertos se co-implican deviniendo en un entramado vincular inédito. El entramado vincular no sólo puede mirarse como un genograma lineal, sino que es más bien espiralado, en tanto existen recreaciones sustentadas en re-significaciones de las síntesis que se han podido extraer a las experiencias vivenciadas en el interior de los vínculos. No obstante, esta recreación siempre inacabada y en constante movilidad -aun cuando no sea reflexionada intencionalmente- tiene su propio condicionante: hay algo que es anterior a lo simbolizado en términos de representación, lo que hace que los contenidos de consciencia se encuentren amalgamados a procesos de desconocimiento inconscientes. La memoria racional se construye en

los vacíos de la memoria emocional, que evoca sin representación y que conecta con lo afectivo más primario. Y es esta falla en la geografía del proceso de humanización que hace que haya movimientos de acomodación/desacomodación/desplazamientos/choques/ desarticulaciones en los contenidos aprehendidos conscientemente. Estos procesos dejan un saldo, como deuda para la generación venidera.

El ideal del “deber ser” se elabora a partir del deseo sostenido en/por el reconocimiento de algo que falta. Y esto que falta en tanto posibilidad de ser completado, genera una “exigencia” que es demanda y reclamo; pedido e imposición. Es aquí en donde opera la violencia simbólica de la cultura: condición necesaria para que de-venga un sujeto con fisuras, lanzado a completarse inacabadamente en un trabajo de rescatarse de lo perdido a través del curso vital y de apropiarse de los restos que sobreviven a los tiempos.

Capítulo XI

LOS ADOLESCENTES EN LA SOCIEDAD Y LA CULTURA

Al inicio del texto planteamos que la adolescencia no es sólo un ciclo del desarrollo evolutivo que afecta a los sujetos individuales, sino también un fenómeno socio-cultural que incide sobre el orden social. Desde un punto de vista socio-estructural, la categoría adolescencia permite identificar grupos sociales conformados por la posesión de determinada edad cronológica; grupos que desempeñan ciertos roles sociales, poseen un estatus social definido por el contexto y sostienen un conjunto de valores y formas de vida diferentes a los de la sociedad adulta. En otras palabras, hablar de adolescencia en el orden social requiere atender a dos aspectos: el de su organización como un grupo particular dentro de la estructura social, definido por atributos generacionales y de edad cronológica; y el de los significados simbólicos relacionados con este grupo, es decir las pautas culturales que permiten interpretar y dar sentido a este ciclo dentro del Curso Vital.

Algunos autores interpretan que el rasgo predominante de la sociedad y la cultura adolescente es su oposición a las expresiones organizacionales y de forma de vida propias de la sociedad

adulta. Sin embargo, tanto los tipos de organización adolescente, como la/s forma/s de vida que adoptan, no sería sino el resultado de las proyecciones que la sociedad en su conjunto realiza sobre el universo adolescente. En otras palabras, la red organizada de relaciones y asociaciones entre adolescentes, usualmente denominada sociedad adolescente, no sería sino un subgrupo social dentro del conjunto de grupos sociales y, por lo tanto, su posición, su estatus, sus roles prescritos, se establecen en la dinámica societal, fuertemente influida por la generación adulta. Del mismo modo, el conjunto de significados y sentidos culturales que poseen las normas, valores, rituales, actitudes y prácticas reconocidas y compartidas por los miembros de la sociedad adolescente, son extraídos del sistema simbólico-cultural de su contexto. En definitiva, la sociedad adolescente y la cultura adolescente, no serían más que un subgrupo y una subcultura dentro del sistema social en su conjunto.

Muchas veces, los discursos sociales contienen estigmas respecto a los adolescentes y jóvenes. Es muy común escuchar expresiones que los denominan como vagos, perezosos, pavos, desinteresados o materialistas, mientras que otros los idealizan y los ven como solidarios, puros, honestos, todavía no tocados por la corrupción y la hipocresía. Ambos tipos de discurso no son más que una proyección que la sociedad adulta realiza sobre esta etapa de la vida; proyecciones en base a la cual se sostiene un conjunto de expectativas y actitudes que influyen fuertemente en la personalidad individual y en el trato social que reciben los adolescentes.

Antes de seguir es necesario aclarar que el concepto de **sociedad adolescente** no significa que exista un sistema social adolescente comprensivo y monolítico que incluya las variadas formas de interactuar de los miembros de este grupo generacional. Pueden distinguirse varios tipos de sociedades adolescentes, algunas formales y otras informales, estructuradas en base a diferentes criterios: étnicos, de clase social, de pertenencia a una institución, etc. Lo mismo ocurre con el concepto de **cultura adolescente**, ya que no se puede pensar que el sistema de creencias, valores y

prácticas es homogéneo, uniforme y compartido unánimemente por todos los miembros de esa generación.

Diferentes estudios muestran dos fenómenos importantes:

- 1) Por un lado la sociedad y la cultura adolescente van modificando sus patrones en las distintas fases de la adolescencia. Como hemos visto, el tipo de estructuración de las interacciones grupales varía sustancialmente entre la fase puberal y la fase juvenil.
- 2) Se han encontrado varios patrones organizativos y culturales entre los adolescentes. Sería más apropiado, entonces, referirnos a sociedades y culturas adolescentes. En este punto varios autores enrolados en perspectivas culturales críticas, coinciden en afirmar que las teorías de la adolescencia hablan y describen a los adolescentes de clase media de países occidentales. Ese sesgo dificulta su uso para la comprensión de la adolescencia en el medio rural, de jóvenes socializados en contextos de extrema pobreza o en situaciones de vulnerabilidad (chicos de la calle, adolescentes que ejercen la prostitución, adolescentes reducidos a trabajos en condiciones de explotación, etc.)

En definitiva, en tanto fenómeno socio-cultural, la adolescencia ocupa un lugar importante en la estructura social. Constituye una categoría social sobre la que pesan variedad de regulaciones sociales y sobre la que existen también múltiples significados. Las limitaciones y posibilidades que cada contexto social ofrece a los jóvenes son producto de la forma en que ese orden social piensa y actúa sus creencias acerca de ellos.

Por lo tanto, para entender el proceso de la adolescencia, no puede obviarse la consideración social que de ellos se tiene, así como de los modelos, valores y fuentes de identificación que la sociedad en su conjunto les ofrece para el aprendizaje de roles y de actitudes que utilizarán luego en la sociedad adulta. Del lugar de la adolescencia y de los adolescentes en la sociedad y la cultura -en sus diferentes estratos sociales y órdenes culturales-devienen imágenes valorizadoras o desvalorizantes; prácticas que aumenten la estima de sí mismo o que la erosionen; formas de

organización que provean contención o dejen a los adolescentes librados a su suerte y sus posibilidades. En fin, como afirmamos en los primeros capítulos, el contexto social puede ser una fuente poderosa de recursos psicológicos, emocionales y cognitivos de vital trascendencia en el proceso evolutivo humano. Una de las transformaciones socio-culturales más interesantes de las últimas décadas ha sido la de la subsunción de la adolescencia, por parte de la categoría juventud. Esta permutación de las formas de nominar esta etapa del desarrollo humano, expresa las tensiones e incomodidades que en el contexto contemporáneo provoca la noción misma de adolescencia. En lo que sigue, abordaremos la cuestión de la juventud como marco psicosocial desde el que se estructura la percepción social de la adolescencia.

La juventud como fenómeno socio-cultural

La palabra juventud se ha convertido en un término central de las sociedades contemporáneas, vinculadas a la cultura del consumo y a la mediatización de la experiencia cotidiana. El término **juventud** es un sustantivo que se utiliza para designar a un amplio sector social definido en términos cronológicos, sociales y culturales. Pero también se ha convertido en un adjetivo que permite caracterizar una cualidad considerada deseable en las sociedades consumistas. Así, lo **juvenil** remite al mandato consumista de la apariencia, la competitividad, el bienestar y el otorgamiento de un valor social a este ciclo del desarrollo como la mejor edad de la vida. Este proceso ha dado lugar también a su utilización como verbo, **juvenilizar**, es decir a la acción social y personal mediante la cual las personas y los grupos de adultos pretenden conquistar y/o conservar los atributos con los que se inviste a los jóvenes, mientras que los niños y adolescentes pretenden adquirirlo anticipadamente a través de la imitación de sus rituales, códigos y lenguajes.

Como hemos señalado previamente, el término juventud posee una connotación sociológica y su estudio ha sido abordado por los Estudios Sociales y Culturales. En términos sociológicos la juventud es un proceso social esencial en la reproducción (biológica, material y simbólica) de una sociedad determinada históricamente, aunque no siempre pueda reconocerse como un estadio diferenciado ya que se solapa con la adolescencia o se subsume en la adultez. En cambio, la condición juvenil hace referencia a los modos reconocidos de transitar, definir y experimentar aquello que cada sociedad reconoce como ser joven. Mariana Chaves (2006) cita los aportes de Antonio Pérez Islas quien propone nueve criterios básicos para definir lo juvenil como campo de abordaje de prácticas sociales.

Es un **concepto relacional**. Es decir que sólo adquiere sentido dentro de un contexto social más amplio y en su relación con lo no juvenil (la interacción con otras edades sociales u otras categorías, como las de género, étnicas, de clase social, etcétera).

Es **históricamente construido**. No es lo mismo ser joven ahora que hace veinte años. El contexto social, económico y político configura características concretas sobre el vivir y percibir lo joven.

Es **situacional**. Es propia de contextos bien definidos, por lo que se deben evitar las generalizaciones, que hacen perder lo concreto y específico de cada caso.

Es **representado**. Sobre lo juvenil se dan procesos de disputa y negociación entre las hetero-representaciones (elaboradas por agentes o instituciones sociales externos a los jóvenes) y las auto-percepciones de los mismos jóvenes.

Es **cambiante**. Se construye y reconstruye permanentemente en la interacción social, por lo tanto, no está delimitado linealmente por los procesos económicos o de otro tipo, y aunque éstos inciden, el aspecto central tiene que ver con los procesos de significación.

Se produce en lo cotidiano. Sus ámbitos de referencia son los entornos íntimos, cercanos, familiares en los que se construye la experiencia personal y social, tales como el barrio, la escuela, el trabajo, el deporte.

También **se produce en lo simbólico**. Las comunidades de referencia fabrican nuevos sentidos y significados a través de la música, las estéticas, las comunidades virtuales, etc.

Se construye en relaciones de poder. Definidas por condiciones de dominación/subalternidad o de centralidad/periferia, donde la relación de desigualdad no implica siempre el conflicto, pues también se dan procesos complejos de complementariedad, rechazo, superposición o negación.

Es **una identidad transitoria**. Los tiempos biológicos y sociales del joven o la joven en lo individual, los integran o expulsan de la condición juvenil, a diferencia de las identidades estructuradas / estructurantes que son perdurables (como las de clase, étnicas, nacionales o de género).

La juventud como condición social

Afirmar que la juventud es una condición social implica aceptar que quienes entran en la categoría de jóvenes poseen un conjunto de beneficios que se le reconocen, a la vez que desempeñan funciones sociales específicas en el marco de la sociedad en la que viven. Por ello, la juventud no puede ser enunciada desde un deber ser o de un modelo normativo que prescribe un modo de ser y de estar en la sociedad como joven, sino que requiere que consideremos cómo es vivida y explicada por quienes se consideran jóvenes y cómo es interpelada desde otros grupos de edad, desde las industrias mediáticas y desde los productos que se le ofrecen (industrias de la moda, la música, lo audiovisual, los entretenimientos, el ocio, entre otras), en el marco de la diversidad y la desigualdad.

Desde una perspectiva plural y diversa, se hace cada vez más necesaria una lectura del mundo juvenil desde la experiencia de jóvenes concretos, situados, condicionados por su situación contextual. Tenti Fanfani (2010:16) señala que “cuando se trata de la adolescencia y la juventud, sólo sabemos que existen, pero no estamos en condiciones de decir cuándo empiezan y donde terminan estas etapas de la vida. No todos los que tienen la misma edad participan de la misma clase de edad, ya que no todos los coetáneos comparten las mismas características y experiencias vitales....”.

En lo que sigue se plantean dos ejes de análisis vinculados a la cultura adolescente-juvenil. Por un lado se analizarán algunos condicionantes socio-culturales que inciden en la/s forma/s de vida adolescente/s, aproximándonos descriptivamente a algunas de las más relevantes. Por otro lado intentaremos mostrar la percepción que los adolescentes tienen sobre un conjunto de cuestiones sociales y de su relación con lo social.

La globalización como escenario de cambios socio-culturales

La globalización es un fenómeno de naturaleza económica que trae aparejadas consecuencias en lo político y en lo cultural. Desde lo económico se caracteriza por: el desborde de los capitales financieros, más allá de fronteras administrativas y/o políticas; el impacto de las nuevas tecnologías de la información sobre las transacciones económicas; y la incidencia de las nuevas tecnologías en los procesos productivos y de regulación del orden social. Este proceso de trasnacionalización de las economías tiende a la constitución de un nuevo tipo de ciudadano: cosmopolita y consumidor. Más allá de su pretensión homogeneizante y universalizadora, lo cierto es que la globalización está produciendo un creciente proceso de exclusión de quienes no pueden adquirir la categoría de consumidor. Los procesos de diferenciación y exclusión han ampliado la brecha entre países ricos y países pobres, dentro de los cuales también se han acentuado las diferencias entre ricos y pobres.

De hecho, pareciera que la globalización produce un impacto positivo en los globopolitas, es decir en aquellos que poseen los recursos económicos para acceder a las nuevas tecnologías, acceder a patrones y prácticas de socialización deslocalizadas y poder sostener un nivel de consumo. Ello supone la disponibilidad de recursos culturales, tales como cierta experticia en los entornos digitales, el dominio de diferentes lenguajes, saber seleccionar y utilizar información y poder emplear distintos sistemas de simbolización. Aquellos que no cuentan con esos recursos, ni siquiera con otros más básicos, se convierten progresivamente en marginados habitantes de la brecha digital y social.

En la esfera económica la globalización se basa en la interdependencia de las economías nacionales con los flujos de capitales que circulan en el espacio virtual de los famosos mercados de capitales. Esa interrelación debilita a los estados nacionales, que se ven condicionados en sus políticas por las imposiciones de los

organismos financieros y los dueños del capital transnacional. La globalización adquiere su rostro social más visible en las políticas de ajuste y desregulación económica, sumadas al efecto de la modernización tecnológica que deteriora el mercado de trabajo, generando dificultades en el acceso al empleo. Además los servicios públicos como la salud y la educación se ven desbordados frente a los efectos del proceso de exclusión social. Para algunos autores éstas son situaciones que conspiran contra la ciudadanía y afectan a las poblaciones adolescentes y jóvenes.

En lo cultural, los efectos de la globalización son variados y se relacionan por un lado con la pretensión homogeneizante de instalar una forma de vida común, y un conjunto de valores compartidos universalmente. La industria de la moda y la industria cultural -especialmente a través de la música y de la televisión- se convierten en medios poderosos de vehiculización de esos modelos, que influyen decisivamente sobre el estilo de vida y los modos de ocupación del tiempo libre de los adolescentes y jóvenes.

La construcción de la identidad social: unas pinceladas de la realidad

Hemos dicho que la construcción de una identidad personal y social es uno de los desafíos de la adolescencia dentro del Curso Vital. Mediante la participación en distintas esferas de lo social el adolescente/joven explora nuevas posibilidades desde la perspectiva de un compromiso futuro personal y de su sociedad. La familia, la escuela, el barrio, el club, el grupo religioso, realizan procesos de interpelación múltiple que sitúan a los jóvenes diferencialmente y que actúan como mecanismos en la construcción de su identidad, en relación a las diversas instituciones sociales con las que tiene contacto.

Las y los jóvenes se enfrentan en el curso de su adolescencia a múltiples requerimientos y a una gran cantidad de combinaciones y papeles que deben asumir como propios. El problema de la

adolescencia es que se produce una acumulación de roles contradictorios y que los requerimientos no se sustituyen. Por ejemplo, una adolescente embarazada se ve atrapada entre el rol de hija y, por lo tanto, debe satisfacer los requerimientos de obediencia a sus padres, de ser buena hija y estudiante, y también en el rol de madre, responder a los requerimientos de la maternidad. En ese pasaje a través de diferentes situaciones y roles sociales, el adolescente elige las pautas que desean incorporar como propias, para su vida y para su desempeño social. En otras palabras, el adolescente introyecta una serie de pautas de acción y de modelos sociales, que constituyen la base de su identidad.

Ante la pregunta qué es el desarrollo humano, tanto la generación de adolescentes jóvenes como la de los adultos optan por imágenes similares aunque en grados diferentes. Los primeros enfatizan el crecimiento, el progreso y el tener proyectos, y en los valores éticos. En la generación de sus padres, también aparecen estos referentes pero en menor grado. La nota distintiva es que los jóvenes efectúan una valoración mayor de la educación y reflejan una visión más hedonista de la vida ya que asocian el desarrollo con sufrir menos, vivir mejor y tener bienestar. Los datos muestran por un lado la continuidad generacional que hay en el imaginario respecto al crecimiento, el progreso y la educación como factores de desarrollo humano. Por otro lado, aparecen en los jóvenes matices que expresan nuevas expectativas.

En cuanto a los valores que posibilitan el desarrollo comunitario, los jóvenes aspiran a conductas solidarias, basadas en la justicia, con mayor responsabilidad y patriotismo. En cierto sentido las aspiraciones juveniles, llevan un reclamo latente de ética, de respeto por la ley y la honestidad. Para sus padres, los valores que posibilitan el desarrollo son la honestidad, la ética, la justicia y la solidaridad. Los valores que expresan los padres parecen responder más a los ideales sociales, mientras que los que manifiestan los jóvenes aparecen como más comprometidos con la realidad que ven y observan. Otros estudios muestran que en materia de valores relativos a la justicia, los jóvenes están más de

acuerdo con una visión igualitaria de la sociedad, y que rescata las posibilidades de ascenso y movilidad social. Antes las frases “el que nace pobre y sin suerte, nada podrá hacer contra su destino” y “para tener éxito en la Argentina más vale ser un sinvergüenza que una persona preparada”, los adolescentes jóvenes expresaron su total desacuerdo, mientras que los otros grupos generacionales confirmaban el sentido de las frases (Zimmerman, et al, 2000).

Diferentes estudios que analizan la relación de los adolescentes y jóvenes con las instituciones sociales, coinciden en sus hallazgos. Pese a las descripciones fatalistas que hablan de la destitución, desfondamiento o desfundamentación de las instituciones modernas como espacios de construcción de subjetividades, los datos empíricos evidencian el papel estructurador que estas tienen en la experiencia juvenil. La familia es identificada como el ámbito de los afectos, la escuela como el ámbito de las responsabilidades, el trabajo como una posibilidad o como una carencia y el barrio como un espacio desdibujado. De la familia y de la escuela suele esperarse casi los mismos resultados formativos, en su mayor parte vinculados a la formación moral, lo que revela la fuerte percepción social de estas instituciones como organizaciones de control social. Entre los jóvenes las demandas de responsabilidad, patriotismo, dignidad, cuidado del patrimonio cultural e interés por saber ocupan un lugar importante en los requerimientos a la escuela. Al grupo de padres, parece interesarle más que la escuela enseñe responsabilidad, a tener buen trato, a ser solidarios y a valorar el trabajo. Si esto es así, puede verse cómo la escuela aparece sometida a demandas cruzadas de parte de los padres y de los jóvenes, a las que deben agregarse las del propio sistema escolar.

Por último, una breve referencia a un fenómeno que articula varios sentimientos de identidad, de patriotismo, de alegría, de solidaridad. El fútbol, es reconocido por más de la mitad de los encuestados de todas las edades como el motivo de alegría de sus vidas y de la sociedad. Entre los jóvenes la proporción aumenta en relación a los más grandes. Las causas de esa elección se relacionan

con la percepción juvenil de que el éxito deportivo es uno de los principales motivos de alegría y de unión. En torno a los atributos deportivos, al sentido de éxito y de competencia que acompañan a la práctica deportiva, se articulan los símbolos patrios, los íconos patrióticos, se borran las diferencias de las clases sociales y hasta las de género. En definitiva, el mundo deportivo y particularmente el fútbol son espacios de identificación de los jóvenes con el sentir de lo nacional, de lo propio. Otros ámbitos culturales como la música folclórica y el rock nacional también vehiculizan signos de identidad colectiva. En cambio, los ritmos tropicales, la bailanta y el cuarteto parecen expresar más bien señas socio-culturales de identidades locales y localizadas, que articulan el sentir de ciertos sectores, aunque los demás grupos sociales los usen como objeto de consumo para su diversión.

Ámbitos críticos de socialización adolescente

Empleo

Las grandes transformaciones económicas y productivas de las últimas décadas han desembocado en una pronunciada crisis del empleo. El trabajo, además de ser un factor económico importante para la acumulación personal de bienes y para la reproducción social, es sobre todo una de las principales fuentes de identidad social, en la medida en que posibilita la realización de los derechos ciudadanos, el acceso a la formación, la información y la apertura vínculos sociales. La crisis global del trabajo y del empleo, ha puesto en crisis el imaginario social ya que se han roto las articulaciones entre educación-trabajo, entre trabajo-proyecto de vida y entre trabajo-grupos de edades. Frases como “el que no estudia, trabaja”, “el que no estudia no es nadie en la vida” o “la juventud es el período de la formación y la adultez la del compromiso laboral”, en las condiciones actuales dejan de tener el

sentido que tenían hace sólo dos décadas.

Claudia Jacinto (1999) señala que la posición desfavorable de los jóvenes en el mercado de trabajo se caracteriza por las altas tasas de desempleo, la obtención de menores ingresos, menor permanencia y estabilidad en el mercado laboral y mayores condiciones de precarización laboral. Entre las mujeres y los adolescentes y jóvenes de sectores de menores recursos la problemática es aún mayor.

La baja calificación educativa y el deterioro de las credenciales educativas, generan un círculo vicioso. No sólo la escasa educación, sino la devaluación de los estudios de nivel medio -producto de la expansión del sistema educativo- hacen que aún aquellos que formalmente han alcanzado un nivel de calificación mayor, también tengan dificultades para ingresar al mercado de trabajo. En otras palabras, un largo recorrido por la escuela no garantiza la obtención de un empleo. La postergación en la edad media de ingreso al trabajo, retrasa las posibilidades del adolescente juvenil para conseguir su autonomía e independencia del apoyo familiar en las clases medias. En los sectores pobres, en cambio, el ingreso al mercado de trabajo formal se encuentra limitado de antemano tanto por el efecto del abandono de los estudios, como de las dificultades para obtener un empleo legal. Las posibilidades de estos adolescentes-jóvenes se restringen a lo que ofrece el mercado no formal y las actividades económicas informales (incluidas las delictivas). Independientemente de las condiciones en las cuales se produzca la inserción al mercado laboral, este hecho marca fuertemente los proyectos en otras esferas de la vida, principalmente aquellos relacionados con el establecimiento de una relación de pareja estable, la conformación de una familia y la creación de una nueva unidad doméstica, un nuevo hogar.

Tener trabajo es vivido como una situación de privilegio, aunque los estudios señalan que las relaciones laborales impulsan no ya la “cultura del trabajo” sino la “cultura del sacrificio”. Respecto a la evaluación sobre las características asignadas a los argentinos en relación al trabajo, se observa que los adolescentes-jóvenes

comparten con la generación de sus padres, ideas descalificadoras tales como irresponsables y haraganes. Entre los jóvenes aparece una mayor cantidad de aspectos negativos, particularmente la categoría conformista/cómodos y especuladores y con deficiencias en el cumplimiento de obligaciones laborales (faltadores, incumplidores, poco creativos). Como dijimos la desocupación es por lejos el principal temor de los adolescentes jóvenes, seguido de la seguridad, los ingresos insuficientes, el fin de la estabilidad económica y la ausencia de futuro. Como se observa, el universo juvenil aparece hondamente marcado por preocupaciones relacionadas con el mundo del trabajo.

Participación ciudadana

Durante el proceso de la adolescencia se da un hecho importante que marca un nuevo estatus social para el sujeto. Si bien en la última década se han producido importantes avances en lo que respecta al reconocimiento de derechos de los adolescentes y jóvenes, los avances normativos no siempre se corresponden con su garantía efectiva. En muchos aspectos, se ha anticipado la garantía de derechos políticos y civiles a la edad de 16 años, aunque la llegada a los 18 años, supone el reconocimiento de la madurez social del joven y la habilitación para actuar por sí mismo en su carácter de ciudadano. Si la pubertad indicaba el momento de madurez biológica, el reconocimiento pleno de los derechos civiles y políticos que se produce al cumplir 18 años es un indicador de la madurez social. Además de elegir a los representantes políticos, pueden tomar decisiones autónomas para asumir responsabilidades civiles, sin necesidad de la tutela de sus padres y, consecuentemente, ser pasibles de las sanciones legales que correspondan a las violaciones a esas normas.

La ciudadanía es, entonces, el conjunto de normas que guían la relación entre el individuo y la sociedad y constituye el marco que crea las condiciones para la participación social. La ciudadanía excede el marco de las posibilidades ideales y requiere

que la sociedad reconozca los derechos de todos a la ciudadanía plena, que cree espacios para su ejercicio; que apoye a las personas en su análisis y comunicación de propuestas y que establezca reglas que aseguren el ejercicio equitativo de la ciudadanía.

Sin embargo, en los escenarios de exclusión y fragmentación social, las posibilidades de llegar a ser ciudadanos sufre limitaciones y variantes, e incluso se torna en un proyecto de escasa viabilidad. Más allá del reconocimiento simbólico que se hace de la responsabilidad social del adolescente, en la práctica no sucede lo mismo. Durston (1996) identifica diferentes formas de ciudadanía juvenil y adolescente en los países latinoamericanos:

- 1) **La ciudadanía denegada:** que afecta a aquellos jóvenes que por ser parte de grupos marginados no tienen posibilidades prácticas de ejercer la ciudadanía, por falta de dominio del lenguaje, la discriminación étnica, etc. Para integrarse socialmente, los jóvenes de estos sectores tienden a negar su pertenencia a tales grupos e internalizan el modelo de desprecio por los valores de su grupo de origen.
- 2) **La ciudadanía de segunda clase:** caracterizada por la presencia social de una serie de barreras sutiles que dificultan su ejercicio, las que pueden llegar a combinarse. Una limitación propia de la juventud es ésta por cuanto, se le reconoce su capacidad de ejercer derechos, pero cuando intentan hacerlo son rápidamente descalificados. Si además de joven se es mujer y de baja educación, o con ciertas características étnicas, las posibilidades efectivas de ejercer los derechos son casi nulas. Para integrarse socialmente los jóvenes deben esperar que se produzcan cambios sociales que eviten la conformación de subclases. La sociedad debe proveer herramientas para que estos jóvenes de segunda clase adquieran destrezas ciudadanas que les permita adquirir mayor poder en sus instancias de participación.
- 3) **La ciudadanía despreciada:** que manifiesta una forma de inconformismo con los espacios ofrecidos por la sociedad y perciben que los declamados beneficios de la par-

ticipación no son más que falsas promesas. Expresa una forma de idealismo, en la que los jóvenes aspiran a ser la conciencia de la sociedad y “están a la espera de una causa justa, al margen del sistema criticado, para poder pasar del desprecio al autosacrificio”.

- 4) **La ciudadanía latente:** se da cuando los jóvenes no han encontrado una causa que los motive pero tienen una disposición favorable a la participación. También se da cuando los jóvenes se desenganchan de algunas experiencias de participación, pero mantienen ciertos intereses. Los jóvenes que participan de esta manera, se interesan por colaborar en causas concretas, coyunturales y limitadas, pero no asumen compromisos definitivos con ninguna organización.
- 5) **La ciudadanía construida:** sería la que se construye gradualmente mediante el aprendizaje de códigos y conocimientos y la realización de experiencias concretas de participación y compromiso ciudadano. Este tipo de ciudadanía supone que los jóvenes aprendan habilidades de interacción: poder discutir sin pelear, saber escuchar y respetar la opinión de otro, negociar diferencias y aceptar la decisión democrática; aprendizajes altamente dependientes del contexto familiar, educativo y de los mass-media.

Para arribar a la última forma de ciudadanía se requiere entenderla como un proceso continuo y pleno; y asumir que la participación de los adolescentes y los jóvenes implica incorporarlos en la responsabilidad de la dirección elegida por y para la sociedad. Para orientar la participación en esa dirección no es conveniente plantearla desde fuera, como una propuesta externa de en qué, cómo y bajo qué circunstancias los jóvenes pueden participar, sino como una experiencia proyectada desde los mismos jóvenes.

Como sostiene Rossana Reguillo (1997), para las culturas juveniles actuales el barrio ha dejado de ser el epicentro del mundo, fenómeno que también se observa en el escenario argentino.

Las y los jóvenes quieren cambios aquí y ahora. “Sus proyectos de futuro tienen que ver más con sistemas claramente estructurados, con imaginarios de una sociedad anhelada que representan una determinante definición ética: la ética de las relaciones con la naturaleza, la ética de la relación entre los géneros, la ética de la relación con el cuerpo y la ética de las relaciones entre los individuos....Se piensa en el planeta, en la sociedad global, pero se actúa en el espacio inmediato frente a interlocutores inmediatos... Digamos que los adolescentes jóvenes buscan la efectividad inmediata de su acción.”

La Televisión

A la supuesta relación entre los adolescentes y la televisión se le atribuye la causalidad de muchas conductas sancionadas (muchas veces retóricamente) socialmente. La televisión es acusada de promover conductas violentas, de proponer modelos contrarios a la ética dominante, de amplificar imágenes culturales globalizantes que socavan las bases de la propia identidad cultural, etc. Las investigaciones científicas contradicen -en parte- esta visión estigmatizante de la televisión en la vida de los adolescentes. Variedad de estudios muestran que los jóvenes realizan un “zaping ético”, es decir eligen lo que les interesa de las instituciones clásicas (tales como la familia), y lo que no encuentran lo buscan en el grupo de amigos y en los medios de comunicación.

No se puede subestimar la importancia de la TV en los procesos de socialización de los adolescentes, tanto en lo que se refiere a la adquisición de información, como a la adopción de modelos de comportamiento. Una afirmación de sentido común es que la TV hace a los jóvenes pasivos, “bobos”, sin embargo, varios autores sostienen que antes que promover la pasividad, pareciera que estimula la hiperactividad y la hiperestimulación. En los segmentos dirigidos a este grupo generacional, destacan los programas de videoclips musicales, en los que proliferan imágenes alucinantes que se suceden vertiginosamente. Algunos defienden el papel de

la TV como proveedora de identidades sociales alternativas, favorecen la creatividad y como un pre-texto comunicativo personal en la medida en que permite hablar con otros a partir de lo que se ha visto y oído en la tv.

La TV provoca una expansión y diversificación de las fuentes de conocimiento y de saberes culturales. Las películas, los relatos y las series brindan información histórica y política que el adolescente por sí solo no buscaría y le abre horizontes en el conocimiento de otras forma de vida. En ese sentido, la TV favorece el descentramiento de los valores culturales propios y facilita la comprensión de la diversidad cultural. A nivel cognitivo la exposición a los medios de comunicación es importante, por cuanto saca al sujeto de lo observable, de lo que está a su alcance, y le permite visualizar también lo posible, lo impensado aún, pero que se sabe que existe. Los jóvenes valoran la TV por su virtud narrativa, por contar historias, y por ser un vehículo importante para transmitir emociones y sensaciones.

Estudios realizados sobre los contenidos preferidos por los adolescentes muestran que prefieren en primer lugar la ficción, después la propaganda y, por último las noticias. Lo que marcan estos estudios es que lo que quieren ver los jóvenes difiere diametralmente de lo que quisieran que vieran los adultos, especialmente los padres y los educadores, quienes no entienden el escaso interés por el género noticioso y por los documentales. Entre las preferencias adolescentes aparecen también los concursos en donde pueden identificarse con los atributos de los competidores (fuerza física, astucia, inteligencia, sentido de equipo).

La importancia de los adolescentes y jóvenes como audiencia televisiva se pone de manifiesto también en la creciente participación de personajes de estas edades en series, y en la elaboración de programas que cuentan historias de grupos de estas edades. La industria televisiva ha tomado conciencia que para atraer a los jóvenes hay que hacerles salir en la pantalla, hay que darles protagonismo. En nuestro país tanto las historias de familias en la que hay niños y adolescentes, así como las series centradas en

grupos de jóvenes, son desde hace años convocantes de la audiencia adolescente. A los jóvenes les gusta ver tratados sus intereses y problemas en la pantalla y, a veces, encuentran en los personajes o en las interacciones de los personajes respuestas que no hallan en otras instituciones de transmisión cultural (familia y escuela). Asimismo, los adolescentes adoptan el modo de vestir, de hablar y de interactuar de su personaje de ficción favorito.

El gusto por las propagandas no puede analizarse sino en relación con la persuasión y la orientación al consumo que ellas generan. Mediante los medios masivos los anuncios publicitarios ejercen presiones sobre la relación entre padres e hijos. Los constantes requerimientos de consumo pueden convencer a los adolescentes de que quieren cosas que no necesitan. La publicidad proyecta el supuesto que los padres y las madres aman a sus hijos, y que por lo tanto quieren que sus hijos sean felices. Por ello, proponen como opción de conducta para el adolescente el pedir lo que desean, porque si sus padres lo quieren le comprarán aquello que lo haga feliz. Los anunciantes pueden lograr transmitir ese mensaje de manera implícita, por lo que el joven cuyos padres se niegan a satisfacer esas expectativas puede empezar a creer que su madre o su padre no desean hacerlo feliz o que no lo quieren.

Los estudios sobre consumo televisivo en los adolescentes y jóvenes muestran, a nivel mundial, que aquellos que habitan en las ciudades y provienen de las clases bajas son los que, por término medio, pasan más tiempo ante el televisor. Suele escucharse a menudo que un alto consumo diario de TV, afecta el rendimiento escolar y es producto de conflictos familiares. Las investigaciones parecen confirmar estas descripciones populares.

Aquellos adolescentes y jóvenes con alto consumo televisivo son los que tienen menos recursos económicos, muestran peor rendimiento académico, observan cotidianamente problemas en las relaciones familiares, reciben escaso apoyo parental y están habituados a ver televisión hasta tarde. Por el contrario, el consumo televisivo disminuye en los grupos de alto nivel económico, en adolescentes con calificaciones escolares altas, en familias cuyos

padres sostienen relaciones parentales que ponen límites, y que poseen cierto nivel educativo, también en las familias pequeñas y en aquellas donde las relaciones padres-hijos se caracterizan por la calidez.

En la última década, las investigaciones en el campo de las prácticas comunicacionales revelan una fuerte y sostenida emigración hacia las pantallas digitales y una reducción significativa del consumo televisivo, aunque los productos son los mismos, especialmente series, videos musicales y películas. Estos índices de consumo televisivo son iguales al que expresan los grupos adultos, lo que sugiere que el problema de la exposición de los adolescentes y jóvenes a la televisión, no es un fenómeno atribuible a ellos, sino a los modelos de consumo cultural de las familias.

En cuanto a las expectativas sobre el rol de los medios, observamos que los jóvenes enfatizan en mayor medida que los adultos la necesidad de transparencia, de educación y de pluralidad de opiniones. Pareciera que los adolescentes jóvenes están menos interesados que los adultos en cuanto a la función informativa/comunicativa de los medios y esperando que pongan mayor énfasis en lo formativo. Es interesante resaltar que los adolescentes expresan cierta sospecha respecto a la “objetividad” de los medios y los acusan de cierto sectarismo e intolerancia. Esta mirada es justificada en el sensacionalismo y la superficialidad con que tratan la realidad, visión complementaria de la adulta pero que se acentúa en este grupo de edad. Valoran el profesionalismo y le otorgan menos importancia que los adultos como fuente de entretenimiento.

En resumen, la TV le permite a los adolescentes obtener material simbólico para afirmar su identidad, y crear nuevos significados a partir de la interpretación del material ofrecido por ella. La TV provee nuevas fuentes de identificación y nuevos modelos de relaciones sociales, que sirven como modelos o como antimodelos en los procesos de subjetivación que tiene que efectuar el adolescente.

Capítulo XII

PATOLOGIAS DE LA EPOCA Y ADOLESCENCIA

Vivimos en la era de la imagen. Nuestra sociedad impulsa representaciones acerca de lo que es considerado un cuerpo bello, estético y atractivo. Estamos atrapados en un espejo que refracta la imagen adolescentizada de un cuerpo joven, inmaculado de adiposidad y dispuesto a mostrarse des-envuelto de ropas. El cuerpo se transforma en un objeto de consumo. Cuerpo consumido y consumidor de belleza, delgadez, juventud y unisexismo. Los límites entre lo masculino y lo femenino se vuelven difusos, por lo que la androginia se apodera de la escena corporal. El cuerpo representa el reflejo de una sociedad en transición y en cambio. Cuerpos etéreos, negados a la materialidad de curvas o sobredotados en sus formas.

La imagen corporal se asocia a cualquier producto de consumo cotidiano. Para publicitar un auto, una bebida, un cigarrillo se utiliza una imagen estilizada, desprovista de ropas, juvenil y alegre, de semblante despreocupado y carente de la cotidianeidad nostálgica que nos caracteriza. En la escena aparece un cuerpo en pose, dispuesto a ofrecer una batalla de seducción con su adversario: los sentidos. El premio es el placer y el reconocimiento, ser designado como un producto apetecible y demandado.

En definitiva, la imagen social en la que se encarna el imaginario colectivo posee los siguientes atributos: esbelta languidez; pocas curvas que insinúen la diferenciación de un cuerpo sexuado; rasgos que permitan apreciar los beneficios del cuidado físico; portador de gestos despreocupados y sensuales; y, por sobre todo, representante de una juventud eterna. Quienes no acceden a estos atributos quedan atrapados ilusoriamente en la búsqueda para encontrar la “belleza” nunca poseída, mientras que aquellos que responden al estereotipo de la imagen social, deben acrecentar los esfuerzos para no perder la dignidad de portar el cuerpo como un estandarte de la consecución del ideal propuesto por la sociedad.

Desde esta perspectiva, los sujetos se encuentran más preocupados por parecer que por ser. La apariencia se antepone a la experiencia, a la sapiencia, y a todo valor inmaterial. Para conseguir un puesto de trabajo se exige la buena presencia; coincidente con el ideal propuesto por la sociedad y al que se asocia, no en tan pocos casos, la valoración positiva de ciertos rasgos étnicos.

La imagen corporal se entreteje con la imagen ideal propuesta por la sociedad y la cultura. Los medios de comunicación, las industrias culturales y la televisión son piezas claves que permiten entender el impacto de estos modelos culturales. Estos interpelan no sólo a los adolescentes, sino también a sus padres, quienes son también destinatarios de las demandas de tener un cuerpo-tipo y de cubrirlo con determinadas ropas. Es común escuchar a las madres referir como práctica habitual, el uso de ropas de sus hijas adolescentes, generalmente en el marco de una referencia al vínculo de amistad que tiñe su relación filial. La adolentización estética de los padres, es acompañada de una adolentización emocional que transforma el vínculo filial/paterno (y la función adulta) en vínculo amistoso.

En nuestro tiempo han emergido con mucha potencia patologías que representan la preocupación por la adquisición de un proyecto de imagen corporal que responda a las demandas del contexto sociocultural. Surgen así los trastornos en la alimentación tales como la *anorexia nerviosa* y la *bulimia*.

La anorexia nerviosa

Constituye un trastorno alimenticio de origen emocional caracterizado por la obsesión respecto a la alimentación y al peso. Generalmente las personas que lo padecen sienten que están excedidas en el peso, se sienten disconformes con su imagen corporal y realizan un esfuerzo autoagresivo y desmesurado por bajar de peso. Se la ha denominado la “enfermedad de la dieta”. Dentro de los síntomas de la anorexia nerviosa podemos registrar la excesiva pérdida de peso (15% o más del peso corporal); acompañada de inestabilidad emocional; aislamiento; inseguridad; deshidratación; alteraciones de la temperatura corporal (hipotermia); dolores abdominales; cese del período menstrual (amenorrea); alteraciones en la frecuencia cardíaca; pérdida de cabello y rotura de las uñas; crecimiento de lanugo (pelo suave que crece sobre la piel); mareos y dificultad para concentrarse; anemia; inflamación en las articulaciones; y fragilidad ósea; entre otros.

La persona con este trastorno de la alimentación manifiesta una apariencia delgada y débil. Suele tener sensaciones de frío aun cuando hace calor. Su concentración y percepción se encuentra disminuida. Las estadísticas acusan que entre el 5 y el 10% de las personas con anorexia nerviosa mueren debido a los problemas que le ocasionan la malnutrición. El 95% de las personas afectadas son mujeres que registran edades de 12 a 18 años.

Una de las interpretaciones que se le da a este trastorno de la alimentación acontecido en la adolescencia es que un factor desencadenante lo constituye el conflicto sexual. En la mujer los cambios fisiológicos le producen ansiedad y angustia por la nueva apariencia de su cuerpo, el cual representa los atributos de su femineidad. Al no poder elaborar un nuevo autoconcepto de sí misma otorgando un nuevo significado a su corporeidad, buscará la forma de inhibir su desarrollo físico. En tanto, es creciente el porcentaje de varones que ingresan a esta nómina que se encuentran en edades entre los 15 a 20 años.

La anorexia nerviosa se caracteriza por una distorsión de la imagen corporal a través de la pérdida excesiva de peso y de la ad-

quisición de una apariencia delgada, con rasgos indiferenciados, que elimina las manifestaciones externas de los caracteres sexuales secundarios. De este modo, se desvía el destino del desarrollo normal y se regresa a la apariencia de una etapa prepuberal. Uno de los rasgos del sujeto con anorexia es que tiene una percepción de su imagen corporal como en estado de sobrepeso, lo cual le produce sentimientos de inadecuación y lo lleva a tener conductas de aislamiento y depresión. Manifiesta baja autoestima y disconformidad respecto de sus atractivos físicos.

Hooker y Convisser (1983) explican que en la persona anoréxica se produce una disociación entre su mente y su cuerpo. No puede reconocerse a sí misma en el cuerpo que porta, lo cual evidencia el disgusto respecto de su estado interno que se proyecta hacia el exterior: su cuerpo. Diferentes teóricos (Levin, Adelson, Buchalter y Bilcher, 1983; Eisele, Hertsgaard, y Light, 1986; Bro-ne, y Fisher, 1988) han encontrado que en la base de la persona anoréxica existe una estructura familiar rígida, caracterizada por padres sobreprotectores y con cierta predisposición hipochondríaca respecto de la salud.

Bulimia

Es un desorden alimentario caracterizado por la ingesta desmedida de alimentos, de atracones hipercalóricos, seguidos de conductas purgativas o extenuantes ejercicios físicos. El sujeto bulímico se caracteriza por manifestar episodios de ingesta compulsiva de alimentos altamente calóricos -generalmente carbohidratos- en un breve período de tiempo, para luego recurrir al vómito para eliminarlos. Los episodios pueden suceder varias veces al día, tiene lugar en forma secreta, con frecuencia en horarios de tarde o noche. Como vía de eliminación de los alimentos ingeridos se suele recurrir al uso de laxantes, diuréticos, enemas, anfetaminas e, incluso, al ayuno como modo de compensación de este “des-control” en la conducta alimenticia.

Dentro de los síntomas de la bulimia podemos encontrar: dolor estomacal constante; daño en el estómago y los riñones; erosión del esmalte dental (debido a la exposición a los ácidos del estómago); agrandamiento de las glándulas salivales de las mejillas debido a los vómitos frecuentes; ausencia de menstruación; y pérdida de potasio (esto puede desencadenar problemas cardíacos e incluso la muerte); entre otros.

La edad de ocurrencia de este fenómeno es entre los 15 y los 20 años, observándose con mayor incidencia en adolescentes púberes. El sujeto bulímico se siente impulsado a consumir desordenadamente y en demasía alimentos; lo cual le produce sentimientos de culpa y de autoreproche que lo llevan a desencadenar el episodio purgativo. Luego del cual siente vergüenza y culpa. Un rasgo del bulímico es la inseguridad, la insatisfacción con su imagen corporal, la excesiva preocupación por conseguir estar delgado, la percepción de una imagen pobre de sí mismo.

Las situaciones familiares de los bulímicos son similares a la de los anoréxicos. Muchas de las familias manifiestan vínculos de sobreprotección, con un excesivo reconocimiento sobre las cualidades de una forma física atractiva, y un acentuado énfasis sobre el logro del éxito de una manera que roza el perfeccionismo.

Los adolescentes con **trastornos de la alimentación** manifiestan conductas sociales en las que intentan evadir las reuniones con familiares y/o amigos en los que haya comida de por medio. Tienden a ser muy selectivos con los menús que van a probar. Para realizar los episodios de atracones de comida suelen gastar mucho dinero en alimentos. También invierten mucha energía en planificar estrategias para evitar la ingesta de alimentos o para quedarse solos luego de haber ingerido comida, a fin de poder provocar la expulsión de aquello ingerido. También suelen ir al baño inmediatamente al acto de comer.

Algunas interpretaciones psicológicas de corte psicoanalítico sostienen que los trastornos de alimentación están estrechamente ligados a relaciones vinculares primarias, que tendrían su referencia en las relaciones nutricias establecidas en las primeras

relaciones objetales (especialmente con la persona que ejerce la función materna) y en la resolución de los lazos de apego-desapego. También hacen referencia a los malestares que genera la cultura, en tanto que productora de sujetos consumidores quienes a partir de “evacuar” el contenido de la ingesta alimentaria consumen sus propias reservas corporales, llegando a realizar una acción que produce el “vaciamiento” de la energía necesaria que requiere el organismo para sostener la vida.

La obesidad

Es un trastorno metabólico crónico caracterizado por un exceso de grasa corporal, que se produce por un consumo no balanceado y prolongado entre la ingestión de calorías y el consumo de energía que el organismo necesita para funcionar. Lo que predispone a los sujetos que la padecen a un aumento significativo de riesgos en la salud.

Entre los factores causales de la obesidad se encuentran:

Los hábitos nutricionales. La vida cotidiana hace que los sujetos estén expuestos a muchas exigencias relacionadas con la realización de diversas actividades, esto hace que haya menos tiempo para la realización de rutinas y rituales relacionados a las implementación de las comidas, el tiempo libre, la ocupación del ocio. Surgen modos rápidos para compensar ciertas acciones relacionadas a la planificación, organización y elaboración de los alimentos necesarios para que el organismo adquiera la energía necesaria para llevar a cabo las demandas de la vida cotidiana. Aparecen las comidas rápidas, poco elaboradas, ricas en grasas y azúcares de absorción rápida. Los adolescentes “consumen” una dieta alta en carbohidratos, con mucho contenido energético y poco volumen. Esto incide en los procesos metabólicos de los organismos que están creciendo y desarrollándose, produciendo un desbalance en la distribución de grasas y en la calidad nutricional que requieren los adolescentes. Esta causa se asocia con la que a continuación se describe;

El sedentarismo. Que está dada por la menor actividad física que realizan los adolescentes debido a que sus modos de interacción y ocupación del ocio adquieren características que no exponen el cuerpo a un gasto de energía importante; ya que el uso de lo corporal es más pasivo, las posturas son en posición sentado y las tareas que se ejecutan exigen el empleo de una actividad mental. Dentro de las actividades que realizan los adolescentes podemos citar: ver la televisión; estar en la computadora; ejecutar algún instrumento musical; jugar con juegos electrónicos; entre otras.

La influencia de los medios de comunicación. Existe un mercado de consumo de una variedad de bebidas y comidas de alto valor energético y poco saludables (gaseosas, comidas rápidas, snacks) que son utilizadas por spots publicitarios que para introducirlas como mercancía las asocia al encuentro entre adolescentes y jóvenes animándoles a consumir subliminalmente estos productos.

Los problemas emocionales. Muchos adolescentes que pueden tener problemas de orden socio-afectivos concernientes a resoluciones propias de este período del desarrollo (aceptación de su imagen corporal; conflictos con la sociabilidad que sostienen con sus pares; problemas con la autoridad de sus padres; conflictos en de rendimiento o de relación dentro del dispositivo escolar, entre otros) manifiestan sensaciones de ansiedad, los que son compensados mediante la ingesta compulsiva de alimentos que operan como una cuasi fuente de placer o recompensa.

No hay que olvidar que los factores genéticos, hormonales o de salud pueden influir en padecer obesidad; aunque estas causas son las menos frecuentes, lo habitual es la adquisición de unos malos hábitos alimentarios.

La obesidad se previene y trata mediante la implementación de la actividad física tendiente a disminuir los riesgos del sedentarismo, acompañada de una dieta balanceada en frutas, verduras y carnes blancas con valores nutricionales que aporten energía a los organismos que se encuentran en desarrollo. La información

promotora de procesos de concientización es una de las herramientas preventivas para tratar el sobrepeso que puede devenir en obesidad. El adolescente debe ser informado, formado y educado en la adquisición de hábitos de autocuidado respecto de su salud integral, entre los que se incluyen la implementación de una nutrición saludable y de una rutina de actividad física (natación, ejercicios aeróbicos, ejercicios de marcha). En estos procesos de información es necesario involucrar a profesionales, al grupo de pares de adolescentes y a los padres.

Las pautas dietéticas consisten en la disminución o evitación de alimentos de alto contenido calórico. Se recomienda hacer cinco comidas al día: desayuno, media mañana, comida, merienda y cena; que incluya variedad de raciones de frutas y verduras. La actividad física debe ser recomendada siempre. Se deben recomendar los paseos diarios, subir escaleras. El adolescente debe escoger un deporte que le guste y que le motive su práctica. Lo ideal es realizar una actividad física aeróbica regular (natación, ciclismo o marcha) con una periodicidad de tres días a la semana. Unida a la actividad física es conveniente incentivar a los adolescentes a la realización de actividades grupales, que permita desplegar habilidades sociales y apuntalar los procesos de adhesión y pertenencia a un grupo de pertenencia en donde se vehiculicen, metabolicen y elaboren los conflictos psicofectivos propios de este ciclo del desarrollo.

Las complicaciones de la obesidad son muchas, sobretudo que un adolescente obeso será un adulto obeso. El sobrepeso en el adolescente puede tener una repercusión psicosocial importante llevando a la baja autoestima, el bajo rendimiento escolar y el aislamiento. La obesidad puede producir alteraciones hormonales, respiratorias (apneas durante el sueño), cardiovasculares (hipertensión arterial), escoliosis, alteraciones cutáneas o digestivas (esteatosis hepática) que disminuyen la calidad de vida del adolescente.

Conductas de riesgo

Otro de los temas que expresan bien las patologías de la época y que muestran un conjunto de prácticas enajenadas de los adolescentes, son las conductas de riesgo. Las conductas de riesgo de adolescentes y jóvenes concitan cada vez más interés, ya que en realidad se trata de formas de externalizar problemas internos tales como depresiones, angustias, temores, vivencias de maltratos y abusos, etc.

El concepto de riesgo en la fase adolescente/juvenil se caracteriza como la posibilidad de que las conductas o situaciones específicas conduzcan a daños en el desarrollo que pueden afectar tanto el conjunto de sus potencialidades como deteriorar su salud. En otras palabras, muchas de las conductas de riesgo que asumen los jóvenes pueden incidir negativamente en su vida futura y no sólo plantear un problema coyuntural.

Los estudios socio-sanitarios de las conductas de riesgo adolescente muestran como una característica propia de este grupo, que los factores que los llevan a la morbilidad son tomados por ellos mismos al efectuar conductas riesgosas. Las estadísticas de varios países muestran que la conducta de riesgo adolescente más importante son los accidentes de tránsito, que es la principal fuente de daños en el desarrollo. Le siguen en orden de importancia los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual, la drogadicción y los comportamientos delictivos. En cuanto a las conductas de riesgo, las relaciones sexuales, particularmente precoces, sin protección y con múltiples acompañantes; el consumo excesivo de alcohol y otras drogas, la conducción de vehículos a edad temprana y sin elementos de protección (cascos, cinturones), las peleas físicas y el uso de armas.

Sin embargo, las conductas de riesgo no son las mismas para los varones que para las mujeres. Algunos autores (Silber, 1992) piensan que los varones tienen un mayor riesgo psicosocial, al ser vulnerables por la combinación de las dificultades para acceder a la escolaridad y el empleo, su relación más riesgosa con

las adicciones, la sexualidad, el sistema penal y la carencia de redes de apoyo social. Asimismo, hay coincidencia en afirmar que en la adolescencia existen circuitos de riesgos y que el joven que ingresa a uno de ellos va adicionando vulnerabilidades de distinto origen. Por ejemplo, el consumo de alcohol es considerado como un predictor de ingestión de drogas y de actividades sexuales sin protección.

Krauskopf (1996) sostiene que ciertos comportamientos de riesgo como fumar, manejar autos velozmente y beber, son equivalentes a ritos de pasaje, generados en la subcultura juvenil cuando no encuentran posibilidades de probar su pasaje a la adultez mediante la prueba de sus nacientes destrezas ante una sociedad que los acoja. De hecho, la insatisfacción con el desempeño personal y las dificultades para insertarse socialmente y bosquejar un proyecto de futuro aumenta los comportamientos de riesgo. En esas condiciones, aumenta la probabilidad de que los adolescentes busquen gratificaciones a través de conductas indiscriminadas para afirmar su autoestima, buscar sensaciones de éxito en el riesgo mismo, encontrar acompañamiento emocional en las actividades riesgosas o, simplemente evadirse o anesthesiarse (a través de las drogas o las actividades de masas -tales como barras de fútbol, videojuegos y recitales) para no sentir la frustración. Muchas de estas prácticas de riesgo les permite a estos adolescentes ganar prestigio, aceptación y respeto de sus pares; a la vez que le permiten repudiar a la autoridad convencional, canalizando su ansiedad y frustración a través de la rebeldía que les hace desplegar comportamientos que los posiciona como pseudo-adultos, lo que los saca internamente de la transición adolescente y de las sensaciones que ésto les provoca.

Drogadicción, alcoholismo y adicciones en la adolescencia

Debido a la diversidad de factores que intervienen en la aparición y el desarrollo de la problemática de la drogadicción, el alcoholismo y las adicciones, esta adquiere las dimensiones de un fenómeno complejo, dinámico y en permanente mutación. Acompañado de la presencia de indicadores contextuales propios del cambio de época tales como: la precocidad del inicio del consumo que se evidencia en edades cada vez más tempranas; la difusión acerca de los rituales y modalidades de prácticas de consumo; la proliferación de un mercado que promueve la aparición de nuevas y variadas sustancias que tienen costos accesibles para distintos segmentos del tejido social; el diseño de sustancias cuyos efectos perduran en lapsos breves de tiempo y generan la necesidad de una ingesta más frecuente, lo que produce un deterioro físico y psíquico cada vez más rápido; y diferentes patrones de consumo. Razón por la cual, el tema de las adicciones es de naturaleza multicausal; en donde intervienen factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales.

Los términos toxicomanía, drogadependencia o drogadicción suelen ser utilizados indistintamente para referirse a la acción de un sujeto de consumir (de modo periódico o crónico) una sustancia (droga) que es introducida en el organismo mediante diferentes vías (ingesta oral, inhalación, por vía intramuscular o endovenosa, etc.) y que actúa sobre el sistema nervioso central, provocando un cambio en su comportamiento (alteración física o intelectual o psíquica). En otras palabras, la toxicomanía refiere a un estado psicofísico causado por la interacción del organismo de un sujeto mediante la ingesta de una sustancia química. Este estado psicofísico produce reacciones y modificaciones comportamentales, que refuerzan en el sujeto el impulso “irrefrenable” por consumir en forma periódica una droga que le permita renovar la vivencia de sus efectos psíquicos.

En tanto, el término adicción proviene del latín a-dictio: “no dicción” o sin palabras, haciendo referencia a alguien que sigue a

su líder sin cuestionamiento alguno. Luego su uso derivó en “adictus” para designar a un “esclavo” por deudas, de allí el término “addictio” que remite a significados como: “adjudicación, cesión al mejor postor, consagración, dedicación”. Actualmente la palabra adicción se ha propuesto para todos los modos de situaciones de dependencia psicoafectivas que no requieren del consumo de ninguna sustancia, como: el juego (ludopatía), la compulsión a la búsqueda de sexo o el uso de internet, entre otras.

En cuanto a la frecuencia del consumo de drogas, suele diferenciarse entre uso, abuso y adicción:

Uso. Se designa la ingesta de drogas de modo esporádico y en ocasiones determinadas.

Abuso. Refiere al uso de drogas (discontinuo o no) caracterizado por un consumo que supera en cantidad y frecuencia aquellas dosis con las que el sujeto inició su experiencia. Esta forma de frecuencia en el consumo de drogas es considerada de riesgo, pues acerca los límites de la vulnerabilidad del sujeto para adentrarse en una adicción propiamente dicha.

Adicción. Remite al uso compulsivo y constante de una o varias sustancias, con las cuales el sujeto establece una relación de dependencia psicofísica. Esta frecuencia en el consumo de drogas ubica al sujeto en un estado de peligro para sí y para los demás.

Las drogas se pueden clasificar de la siguiente manera:

Drogas Legales. Son aquellas que pueden adquirirse en el mercado a través de la venta libre o mediante prescripción médica. Son usadas por un alto porcentaje de la población. Las más frecuentes son: tabaco, bebidas alcohólicas, fármacos, anabólicos y esteroides. Siendo los ansiolíticos los fármacos más consumidos, ellos requieren de la prescripción médica con receta archivada; sin embargo, en muchos casos estos psicofármacos se adquieren y consumen de modo masivo e indiscriminado sin prescripción ni vigilancia médica.

Drogas Ilegales. Son aquellas sustancias cuyo consumo está prohibido por ley. Estas pueden agruparse en tres grupos:

Narcóticos o depresores. Actúan sobre el Sistema Nervioso Central produciendo una disminución en la agudeza sensorial. Dentro de este grupo de sustancias se encuentran la marihuana, el opio y la morfina. Siendo la heroína tres veces más potente que la morfina, produciendo una intensa sensación de sedación o bien estados de euforia.

Estimulantes. Dentro de este grupo la más conocida de estas drogas es la cocaína. Produce resistencia física y acelera el ritmo cardíaco. Si se produce intoxicación con cocaína puede producir una parálisis muscular y dificultades respiratorias que pueden desembocar en un coma respiratorio.

Alucinógenos. Pertenece a este grupo el L.S.D. o ácido lisérgico que es un alcaloide derivado de un hongo que ataca el centeno; provoca mareo, excitación, visiones de formas y colores vivos y cambiantes. Actualmente una de las drogas más consumida entre los jóvenes es el éxtasis cuya peligrosidad está en que puede causar la muerte por deshidratación o paro respiratorio.

No hay que soslayar el hecho de que las drogas (legales e ilegales) se encuentran en nuestras sociedades y son parte de un recurso instrumental que provee la cultura a los sujetos, de todas las edades, para que las utilicen en modos prácticos de establecer intercambios vinculares. Son diversas las razones por las cuales los adolescentes se acercan a las drogas. En la base de estos motivos se encuentra la necesidad de transgredir “algo” que se presenta como prohibido; la curiosidad y el carácter de exploración que se le otorga al “probar” para comprobar los efectos que producen; lo que va unido a la experiencia de que las drogas circulen como un componente más en la configuración de rituales grupales en los que la adhesión, participación y la necesidad de ser aceptados opera fuertemente en la grupalidad adolescente.

Es necesario no exagerar acerca de la gravedad acerca del consumo de drogas durante la adolescencia, ni mucho menos asimilar esta ingesta de sustancias con el fenómeno de la drogadicción y la emergencia de adicciones. Durante la adolescencia, hay que diferenciar la ingesta de sustancias como el alcohol y el

cigarrillo (drogas legales) de aquellas drogas que pueden ser consideradas como más riesgosas. Esta diferenciación supone ubicar el contexto de significación en donde aparece la ingesta de sustancias dentro de los rituales de la subcultura en la que se encuentran. Muchos adolescentes manifiestan que la ingesta de alcohol está asociada a liberar las censuras que inhiben el despliegue vincular con otros pares en el ámbito de escenarios de divertimento. Es por ello, que en los rituales de salidas de adolescentes éstos se reúnen en una “previa” como en un espacio de aprestamiento endogámico entre pares que sostienen lazos socioafectivos que prepara para hacer el pasaje a un espacio exogámico en donde se ven interpelados a poner en juego sus seguridades y habilidades sociales.

Es necesario recordar que la adolescencia se caracteriza por el pasaje de una corporeidad infantil hacia la adquisición de una maduración psicofísica que implica niveles de aceptación de una nueva forma de ser, sentir y actuar en relación con lo propio del sujeto que la atraviesa y respecto de las expectativas que el adolescente tiene acerca de la evaluación que realizan los otros acerca de sus modos de ser, de parecer y de comportarse. Razón por la que ciertas prótesis culturales (en el sentido de aquello que se agrega externamente como un soporte que da seguridad) adquieren relevancia y es posible pensar que las drogas actúen como estos soportes externos que mitiguen la angustia e inseguridad producidas por los cambios, los ensayos e itinerarios de decisiones transitorias y la búsqueda de ubicaciones existenciales que esbocen el devenir de sus cualidades de adultez juvenil.

Tanto el alcohol como las drogas en general pueden aparecer como opciones durante el proceso de elaboración de la posición subjetiva que se produce en la adolescencia; la cual está signada por el trabajo psicosocial de adquirir el logro de una identidad personal que responda a las necesidades, deseos, ideales y exigencias que el sujeto en tránsito hacia la juventud se ve confrontado a re-dedinar. Este trabajo psíquico supone elaborar pérdidas, soltar lo viejo del funcionamiento infantil y apropiarse de lo novedoso de las decisiones, valoraciones y responsabilidades de asumir una

libertad cualitativamente con mayor madurez. Por supuesto esto tiene costos afectivos en donde la angustia e inseguridad ante lo desconocido emerge y, muchas veces, desborda. Es aquí, en donde aparecen el alcohol y las demás drogas como aquellos apoyos externos que mitigan el excesivo peso del sentir y que salvaguardan al adolescente de pensarse en sus indefiniciones.

Las drogas, en estos casos, le permiten al adolescente aminsonar la angustia que deviene de la tramitación de duelos; operando como puntos de sutura que cierran las heridas que producen el tener que abandonar el mundo infantil; la seguridad de los padres cuasi perfectos y omnipotentes propios de la niñez; y el tener que emprender un itinerario de cambios psicoafectivos en donde se pierden los beneficios de la infancia. Las drogas, en tanto sutura, impide que las sensaciones de soledad, abandono, inseguridad, angustia y desprotección queden contenidas en sus bordes.

Por el contrario, cuando detrás de la problemática del consumo del alcohol y de las drogas subyace el devenir de la adicción; ésta encubre la imposibilidad de la tramitación de los cambios y el desborde de la posición subjetiva del adolescente, quien no encuentra palabras para traducir su angustia y construir itinerarios creativos a través de los cuales contrarrestar el agobio que produce el aprehenderse en sus propios sentires y saberes. Aquí es donde aparecen las drogas como “la solución” para no sentir, para evitar el trabajo de atravesar el no saber e interpelar lo que sabe y como aquello que permite escapar de la crudeza dolorosa con la que se vivencia la realidad. La droga se constituye en el “amuleto” que preserva mágicamente al adolescente de hacerse cargo de sus procesos de metabolización, simbolización, significación y otorgamiento de sentidos que implican el trabajo de enfrentar, afrontar y resolver el devenir de los cambios respecto de la apropiación de lo novedoso y de la aceptación de aquello que debe soltarse porque queda obsoleto para posicionarse de un modo adecuado y eficaz conforme a lo que le demanda el posicionarse en la nueva situación psicosocial.

La cultura, a través de las diversas agencias del campo social,

institucionaliza los modos prácticos de intercambios y posiciones esperables desde un “deber ser” para cada cohorte generacional. Es decir que, en cada ciclo del desarrollo la cultura instituye las adquisiciones psicosociales necesaria para que los sujetos desplieguen su papel social del modo más adecuado posible. Si bien en estos tiempos se han abierto las fronteras de lo normativo unívoco que le corresponde a cada ciclo de la vida, existen ciertos logros y adquisiciones que se constituyen en exigencias ideales esperables de modo general para cada ciclo del desarrollo. En el caso de la adolescencia, como ciclo complejo, se espera que el sujeto pueda aprehenderse en los significados y sentidos de sus propios auto-conceptos; los que van a constituir su identidad personal particular en el marco de una subjetividad colectiva en la que circulan modos de ser/estar propios de un contexto epocal e histórico. Es en este contexto epocal en donde la cultura engendra sus propios malestares: las toxicomanías se constituyen en uno de los malestares de la cultura.

A través de las drogas los sujetos intentan eludir los límites que impone la cultura que mediante la función simbólica exige que la realidad sea nominada y significada; y por ende, que los sujetos construyan realidades mediante el uso del pensamiento. Cuando los sujetos (en este caso lo adolescentes) no pueden nominar la realidad que están vivenciando no pueden objetivar su sentir y, por ello, no puede traducir en representaciones el afecto que está inscripto en la vivencia. Esto lleva a la adicción, es decir, a la imposibilidad de poner en palabras y de objetivar la vivencia para transmutarla en experiencia. De este modo, el afecto no se liga a una representación que distanciaría al sujeto del sentir de la necesidad y lo ubicaría en el pensar de la representación. La intensidad del sentir se hace insoportable y es por ello que el sujeto apela a las drogas como un modo de paliar su sentir y evadir lo insoportable de la realidad. Apelando a la ingesta de la/s sustancia/s adecuada para producir un estado anímico que provoque la sensación necesaria para intervenir sobre su realidad; ya sea estimulando, tranquilizando o distorsionando la percepción de la consciencia que el sujeto tiene de ella.

En síntesis, para poder establecer la condición de riesgo en la que se encuentra el adolescente respecto al consumo de drogas, es necesario ubicar en relación “los por qué” de su elección; los tipos de drogas que se ingieren; las frecuencias, modos de uso y las situaciones rituales en las que aparece asociado la ingesta de sustancias; como así también, el nivel de consciencia que asume respecto de la potencialidad de los riesgos que conlleva el uso de drogas en general y su ingesta en particular. Esta información nos permitirá tener un panorama de las significaciones que las drogas adquieren en la experiencia particular del adolescente; a lo que se asociará la dimensión reflexiva que le otorga al dominio de la ingesta y a la eficacia que el adolescente otorga a la intromisión de su decisión voluntaria sobre el despliegue de estas conductas.

Enfermedades de transmisión sexual

En los últimos tiempos se han producido diversos cambios en los vínculos amorosos, tales como la precoz iniciación sexual de los adolescentes; el ensayo de diferentes modalidades de prácticas sexuales; la exploración de experiencias sexuales con parejas de diferentes orientaciones; y el aplazamiento del compromiso marital son algunos de los factores que hacen que los sujetos tengan una vida sexual muy activa a lo largo de su vida. Esto hace que aumenten los riesgos de desarrollar las mal llamadas enfermedades de transmisión sexual, ya que no siempre se transmiten mediante una actividad sexual.

Las enfermedades de transmisión sexual (ETS), también llamadas infecciones de transmisión sexual (ITS), constituyen un grupo de enfermedades causadas por diversos agentes infecciosos. Las enfermedades infecciosas son causadas por microbios dentro de los que se encuentran virus, bacterias, hongos y parásitos. Las ETS se transmiten de persona a persona a través de la actividad sexual y/o íntima (sexo, vaginal, anal y oral). También pueden transmitirse a través del contacto directo con sangre y fluidos se-

xuales infectados, ya sea mediante el uso de jeringas o exponiendo una zona de piel lastimada; y en la relación madre e hijo durante el embarazo, el parto o la lactancia. En general, afectan a hombres y mujeres sexualmente activos. Y excepcionalmente, a sujetos que han tenido una situación de riesgo en donde se ha expuesto una zona corporal herida con fluidos infectados.

Las manifestaciones sintomáticas de las ETS aparecen tardíamente, particularmente en las mujeres; lo que hace que consulten tardíamente al médico y que las complicaciones de salud sean más severas en mujeres que en varones. Sin embargo, una persona infectada, aun cuando no presente síntomas, puede transmitir la enfermedad a su pareja sexual.

Para la detección de la ETS existen diferentes pruebas de laboratorios que consisten en extraer una muestra sanguínea y someterlas al análisis de un reactivo químico específico, con el que se determina si existen antígenos que reaccionan al agente infeccioso de la ETS específica. Las pruebas son específicas para detectar cada infección, es decir, que no existe una sola prueba que detecte todas las ETS. Las pruebas existentes detectan la presencia de *sífilis*, *gonorrea*, *chlamydia*, *hepatitis B* y de *VIH*.

A fin de prevenir las ETS, es necesario conocer su existencia y caracterización, así como las vías de contagio. A continuación caracterizamos las enfermedades de transmisión sexual más frecuentes:

Gonorrea

Es una de las infecciones de transmisión sexual (ITS) más frecuentes. Es producida por la bacteria *Neisseria gonorrhoeae*, que crece y se multiplica en áreas húmedas de los aparatos reproductivos femeninos y masculinos. Esta bacteria también puede crecer en la boca, en la garganta, en los ojos y en el ano. En la mujer se manifiesta a través de dolor en la parte inferior del abdomen, secreción y sangrado vaginal; sin embargo, también puede presentarse de forma asintomática o solo con ligeras molestas al orinar o ligero flujo vaginal. Mientras que en el hombre suele manifes-

tarse luego de transcurridos dos o tres días posteriores al contacto sexual, mediante dolores al orinar y secreción uretral purulenta.

La gonorrea no tratada puede ocasionar mayores complicaciones en la mujer, las que incluyen la enfermedad inflamatoria pélvica, embarazo ectópico e infertilidad. Sin embargo, diagnosticada ésta puede ser tratada efectivamente con antibióticos.

Sífilis

Es una ETS cuyo agente de infección es la bacteria *Treponema pallidum* que se aloja en las membranas mucosas de los genitales, la boca y el ano. Se transmite al tener contacto con las heridas abiertas de una persona infectada. Esta enfermedad si no es tratada sigue un curso de varias etapas: 1. Etapa primaria: caracterizada por la formación de una llaga en la zona corporal que estuvo en contacto con la bacteria (pene, vagina, boca, ano y/o manos). Esta llaga recibe el nombre de “chancro”; no produce dolor y se localiza, generalmente, en el interior del cuerpo; 2. Etapa secundaria: entre la tercera y sexta semana luego de la aparición del chancro aparece una erupción o rash en toda la superficie corporal, o en algunas zonas localizadas (palmas de las manos, plantas de los pies). Suele estar acompañada de fiebre e inflamación de ganglios linfáticos. En la primera y segunda etapa el sujeto infectado puede transmitir la bacteria; 3. Etapa latente: no hay manifestaciones sintomáticas y la enfermedad ya no puede ser transmitida. Sin embargo, la persona infectada evoluciona hacia la siguiente etapa de la enfermedad; y, 4. Etapa terciaria: aquí ya se observan las consecuencias de la patología que abarcan un amplio espectro complicaciones tales como: trastornos mentales, problemas neurológicos, anomalías cardíacas y del sistema nervioso central. La penicilina sigue siendo el tratamiento más efectivo para tratar la sífilis.

Papiloma humano

Enfermedad infecciosa causada por el VPH (virus del papiloma humano). Se transmite por vía sexual. Se manifiesta en la

piel de las zonas genitales en forma de verrugas que pueden variar en apariencia (planas o con superficies muy visibles), tamaño y número. En las mujeres produce irritaciones en la zona ano-genital, las que durante las relaciones sexuales provocan sensación de ardor. Si no es tratado puede derivar en cáncer en el cuello del útero. En tanto que, en los varones aparece de manera indolora como protuberancias duras.

Herpes genital

La infección por herpes es causada por el virus del herpes simplex (VHS). Se manifiesta con la aparición de ampollas ubicadas en las piernas o en el área genital que produce dolor y sensación de comezón. Estas ampollas desaparecen en el transcurso de dos o tres semanas, lo que no supone que el virus muera; sino que éste permanece de por vida en el organismo y se reactiva cuando el sujeto tiene algún debilitamiento en su sistema inmunológico o cuando tiene situaciones estresantes.

Los casos severos de herpes genital requieren del suministro de drogas antivirales que ayudan a controlar los síntomas. Las mujeres con herpes genital, durante el embarazo pueden transmitir el virus a sus bebés. La infección no tratada de herpes genital en bebés puede resultar en retraso mental y muerte.

VIH

El virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) es responsable del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), que destruye la capacidad del cuerpo para defenderse de una infección. Ataca a los linfocitos T-4, que forman parte fundamental del sistema inmunitario del ser humano, y como consecuencia, disminuye la capacidad de respuesta del organismo para hacer frente a infecciones oportunistas originadas por virus, bacterias, protozoos, hongos y otros tipos de infecciones.

El VIH se transmite a través de tres vías: 1. Vía sexual. Durante las prácticas sexuales sin protección a través del intercambio de secreciones infectadas que toman contacto con la mucosa

genital, rectal u oral de la otra persona; 2. Vía Parental. Se produce a través del contacto con sangre. Mediante el uso de objetos punzo cortantes como jeringas infectadas que se comparten y/o utilizan para la aplicación de drogas intravenosas, ya sea en prácticas de drogadicción o en servicios sanitarios; en la transfusión de sangre infectada o sus derivados; también en la realización de piercings, tatuajes y escarificaciones, si se hace sin las debidas condiciones de bioseguridad e higiene; y, 3. Vía Vertical. Se da en el vínculo de madre a hijo durante las últimas semanas del embarazo, el parto y/o el amamantamiento. Esta vía de transmisión puede ser evitada si se realizan análisis de VIH a la mujer embarazada, pues esto permite realizar un tratamiento con terapia retroviral. También se puede planificar el modo de parto mediante una cesárea, se suprime la producción de leche materna para que no haya amamantamiento e incluso se realiza un tratamiento retroviral al neonato.

Cuando un sujeto se infecta de VIH en el plazo de un mes o dos puede manifestar un estado parecido a una gripe u otra infección viral caracterizado por fiebre, dolor de cabeza, malestar general, vómito y diarrea. Estos síntomas desaparecen en una semana o en el transcurso de un mes. Sin embargo, muchas personas no presentan ningún síntoma; por lo cual no saben que están infectadas pues puede pasar hasta diez años para que haya algún síntoma y sean diagnosticadas con sida, que es cuando se produce un deterioro importante del sistema inmunológico que no puede defenderse de las infecciones oportunistas.

Las personas diagnosticadas como seropositivos respecto del VIH no necesariamente desarrollan el sida, mientras más precozmente reciban tratamiento se preserva el sistema inmunológico del deterioro y debilitamiento; pudiendo el sujeto tener mayor calidad de vida y hacer de esta patología una condición crónica.

Pese a los avances en los modos de detección, diagnóstico y tratamiento de las ETS las tasas de incidencia continúan siendo altas en la mayor parte del mundo. En general, para las ETS se sugieren alternativas de prevención que van desde la abstinencia

sexual, la monogamia y el reducir el número de parejas sexuales. La recomendación de estos métodos tiene una impronta que presuponen que el tener un pareja estable garantiza que no haya contactos sexuales fuera del vínculo; que el disminuir el número de parejas sexuales es suficiente para estar resguardado, basta con que “una” pareja se encuentre infectada y que no se haya tomado medidas profilácticas en la actividad sexual para que se produzca el riesgo de infección. Sin olvidar, que existen otras vías de infección que no están vinculadas al ejercicio de una actividad sexual. Por ello, para quien tiene una vida sexual activa el método de prevención más seguro es el uso de preservativos o condones; éstos funcionan como una barrera que impide que el agente infeccioso se transmita desde el sujeto portador hacia el receptor.

Los preservativos están diseñados y testeados para ser efectivos si se usan correctamente, lo que supone: 1. Colocar el preservativo dejando un espacio de 1 ó 2 cm libres en su extremidad, presionándolo para quitarles el aire para que no se rompan al recibir la eyaculación; 2. Para cada relación sexual utilizar un preservativo nuevo; 3. Retirar el condón una vez concluido la relación sexual y lejos de la zona genital receptora; 4. Usar siempre preservativos de látex pues sólo ellos sirven de barrera efectiva para el VIH; 5. Guardar los preservativos en zonas frescas; 6. No utilizar lubricantes con aceites pues dañan el látex y pueden romperse; 7. El uso de doble preservativo debido a su fricción puede provocar que éstos se rompan.

En los casos en que no haya actividad sexual, para prevenir la infección de las ETS se recomienda usar guantes de látex para la manipulación de fluidos que pueden estar contaminados, en especial la sangre. Esto es parte de la seguridad bioética que se aplica a los procedimientos que realizan profesionales de la salud y personal que asiste a personas accidentadas. En tanto, para los casos en que la transmisión se realice de madre a hijo, se recomienda que durante el embarazo una mamá realice una profilaxis de retrovirales; que durante el parto se prevea que el bebe no entre en contacto con sangre materna y evitar amamantar al lactante.

Para concluir, no todas las infecciones de los genitales son

producto de las ETS; algunas patologías suelen tener síntomas que se parecen. Es importante que los sujetos desde tempranas edades incorporen como parte de sus hábitos el cuidado de su salud sexual; para lo cual es necesario desmitificar los tabúes, mitos y prejuicios acerca de la sexualidad humana e incorporar la visita a profesionales especializados en estas temáticas a fin de incorporar información calificada, detectar alguna patología genital e incorporar conductas que protejan de la adquisición de ETS.

Los espacios públicos como lugares de contención de las “máscaras sociales”

En nuestra sociedad se han producido acontecimientos que han despojado al sujeto de sus significados tradicionales y lo han revestido de otras modalidades de ser, de actuar y de “enmascararse”.

El fenómeno de la “globalización” tiende a la homogeneización de las particularidades, transforma al sujeto en “consumidor” dentro de un mercado económico en donde prevalecen las leyes de la oferta y la demanda. La materialidad se antepone a lo considerado tradicionalmente como “esencial”. En este desfiladero de significaciones se produce un traslado de la escena privada e íntima a la escena pública. La sexualidad constitutiva de lo íntimo y privativo de los sujetos se quita el velo de “lo secreto” y muestra su rostro enmascarado de “desinhibición”. Aparecen en los medios masivos de comunicación personajes ostentando, además de su físico, su orientación sexual y sus preferencias respecto de aquello que le produce placer. La sexualidad y sus manifestaciones ocupan el lugar de “lo espontáneo” y “lo fugaz”. Los vectores de espacio y tiempo se entretajan al aquí y ahora, a “pasarla bien” y “a la obtención de un momento de exterioridad que mitigue el surgimiento de la interioridad”.

Se produce en el universo de los jóvenes, esto que ellos denominan “transa”; es decir, el intercambio fugaz de manifestaciones corporales desprovistas de compromiso y de proyección en el

tiempo. El juego sexual se transforma en una acción repetitiva en la que el sujeto se expone fuera de su acontecer interno; acción que, muchas veces confirma, afirma y da sentido al cuerpo como portador de estética y como objeto deseable.

La razón se ve alterada por los sentidos. Las sensaciones provistas por los sentidos se modifican por la ingesta de sustancias externas -alcohol, drogas- que simbolizan los “antídotos” al malestar interno del sujeto, proporcionándole sentimientos de estima, seguridad y aceptación de sí mismo. Estas conductas son actuadas en el interior de un espacio público, ya sea un “boliche”, “bailanta”, “baile de cuartetos”; los cuales representan simbólicamente el espacio destinado a la manifestación de la sensualidad, del “desenmascarar” el rostro cotidiano y proveerle una “nueva máscara” que posea los atributos ideales propuestos por la sociedad y la cultura.

Estos espacios externos cuidadosamente equipados de colores, luces, sitios en penumbras destinados a un accionar más “reservado” tienen por función el despertar las sensaciones a través de los múltiples estímulos y el acallar la reflexión. Se produce, entonces, una ligazón entre estos sitios públicos, sexo y desinhibición; lo cual se evidencia en el discurso de un adolescente entrevistado y al cual se le pregunta respecto de si utiliza preservativos para cuidarse de las enfermedades de transmisión sexual (ETS): *“...en un boliche no se toma conciencia de lo que se hace ni se tiene cuidado porque es más un acto de calentura. No hay prevención; más que la razón se usa los sentidos”*. (Cardoso, G., 2000).

GLOSARIO DE TERMINOS

ACNE. Granos en la piel causados por una hiperactividad de las glándulas sebáceas.

ACTITUD. Disposición de ánimo manifestada exteriormente.

ADOLESCENCIA. Significa “crecer” o “crecer hacia la madurez”. Es un período de crecimiento entre la niñez y la edad adulta.

ANOVULATORIO. Sin ovulación.

AUTOCONCEPTO. Percepción consciente, cognitiva y evaluativa que hacen los sujetos sobre sí mismos. Pensamientos y opiniones acerca de sí mismo./ Suele emplearse como sinónimo de autoestima.

CICLO MENSTRUAL. Conjunto de cambios fisiológicos que ocurren en la mujer desde la pubertad hasta la menopausia a través de los cuales el cuerpo se prepara para recibir al óvulo fecundado (embarazo). Si la fecundación no ocurre se produce la menstruación y se inicia un nuevo ciclo de ovulación.

COGNICION. Dícese del acto o proceso de conocer.

COHESION. Grado en que los miembros de un grupo, organización o familia están unidos entre sí./ Sinónimo de integración.

COITO. Intercambio sexual.

CRECIMIENTO. Vocablo empleado para hacer referencia a las fases de la evolución en términos cuantitativos y madurativos.

DESARROLLO. Vocablo empleado para hacer referencia a las fases de la evolución en términos cualitativos.

DESARROLLO ONTOGENETICO. Proceso evolutivo que se produce a lo largo de toda la vida de un sujeto. Proceso de desarrollo individual y particular de cada sujeto.

DISMENORREA. Dolores abdominales durante la menstruación que puede extenderse hacia las caderas y muslos. Puede ir acompañada de náuseas, vómitos y malestar general. La dismenorrea puede deberse a alteraciones hormonales que hacen que el útero se contraiga ocasionando dolor.

EGOCENTRISMO. Estado por el cual el sujeto se toma a sí mismo como centro de toda atención.

EMOCION. Estado de ánimo caracterizado por una conmoción orgánica consiguiente a impresiones de los sentidos, ideas o recuerdos. Por ejemplo, alegría, pena, miedo, cólera, amor.

ENDOMETRIO. Capa interna del útero en donde se implantará el óvulo fecundado.

ENFOQUE DEL CICLO VITAL. Conjunto de principios fundamentado en diferentes teorías del desarrollo que orientan la descripción, la elaboración y el análisis de los procesos de desarrollo evolutivo a lo largo de toda la vida.

ENFERMEDADES PSICOSOMATICAS. Enfermedades del cuerpo cuya causa principal es de carácter psicológico.

ERECCION. Endurecimiento y aumento del tamaño del pene, lo que permite la penetración durante el acto sexual.

ESCROTO. Saco de piel que contiene los testículos.

ESPERMATOZOIDE. Célula sexual masculina producida en los testículos.

ESTROGENO. Hormona feminizante producida por los ovarios y por las glándulas adrenales.

ETAPA DE LATENCIA. Es el cuarto período de desarrollo psicosexual propuesto en la teoría de Sigmund Freud que contempla el período que abarca desde los seis años hasta el comienzo de la pubertad. Se caracteriza por una especie de adormecimiento de su interés sexual. Esto le permite al niño utilizar este interés para enriquecer su inteligencia y su carácter, tomando como centro la escuela. Los padres pierden importancia y surgen las amistades y las relaciones con sus maestros; lo que produce una especie de “madurez infantil”, un equilibrio provisional que se romperá al ingresar en la pubertad.

ETAPA GENITAL. Hace referencia a la última etapa de la teoría del desarrollo psicosexual de Sigmund Freud, durante la cual los impulsos sexuales dan lugar a la búsqueda de otras personas como objetos sexuales para descargar la tensión sexual.

ETAPA. Sistema mental relacionado con la edad; implica intereses y necesidades propias. Se suceden en un orden y cada etapa prepara a la siguiente.

FEMINIDAD. Personalidad y características conductuales de una mujer de acuerdo a patrones definidos culturalmente para ser una mujer.

GENERO. Atribuciones culturales referidas a las diferencias sexuales de naturaleza biológica. Lo masculino y lo femenino son construcciones que indican qué es lo esperable socialmente según la condición biológica de varón o mujer.

GONADAS. Son las glándulas sexuales: testículos y ovarios.

HETEROSEXUALIDAD. Orientación sexual hacia personas del sexo opuesto.

HIPOFISIS. Glándula del sistema endócrino, ubicada en el cerebro, la cual secreta hormonas que actúan sobre los órganos reproductores.

HOMOSEXUALIDAD. En un sentido amplio, se refiere a hombres y

mujeres que sienten atracción sexual por personas de su mismo sexo.

HORMONA. Sustancias bioquímicas que circulan por el torrente sanguíneo secretadas por las glándulas endócrinas y que actúan estimulando o dirigiendo procesos fisiológicos de crecimiento o desarrollo en distintas partes del cuerpo.

IDENTIDAD DE GENERO. Dícese del sentido interno de una persona respecto a ser hombre o mujer y a la posesión y ejercicio de roles masculinos o femeninos.

IDENTIFICACION. Proceso mental por el cual un individuo tiende a asimilar las características de otra persona, de un grupo o del contexto social. El niño tiende a identificarse con sus padres y el adolescente con los héroes que admira. Es un mecanismo esencial en el desarrollo de la personalidad del sujeto.

IMAGINACION. Facultad de reproducir mentalmente objetos ausentes y de crear imágenes mentales de algo no percibido antes o inexistente.

INDIFERENCIADO. Que no se diferencia o que no posee caracteres diferenciados.

INDIVIDUACION. Hace referencia a la formación de una identidad personal por medio del desarrollo del Yo como una persona única, independiente de los padres y del entorno.

INESTABILIDAD. En psicología hace referencia a un conjunto de fenómenos, por los que el sujeto no consigue conservar por largo tiempo las mismas actitudes, tanto motoras como psíquicas, con pérdida de la atención y de la concentración. Se manifiesta cuando el sujeto atraviesa una crisis de desarrollo y también aparece en determinadas patologías.

INNATO. Se dice de aquello que viene al nacer con el sujeto. Es lo contrario a aquello adquirido.

INSTROSPECCION. Dícese de la observación interna que un sujeto realiza de sí mismo.

INTELIGENCIA. Aptitud para relacionar las percepciones sensoriales o para abstraer y asociar conceptos. Facultad de comprender, conocer y discernir.

INTRINSECO. Intimo, esencial, que está en la propia naturaleza.

INTROVERSION. Estado psicológico del sujeto que tiende a cerrarse en su propio mundo interior. Es lo contrario a extroversión.

INTROYECCION. Se usa con el mismo significado que identificación y como proceso inverso de la proyección.

LACTANCIA. Período que sigue al parto en el cual la mujer amamanta a su hijo.

MADURACION. Proceso interno del sujeto que junto con el crecimiento y la estimulación social promueve el desarrollo.

MADUREZ. Es el estado en que se considera a una persona como completamente desarrollada física, emocional, social, intelectual y espiritualmente. Punto máximo del proceso natural de desarrollo implicado en el crecimiento, consistente en una acción recíproca de la naturaleza (factores hereditarios) y del medio (condiciones ambientales).

MASCULINIDAD. Personalidad y características conductuales de un

hombre de acuerdo a patrones definidos culturalmente para ser hombre.

MASTURBACIÓN. Manipulación de los órganos genitales con el fin de procurarse placer sexual.

MECANISMOS DE DEFENSA. Estrategias que utiliza el Yo para protegerse.

MENARQUIA. Primera menstruación en la mujer.

MENSTRUACIÓN. Eliminación del endometrio que ocurre en el ciclo menstrual cuando no ha ocurrido la fecundación.

MIEDO. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo real o fantaseado que se siente como una amenaza.

MORATORIA PSICOSOCIAL. Término acuñado por Erikson que hace referencia al período facilitado culturalmente entre la niñez y la edad adulta durante el cual un individuo es libre para experimentar y encontrar una identidad y una función socialmente aceptable.

NARCISISMO. Actitud por la que el sujeto tiende a fijar la propia atención sobre sí mismo, sobre todo en lo que respecta al descubrimiento del propio cuerpo. El narcisismo está considerado una fase normal en el desarrollo del ser humano, especialmente en la infancia y en la adolescencia. Etimológicamente, el término deriva de la mitología griega, por referirse al episodio de Narciso, hijo de Cefiso y Liríope, que se enamoró de su propia imagen hasta morir de amor y de dolor intenso./ Suele emplearse como sinónimo de egocéntrico.

NEGACIÓN DE LA REALIDAD. Mecanismo de defensa que consiste en no admitir la realidad adversa o penosa. Es una reacción contra la angustia que produce la realidad.

OVARIO. Gónadas femeninas o glándulas sexuales que secretan estrógeno y progesterona y producen células con capacidad de ser fecundadas (óvulos).

OVULACION. Momento en que el óvulo es liberado del ovario hacia la trompa de Falopio, donde puede ocurrir la fecundación.

OVULO. Célula sexual femenina, que al ser fecundada por el espermatozoide da origen a una nueva vida.

PANICO. Miedo intenso que aparece bruscamente y conduce a una reducción notable del control conciente de la conducta.

PENE. Órgano genital externo masculino que cumple la función reproductiva de depositar el semen en la vagina de la mujer durante el acto sexual.

PENSAMIENTO LOGICO FORMAL. Constituye la cuarta etapa de desarrollo cognitivo propuesta en la teoría de J. Piaget, durante la cual se desarrolla el pensamiento abstracto de forma independiente de los objetos concretos.

PERCEPCION. Consiste en un acto de organización de los datos sensoriales, a través del cual reconocemos la presencia actual de un objeto exterior y le atribuimos ciertas cualidades. Aprehensión de la realidad por medio de los datos recibidos por los sentidos.

PERSONALIDAD. La personalidad expresa la totalidad de un individuo, tal cual aparece a los demás y a sí mismo en su unidad y singularidad.

POLUCION NOCTURNA. Vaciamiento del semen durante el sueño,

que comienza en la adolescencia.

PROGESTERONA. Hormona sexual femenina producida por el cuerpo lúteo del ovario.

PROSTATA. Glándula del aparato reproductor masculino, situada bajo la vejiga, que vierte sus secreciones a la uretra donde se combina con el líquido seminal y los espermias.

PROYECCION. Mecanismo de defensa por el cual un individuo atribuye los propios conflictos a individuos o hechos exteriores a sí mismo.

PUBERTAD. Período de desarrollo evolutivo caracterizado por la maduración de las funciones genitales y por la aparición de los caracteres sexuales secundarios (pilosidad, cambio de voz, etc). Abarca un período variable que se inicia en las niñas entre los once y catorce años y en los varones entre los doce y quince años, aunque aparecen casos tanto de retraso como de anticipación. Se acelera fuertemente el desarrollo corporal que origina cambios en el orden psicológico. Puede utilizarse como sinónimo de “pubescencia” lo cual significa hacerse peludo o velloso.

REGRESION. En psicología, retorno a una etapa anterior de evolución psíquica, a un comportamiento más primitivo, no acorde con la edad de la persona.

ROL DE GENERO O ROL SEXUAL. Manifestación externa o expresión de la masculinidad o de la feminidad en un contexto social.

ROL. Conducta que, en una sociedad dada, debe esperarse de un individuo en una situación social determinada/ Cada individuo en cualquier sociedad ocupa una posición o estatus. Este estatus le impone cierto número de deberes que cumplir, funciones que ejercer y derechos que puede disfrutar. Es este complejo de deberes y derechos lo que se llama rol social.

SENSACION. Es el efecto producido por un estímulo en los órganos de los sentidos.

SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD. Expresa una situación emocional y conflictiva en la que el sujeto se siente inseguro, indefenso e incapaz de actuar o de reaccionar frente a una determinada situación. Convicción personal y firme que tiene un sujeto de no poder realizar una cosa.

SENTIMIENTO. Categoría bajo la cual las emociones pueden adquirir el carácter unitario.

SEPARACION-INDIVIDUACION. Proceso por el cual los adolescentes se separan de los padres infantiles y se reconocen como sujetos diferentes y únicos.

SINDROME PREMENSTRUAL. Son cambios emocionales y/o físicos que pueden suceder periódicamente en los días previos a la menstruación. Estos cambios van desde reacciones depresivas, irritabilidad, ansiedad, tensión, cambios en el estado de ánimo, hasta dificultades en la concentración. Dentro de los cambios físicos se puede observar hinchazón, retención de líquido, aumento de peso, dolor en los pechos, dolores generales, fatiga, náusea, vómitos, diarreas, dolor de cabeza, entre otros. Estos síntomas pueden comenzar después de la mitad del ciclo menstrual y desaparecen una vez que se inicia la menstruación.

SUSTITUCION. Mecanismo de defensa que consiste en reemplazar un objeto o una actividad por otra. Tiene por objetivo evitar la frustración.

TENDENCIA. Impulso interno que inclina al sujeto hacia un objeto determinado.

TESTICULOS. Gónadas masculinas que producen el esperma y las hormonas sexuales masculinas.

TESTOSTERONA. Hormona sexual masculinizante producida por los testículos y por las glándulas adrenales. Determina las características sexuales secundarias masculinas que se manifiestan en la pubertad.

TUBULOS SEMINIFEROS. Finísimos conductos que están en el interior del testículo y dentro de los cuales se forman los espermatozoides.

URETRA. Conducto que transporta la orina desde la vejiga hacia el exterior; en hombres, también transporta el semen al exterior.

UTERO. Órgano del aparato reproductor femenino en donde se desarrolla el bebé.

VAGINA. Órgano del aparato reproductor femenino, receptor del pene durante el acto sexual, el cual conecta el útero con el exterior; permite la eliminación del flujo menstrual y durante el parto es el canal de salida del niño.

VESICULAS SEMINALES. Glándulas gemelas que secretan fluido en los conductos deferentes para facilitar la viabilidad del esperma.

Bibliografía

ABERASTURY, A. & KNOBEL, M. (1959). *“La adolescencia normal”*. Ed. Paidós. Buenos Aires.

ABERASTURY, A. (1959). *“El mundo del adolescente”*. Montevideo. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, XXI. 3.

ACEVEDO RIQUELME, D. (1998). *“Juventud y sociedad civil. Una oportunidad de cara al siglo XXI”*. En AAVV. *“Conjuntos: Sociedad Civil en Argentina”*. Banco Interamericano de Desarrollo, Buenos Aires.

AGOSTO, G. & PARISOW, J. (1997). *“¿Es posible una sociedad integrada?. Los jóvenes y la integración social”*. Documento del Programa de Fortalecimiento del Desarrollo Juvenil, Buenos Aires.

ANTEQUERA-JURADO, R. & BLANCO PICABIA, A. (1998). *“Percepción de control, autoconcepto y bienestar en el anciano”*. En Salvarezza, L. (Compilador). *“La vejez”*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

ARCE, S. & PERTICARARI, M. (1999). *“El embarazo en la adolescencia”*. Revista Córdoba, la adolescencia hoy.... Nº 1. Editorial Brujas, Córdoba.

BALARDINI, S. (1996). *“Documento para el taller de reflexión sobre juventud”*. CENOC/Programa de atención a grupos vulnerables, Buenos Aires.

CAJÍAS, H. (1998). *“Estigma e identidad: una aproximación a la cuestión juvenil”*. Revista Iberoamericana de Juventud Nº 4, Madrid.

CARDOSO, G. (2000). *“Conducta sexual en adolescentes cordobeses y prevención de HIV-SIDA”*. Revista Córdoba, la adolescencia hoy.... Nº 2. Editorial Brujas. Córdoba.

CARRETERO, M. (1985). *“El desarrollo cognitivo en la adolescen-*

cia y la juventud: las operaciones formales". En CARRETERO, M; PALACIOS, J. Y MARCHESI, A. *Psicología Evolutiva. Tomo 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Ed. Alianza, Madrid.

CARVAJAL CORZO, G. (1993). *"Adolecer: La aventura de una metamorfosis"*. Una visión psicoanalítica de la Adolescencia. Bogotá.

DICCIONARIO DE PSICOLOGIA (1986). Ediciones Orbis S.A., Barcelona.

DURSTON, J. (1996). *"Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana"*. Revista Iberoamericana de Juventud N° 1, Madrid.

DUSCHATZKY, S. (1999). *"La escuela como frontera". Reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

ERIKSON, E. H. (1960). *"Infancia y sociedad"*. Ed. Homé, Buenos Aires.

ERIKSON, E. H. (1971). *"Identidad, juventud y crisis"*. Ed. Paidós Buenos Aires.

FENICHEL, O. (1962). *"Teoría psicoanalítica de las neurosis"*. Editorial Nova, Buenos Aires.

FERNANDEZ MOUJAN, O. (1987). *"Abordaje teórico y clínico del adolescente"*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

FERRES, J. (1995). *"Televisión, espectáculo y educación"*. Revista Comunicar N° 4, Madrid.

FERRES, J. (1996). *"Adolescentes y Televisión: la pantalla amiga"*. Revista Comunicar N° 6, Madrid

FIERRO, A. (1985). *"Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia"*. En CARRETERO, M; PALACIOS, J. Y MARCHESI, A. *Psicología Evolutiva. Tomo 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Ed. Alianza, Madrid.

FUENTES, M & LORENZO, L (1994). *"Jóvenes en el fin de milenio"*. España Calpe, México.

GRIFFIN, N., CHASSIN, L., & YOUNG, R. D. (1981). *"Measurement of Global Self-Concept versus Multiple Role-Specific Self-Concept in Adolescents."*

GURIN, J. (1989 a). *"Leaner, Not Lighter"*. Psychology to day.

----- (1989 b). *"Exercise: Some Routines Burn Fat Better than Others"*. Psychology to day.

HOOKER, D., & CONVISSER, E. (1983). *"Women=s Eating Problems: An Analysis of a Coping Mechanism"*. Personnel and Guidance Journal.

JACINTO, C. (1996). *"Evaluación socio-pedagógica y organizacio-*

nal de experiencias de educación y trabajo para jóvenes en situación de pobreza". Documentos CINTERFOR, Uruguay.

KESSLER, G. (1996). *"Adolescencia, pobreza, educación y trabajo"*. Ed. Losada-UNICEF, Buenos Aires.

KONTERLLNICK, I. & JACINTO, C. (Eds.) (1996). *"Adolescencia, pobreza, educación y trabajo: el desafío es hoy"*. Ed. Losada-UNICEFy CIID_CENEP, Buenos Aires.

KORNBLIT, A. et al. (1996). *Prevención del SIDA en jóvenes estudiantes*. Acta psiquiátrica Psicológica de América Latina, N° 36.

KRAUSKOPF, D. (1996). *"Las conductas de riesgo en la fase juvenil"*. Documentos de CINTERFOR, Uruguay.

KRAUSKOPF, D. (1994). *"Adolescencia y Educación"*. Editorial EUNED, Costa Rica.

LUTTE, G. (1991). *"Liberar la adolescencia: la psicología de los jóvenes de hoy"*. Ed. Herder, España.

MARAZZA, E. & GARBERO, J. (2000). *"Inmigración estudiantil"*. En Revista Investigando en Psicología N° 2, Año 2. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Tucumán.

MATOSO, E., (1992). *"El cuerpo, territorio escénico"*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

MIRANDA, A. & SALVIA, A. (1997). *"Juventud y exclusión social"*. Ministerio de Salud y Acción Social. Mimeo, Buenos Aires.

MUENSTERBERGER, W. (1961). *"The Adolescent in Society"*, en Lorand y Scheer (comps.): *Adolescence*. Paul B. Hoeber Inc. Nueva York.

NEWELL, G. K., HAMMIG, C. L., JURICK, A. P., & JOHNSON, D. E. (1990). *"Self-Concept as a Factor in the Quality of Diets of Adolescent Girls"*. *Adolescence*.

NIELSEN, A.C. (1997). Encuesta Nacional de Hábitos de los Argentinos, *Buenos Aires*.

OLAVARRIA, J. (1998). *"Adolescentes/jóvenes: qué poco sabemos de ellos"*. IUNJUV, Chile.

PADILLA, E. & SILVA, M. (1995). *"Sexualidad y Adolescencia. Tópicos en Biología"*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Chile.

PNUD-SENADO DE LA NACIÓN. (1998). *"Informe de Desarrollo Humano en Argentina"*. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo-Senado de la Nación, Buenos Aires. Tomos I, II y III.

PNUD-SENADO DE LA NACIÓN. (1996). *"Informe de Desarrollo Humano en Argentina"*. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo-Senado de la Nación, Buenos Aires. Tomos I y II.

PNUD-SENADO DE LA NACIÓN. (1995). *"Informe de Desa-*

rrollo Humano en Argentina". Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo-Senado de la Nación, Buenos Aires. Tomo I.

REGUILLO, R. (1997). *"Taggers, punks y ravers"*. Centro de investigaciones interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM. México.

RICE, P. (2000). *"Adolescencia: desarrollo, relaciones y cultura"*. Prentice Hall. Madrid.

SILVER, T. (1992). *"Prevención y promoción de la Salud adolescente"*. En SILBERT, T. et al.. *"Manual de Medicina de la Adolescencia"*. Serie PALTEX N° 20. OPS, Wahington.

STONE, L. J. & CHURCH, J. (1959). *"Niñez y adolescencia"*. Editorial Homé. Buenos Aires.

TORRES RIVAS, E. y OTROS (1989). *"Escépticos, narcisos, rebeldes: 6 estudios sobre la juventud"*. FLACSO, Costa Rica

ZIMMERMAN, D. et al. (2000). *"La anomia y la tolerancia al delito en un contexto de globalización"*. En Revista Investigando en Psicología N° 2, Año 2. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Tucumán.